

TRAVESÍA

TRAVESÍA

DESCENSO POR EL RÍO LIMAY

**TIERRAS, INDIOS,
PIONEROS, COLONOS...**

UNA VUELTA POR EL PARQUE

Federico Ivanissevich

educó

Editorial de la Universidad Nacional del Comahue

Neuquén - 2016

Travesía. Descenso por el río Limay - Tierra, indios, pioneros, colonos... - Una vuelta por el Parque

Federico Ivanissevich

Ivanissevich, Federico

Travesía : descenso por el río Limay : tierras, indios, pioneros, colonos... una vuelta por el parque / Federico Ivanissevich. - 1a ed . - Neuquén : EDUCO - Universidad Nacional del Comahue, 2016.

256 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-604-453-0

1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Historia Regional. I. Título.
CDD A863

Tapa: "Detalle del Plano Preliminar y Parcial de los Territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz", Museo de La Plata, 1896, reproducido por Dehais, Francisco José en *"Contribución a la Cartografía de Patagonia o Chica entre 1519 y 1900"*, edición del autor, Cinco Saltos, 2006.

Diseño de mapas interiores: Guadalupe Del Castillo

Federico Ivanissevich: federico.ivanissevich@gmail.com

A la memoria de
Juan M. Gianfrancisco

A todos los que me hubiese gustado conocer.
A quienes no vemos porque están demasiado cerca.

La realidad banaliza el temblor.

Descenso por el río Limay

Algunas palabras previas

El Limay no nace de un chorrillo que crece despacito sobre una alfombra de piedritas. Tampoco de concilios con mallines, ni del robo de vapores del bosque o agüitas parecidas. El Limay es pujado. Sale del interior del Nahuel Huapi, por la despejada cola del gran lago.

Nadie debería soslayar para su conveniencia que este río es parido en estado adulto. Entiéndase, con la fuerza, el tamaño y un carácter difícil de llevar.

Está preparado para correr y arrastrar materiales, atrevidos o del infortunio. Sabe y puede modificarse a lo largo del año, si lo dejan. Es cierto, las decisiones salen hoy de otros lados. Conserva igual la sorpresa, así como la capacidad de evadir a quien pretenda narrarlo.

Ningún libro es tan imprescindible como el río. Salvo descensos excepcionales, en general los libros no cumplen una función destacable, aunque respondan a un motivo de valor: atravesar.

Con certeza sólo sabemos que debemos atravesar, para llegar a tocar una orilla. Y que conviene no cacarear en demasía con las decisiones del río.

La autoría es un remanso. Mientras no avanza el bote hacia ningún lado, causamos algo que flota, da vueltas y nos mece. El reflejo del agua tranquila presta un sentido. Creemos que macera un sentido para nosotros. O sea, no hay que darle al asunto mucha entidad, aunque en ello se nos vaya buena parte de la vida.

Quiero digerir la fruta del recuerdo.

Quiero que el recuerdo madure en un fruto.

He ahí mi motivo.

Desde este lugar que hago escrito, veo mejor las cosas de la tierra. Incluso al río. Y no por lo que sepa ya de él o vaya a saber, sino porque me lanzo a atravesarlo. En balde se compara el relato con la realidad. Cualquier crónica o relato, escrito u oral, se seca al ser embalado sólo con realidad. Lo real, sin más, destruye. La cotidianidad destruye. Nos vaciamos en ella. Nada justifica perder de vista el secreto que culebrea alrededor.

(Si tuviera los diecinueve años que a veces tuve,
lo expresaría de forma redundante:
¡hay que liberar a la realidad de la realidad! ¡Hay que liberar al río!)

La realidad banaliza el temblor.
(Estamos en problemas...)



Nunca subo el río Limay para iniciar el circuito de ventas. Bajo desde Bariloche en mi regreso a Neuquén. Desciendo al lado de la corriente que sobrevive a las cinco represas. Y casi siempre un jueves de principio de mes, con la modorra cerebral de las tres de la tarde y el cuerpo que se ha dado cuenta que le birlaron la siesta. El sueño me ataca en la zona del Anfiteatro –quisieron tapanlo con una sexta represa–. Dura hasta la confluencia del río Limay con el Traful, sesenta kilómetros río abajo. Suelo parar ahí a descansar, a un costado de la estación de servicio del Automóvil Club Argentino, ruta por medio y a orillas de la cola de la represa Alicurá. Es decir, a orillas del agua retenida del río Limay. Un grupo de coníferas altas –pinos oregón– protegen la explanada junto a unos sauces bajos con los pies en el agua. Reclino el respaldo del Renault 12 y procedo a oxigenar mi cerebro con el fuelle del pecho y de la panza. Duermo un rato, veinte minutos. Suficiente para espantar el sueño y resucitar en un colibrí sobre la ruta. Es que a cierta edad a uno le gusta creer que ha encontrado el mejor ritual para eso, y también para aquello otro y lo otro y lo otro.

Descanso, digo, cuando no hay inoportunos cerca, despabilándose a fuerza de parloteos olvidables, enchastres

sonoros evacuados por los mp3 y gritos a niños que gritan mientras lanzan piedras al agua a las tres y pico de la tarde. Durante la temporada alta de verano, este pobre lugar de pausa y refresco se pudre del todo. Adornan las varas de los saucos con bolsitas de plástico y pegotean el aire con engobe cumbiero. El medio tambor de basura rebalsa y los escasos resguardos quedan minados con bollitos de papel higiénico sucio. Supuestamente, paran a descansar. Y resulta que se matan a base de durísimas condenas sonoras, bolsas de basura, brisas hediondas. Cada uno conmemora, otra vez, su hacinamiento. Esos días sigo de largo. Pienso siempre lo mismo, que hay demasiados que ponen la mierda afuera.

El barcito de la estación de servicio del Automóvil Club Argentino, o sea del A.C.A., vendía hasta hace más o menos veinte años unos sándwiches formidables de pan negro, sólo superados por los de jamón crudo, también con pan negro, del viejo parador de las Altas Cumbres, en las Sierras Grandes de Córdoba. Pero los sándwiches del A.C.A. de la confluencia corrían con la ventaja de que hasta los años 80, la ruta a Bariloche desde Neuquén no sólo era de tierra en toda su bella y retorcida segunda mitad, sino que desde la parada en Piedra del Águila, varias horas antes, no había qué hasta Confluencia Traful, al menos de eso.

Si bien algunas cosas han cambiado en Confluencia Traful, además del asfalto, la edificación original de la estación de servicios se mantiene intacta. Eso ya es una maravilla para el promedio argentino. Es una típica estación de las que plantaba el A.C.A. en las rutas de todo el país en los tiempos

en que se jugaba a “El estanciero”: techos a dos aguas, tejas colonial y paredes de ladrillo a la vista, a veces pintadas de blanco, otras no. Al costado de la estación, la gomería. En tiempos a, también un taller de soluciones a problemas de mecánica ligera. Como todas, abastecida con los combustibles y lubricantes de YPF.

Por detrás del edificio partía –como hoy– el camino que lleva a la población de Traful. Bordea el lago homónimo hasta su cabecera, continúa hacia el oeste y empalma bien adentro de la cordillera con la ruta de los Siete Lagos, que siempre fueron ocho. Los caminos y las rutas son un poco parásitos. Progresan a costa de las necesidades de comunicación. Antes, esa comunicación tenía otras denominaciones: el fondo de la bolsa de harina, acceso a un par de vicios, escuela, policía, mercadeo de hacienda, troncos, trabajo.

Al viejo A.C.A. de Confluencia Traful sólo le faltaba el motel, un clásico de las extensiones argentinas en los 60, como fue el camping en los 70. Hoy hay una hostería al frente, subiendo apenas la vista, desembocadura del Traful de por medio.

Haberle puesto Confluencia Traful a esta reunión de dos ríos, es otra estúpida redundancia del blanco. El topónimo *traful* quiere decir junta o unión. El nombre original habría sido *travüil levou*: junta o unión de ríos. (Traful es una deformación de *travüil*.)

En su encuentro con el Limay, el río Traful no produce el oleaje cruzado que sacudía a los botes hasta hace treinta años. No hay más correntadas ni remolinos. Endicada el agua

kilómetros abajo por la represa Alicurá, el punto de entrecero entre ambos cursos se ha transformado en un remanso, sólo agitado un poco por el viento del oeste y alterado en su nivel por la demanda eléctrica del gran ombligo nacional. Se somete a este azul domado a feroces adelgazamientos y repentinos engordes, y a las costas desolladas, a exponerse. Es decir que la confluencia, a diferencia del A.C.A., es hoy muy distinta. Y posiblemente apilaría más de una indiferencia si no fuera por los frontones de granito que amurallan las cimas de sus montañas y las extrañas rocas que deja el viento en pie, entre ellas, clavados, dos o tres dedos de Dios. En realidad, la confluencia no se salva de la indiferencia sólo por la geografía mineral, sino, en particular, por los fantasmas que sobrevuelan nuestros registros del paisaje. Esos fantasmas, sobrevivientes de la domesticación occidental, cargan la indiferencia que traemos adherida y la revientan contra las rocas, las brumas, el fondo oscuro del agua, las luces, los grises, los verdes.

Aunque parezca un milagro en la depredación del modelo de desarrollo argentino, el presente le ha regalado a la zona un aumento de retoños de cipreses cordilleranos, en verdad muy significativo. Árboles autóctonos asechados por monoplantaciones de pinos, reproduciéndose con fuerza al fin. Pero volvamos un par de kilómetros atrás.

Las palabras sirven para dar la ilusión de que controlamos las cosas. Designar es abrir las puertas de la domesticación. Es posible que por eso, cuidando de no eliminar por completo el hechizo, le hayan puesto Valle

Encantado a la antesala sur de Confluencia Traful. No hay manera de llegar a Confluencia Traful desde San Carlos de Bariloche, en forma más o menos directa, si no es de la mano del Limay..., atravesando el Valle Encantado. Laderas pronunciadas salpicadas con cipreses, bajos cubiertos con pinos implantados, piedras enormes que sobresalen aquí y allá, erosionadas por el agua, la nieve y los vientos. Lapalma apuntaba, "*vientos centenarios*". En la noche del tiempo han ido quitando tierra, arenas varias y el pedregullo de alrededor, para exponer otros signos, más contraseñas. Decenas de peñones cavados por el viento llevan su embarazo invertido.

Bajo la velocidad. Me resulta imposible describir todo esto. ¿Cómo calzarle adjetivos justos a esta belleza universal que ha subyugado a indígenas y a occidentales por igual? Por igual, digo, no de igual manera. Cada colectivo humano con sus adjudicaciones a la belleza –motivos, cualidades, intenciones–. Cada comunidad con sus percepciones y necesidades transformadas en un fruto cultural. Y también en garrote cultural. Pero clavado en medio de esas relatividades, sigue habiendo en este valle una belleza universal. Variarán sentidos, investiduras, los por qué, pero siempre sobrevive la experiencia de la belleza, como sobrevive la experiencia de la risa, del sufrimiento, de la total destrucción. Nunca, nunca, con todas las tradiciones o la historia que le quieran tirar encima, dejará de existir la belleza con mayúsculas para cualquier bicho humano. Las panorámicas del Valle Encantado, tan caracterizadas como postales bonitas, chupan el alma. Incluso sin los serpenteos del río Limay, perdidos en

1985 represa mediante. Hoy como ayer, el valle chupa el alma. Y yo doy gracias a mi decisión de haber inventado un trabajo para poder realizar estos viajes todos los meses.

No hay nadie en la ruta. Tampoco en la explanada de Confluencia Trafal. Puedo descansar tranquilo. Nada me apura en Neuquén. Me gusta creer eso. Tengo el silencio de mi lado para saltar a donde quiera. Ellos ya iniciaron el descenso náutico, con la vista puesta en la desembocadura del río Negro.

Diciembre de 1933. Para la sociedad rionegrina, por llamar de algún modo a los curiosos, los sardónicos, los escépticos y los admiradores repartidos en las ciudades de Viedma, General Roca y del pueblo de San Carlos de Bariloche, la hazaña es del doctor. Edmundo Riechert, barilochense de ascendencia germano-chilena, no es más que un imprescindible ayudante. Llegó por los avisos periodísticos en los que Oscar Fermín Lapalma buscaba un acompañante. Lo necesita para controlar el bote en los rápidos y en otras situaciones incómodas que deberán sortear. Por cortesía, a veces se dirige a él como un amigo. Riechert, además de eximio navegante, con escuela en la chilena isla de Chiloé, es un experto nadador. De paso, el ayudante le servirá para establecer algunos diálogos y confrontar visiones que matizaran las meticulosas descripciones sobre el río que publicará en un libro poco después.

Será una edición de autor. El subtítulo cumplirá su función aclaratoria: *“Impresiones de un raid náutico por los ríos*

Limay y Negro". El título se ocupará de la seducción: "*La Leyenda del Limay*". Pero nada de fabulaciones indígenas, supersticiones mestizas o relatos excedidos de algunos pobladores blancos ganados por la soledad. Justamente, desmontará las exageraciones sobre la capacidad destructiva del río y la imposibilidad, ya histórica, de su navegación, sin restarle por eso bravura. Lapalma, como hombre de justicia que es –fiscal de Viedma–, decide intervenir cual soldado de la objetividad, refutando artículos, comentarios e incluso algún libro que ha consolidado la leyenda de la innavegabilidad del Limay. Pero este hombre que hace de la verdad un deporte y del deporte una verdad, no sabe que con eso se ha metido en otro río. No sabe o se hace el distraído. Él también será pasado y, por lo tanto, sujeto de historia y de versión. Quizá su experiencia náutica no llegue a otro cuento, pero no podrá evitar como personaje, hombre de leyes y autor del libro, variedad de miradas y juicios cambiantes sobre él y su *raid*. Ser sujeto de versiones: si somos favorecidos con el recuerdo, quedamos condenados por ello.

El "*Klepper*" que llevan puesto es un bote muy angosto, bajo y largo, cubierto con lona reforzada impermeable, estirada sobre varillas desmontables. Lo mueven a fuerza de remos con paletas en ambas puntas. El bote pesa un total de dieciocho kilos. Una pluma para 1933. Lo mejor de entonces.

Corre viento. Correrá más, qué duda cabe. A poco de dejar la naciente del río y las pampas que usan las estancias, el Limay traza algunos firuletes antes de ingresar al Anfiteatro:

un gran templo de ceremonias, consagradas por el río que gira y corre abajo. Por alguna razón que no comprendo, tengo la sensación de que esta fascinante formación es también un lugar de reunión, pero de un orden completamente diferente a las concurrencias y contactos que se dan en las graderías de un anfiteatro natural. ¿Con quién o con qué nos reunimos acá?

El Anfiteatro es una gran puerta. Si no para confirmar mis sensaciones y preguntas, al menos para iniciar, de seguro y lentamente, la representación de obras cada vez más fantásticas, más espectrales, más luminosas, más maestras. Tras dejar atrás Villa LLanquín –donde el río se encajona drásticamente y bellamente–, luego el arroyo Carbón, La Lipela y Rincón de Creide, las obras maestras comienzan a contornear al río. Disciplinan al río, lo saborean, hasta un poco más allá de Confluencia Trafal.

Hay lugares donde el río gobierna al paisaje. Diseña los cuadros y da forma a las costas. Mallines y vegetación deben su cuerpo y espíritu al río. Quedan subordinados a sus diseños. En otros tramos, como este, no. El río corre por donde lo dejan. Es cierto que conserva su territorio, un dominio inmediato compuesto por rocas y riberas que se someten a su erosión. Pero no mucho más, no mucho más que eso. El poder baja por las laderas, vigila y dispone desde los paredones. Las moles dirigen el devenir del río.

Entonces, sobre la larga cola de sensaciones que deja el Anfiteatro, kilómetros más abajo comienza una representación ininterrumpida de obras magníficas. Aún a riesgo de tapar todo con cursilerías, digamos que son funciones de obras

maestras, a veces sobreexpuestas y entregadas en continuado. Cada una suma nuevas escenas cuando modificamos apenas un poquito la altura del punto de observación, la estación del día, la posición emocional. Los riscos, las cuevas, el perfil de la mujer inclinada. Los dedos, no el dedo de Dios.

¿Qué aullido lanzaría Allen Ginsberg si estuviera aquí? Es una pregunta estúpida y tan imposible como sus inpropuestas acerca del destino. Hay sin embargo una idea de él apropiada para este lugar y para mi momento. Pertenece a su poema *"La Canción"* y dice así: *"el alma viene alegre al ojo"*.

La corriente lanza espuma. Levanta conos de medio segundo con las aguas encontradas. Se retuerce antes de formar remolinos y después de formar remolinos. Alza la espalda en peligrosos lomos negros. Y por alguna explicación de Lapalma que no recuerdo, al elevarse el río engaña al soberbio.

Cava el agua recovecos en la greda y en las piedras, e incrusta adentro los restos. Surge del fondo la simiente de los rumores que harán correr los pobladores, los comisionistas y algún prófugo de algo. (El turista no escucha, sigue de largo.) El rumor siempre se entusiasma. Empalma con otros relatos y con las propias experiencias de los narradores frente a las torronteras y sus bravidos. Algunos hombres marcarán el lugar del evento para atar la historia que han confeccionado. Con permiso a futuras remodelaciones, cuidarán sin embargo que la historia no caiga presa de inclusiones alocadas, de tranco inseguro y corto. Y también deberán cuidar que la

historia no se vuelva chúcaro. La ausencia se lleva la domesticación.

Las montañas y sus protuberancias. Los bloques de piedra en descomposición que nos esperan para caernos encima. Cada cosa recibe el subrayado de color que deja el paso de la luz, fundido con las aguas cristalinas. No hay posibilidad de emular las descripciones de “*La Leyenda del Limay*”. Miro a mis costados, a estribor y a babor. Intento hacer comprender lo que siento y veo, sin bajar la guardia ante los atropellos del agua. El estruendo crece cerca de los apuros, como el riesgo de dar una vuelta campana. Lapalma lanza flotadas repletas de adjetivos. Quiero decir que en su navegación literaria no se comporta como el abogado y juez del territorio de Río Negro que es. He lo ahí, un compositor calificado de imágenes móviles.

Poco después del *raid* –un año– dejó la ciudad de Viedma. Se radicó en Fuerte General Roca y ocupó el cargo de fiscal del juzgado recientemente trasladado. Apenas ocho meses más tarde un colapso cardíaco lo despidió en una cena oficial de la víspera del 25 de mayo, en el Hotel Toscano. Año 1935. Tenía cuarenta años.

Lleva consigo un cuaderno con apuntes y espacios en blanco. Serán aproximadamente mil cuatrocientos kilómetros sobre el bote, mucho más que la distancia a cubrir en viaje por tierra. Cientos y cientos de giros, sino un millar, da el río a lo largo de una imaginaria línea recta. Sobre las expediciones náuticas en el Limay, Lapalma ha leído todo o casi todo. Tomó nota de cada uno de los accidentes geográficos y de las desgracias. Luego los confrontó con indicaciones de baqueanos, “*jangaderos*” y aventureros. De la mayoría de los testimonios nos deja entrever que rescató poco, por más que metió el brazo completo en el barril de las fantasías, elevando peligrosamente su nivel de incredulidad. Otras descripciones de personas más confiables, o sea cultas o de buen pasar, estaban también plagadas de errores. Los autores habían recorrido sólo trechos del curso del río, y por lo general desde el costado, montados sobre caballos, sentados en chatas de tiro o dentro de vehículos a motor. Estos señores solían completar los agujeros de sus excursiones parciales con fragmentos de libros históricos, tampoco necesariamente exactos. Todas estas aclaraciones servían a Lapalma para indicar que sus puntuaciones sobre las particularidades topográficas de las costas y sobre las cambiantes características del río, eran, al fin, completas, verídicas, exactas. Como la ley. Y que por eso servirían de guía, poco menos que perfecta, a otros navegantes casi tan intrépidos como él. Yo creo que aunque no existieran intenciones pedagógicas en su objetivo y esas ganas intensas de ser admirado como un *pioneer*, el hombre hubiera practicado el mismo detallismo. Hubiera tratado de capturar

cada una de las cortesías, deleites y engaños del río. Hubiera juzgado la peligrosidad de cada rápido e indicado por qué sector de la curva o de la bifurcación continuaba el canal principal, que nunca había que abandonar. El problema es que aquel Limay del verano de 1933 era el Limay, no las cinco represas que encadenaron después. Y que además, ni siquiera con todo el peso de la ley, podía Lapalma controlar las variantes de un río vivo, alterado por precipitaciones como por secas, olas de frío y de calor, y vientos que se llevan de los pelos con la tranquilidad del dato de una media estacional. No lo dice en su libro, pero el Limay recibía caudales de circunstancias desde los valles y los macizos. Agua de nada menos que treinta y seis lagos, desde el Nahuel Huapi hasta el Aluminé y su hermano, el lago Moquehue. ¿Cuántos arroyos y ríos terminaban mezclados en él de modo directo y cuántos más indirectamente? El río era todavía, y por casi cuatro décadas más, dueño de sí mismo, de hacer lo que le plazca con su fisonomía externa y con sus entrañas, salvo, claro está, en su paso por las obras maestras del Valle Encantado. Conducía por lo general la situación, incluyendo los desbordes que alteraban su propio curso. El río mantenía un parlamento continuo con los humores del cielo, las fuerzas del agua y de la vegetación. Pastos, arbustos y bosques retenían y regulaban. Y de paso instruían al hombre en el oficio de tomero, tan fundamental para sus chacras.

Temido, sobrecogedor, peligroso. No puedo evitar pensar que el río, los peñascos y el plomo que cae de esas

nubes que hace dos minutos no estaban, están pergeñando una sentencia contra mí. En estas circunstancias, hay uno, no nosotros. Siento un temor básico, primario, que da más miedo que el motivo del miedo porque se presenta como pavora ancestral. Ese frontón de piedra, tan oscuro abajo y más abajo del pelo de agua, ha deshecho y tragado por lo menos una balsa con sus transportados; jangaderos, según se decía entonces. Estoy seguro: en estas aguas que cambian sin interrupción, no hay forma de usar los controles del miedo que aplicamos en la vida diaria.

Pero como ya dije más de una vez, de este río que tuvo la virtud de iniciarnos en la insignificancia del hombre, queda poco. De nuestra insignificancia, también. El Limay pasó de deshacer y tragar, a ser tragado por los túneles de Alicurá y de las otras cuatro represas que la complementan. Cada muro de cemento o grava es un gran cortinado protector, y productor de eso que llamamos calidad de vida. Descomunales volúmenes de agua son embalsados para hacer funcionar un montón de cosas innecesarias del confort. Tan insignificantes como la palabra confort, que en 1930 no había nacido y hoy desapareció bajo la 'calidad de vida'. Sé que soy reiterativo y que suena tonto decir estas cosas. A menos que vengan y bajen el río en 1933.

Antes de llegar a Confluencia Trafal, la Piedra del Diablo. Terror de los balseros, abre la corriente en dos. Un brazo se mete en una angostura que lleva el nombre de Puerta del Infierno. El otro brazo es innavegable. La pendiente del

canal que atraviesa la Puerta del Infierno termina en un gran remolino. Del costado llega y golpea con violencia el brazo innavegable. Así es como tuercen al mundo los ríos y el hombre no puede enderezarlos, aunque levante una cadena de diques.

Varios intentos de navegación terminaron entre la Piedra del Diablo, la Puerta del Infierno, el remolino y el golpe de gracia. Pero para muchos, no era lo peor. Trescientos metros río abajo de la confluencia, esperaba la verdadera trituradora de sueños: el Gran Rápido. Desde el intento ascendente de Eduardo O'Connor, en 1883, pasando por generaciones de jangaderos, todos han apuntado la imposibilidad de salvarlo. No habría quedado otra que arrimarse a la costa y sirgar.

Sentados sobre esas historias, varios navegantes de comentarios de Viedma y Patagones aseguran que es imposible completar el descenso del Limay, menos con una embarcación como el Klepper. Otros, de San Carlos de Bariloche, festejan en cambio la hazaña, antes de que haya dado inicio.

Lapalma viene a traer ciencia, no disparates; fundamento contra frustraciones y exitismos; evidencias ante conjeturas e invenciones, incluidas las de personas con gran estima pública pero flaca tarea de comprobación. Verdad contra fantasías que andan a la pesca de estímulos para no razonar.

El libro desciende a los bandazos y chapuzones, atravesando las tradiciones insalvables. Lapalma y Riechert

sortean la Piedra del Diablo con su Puerta del Infierno y luego el maleficio del Gran Rápido. Con eso, ya hicieron historia. Poco más abajo, la Vuelta de Escobar. Es un rápido menos peligroso que el anterior, que Lapalma describe como *“una tormenta de verano: bulla estrepitosa y nada más”*. Después, la Vuelta de Rumao y la temida Piedra Resbalosa, gran roca a pique con enormes grietas que vuelven al lugar extremadamente traicionero. Las aguas ingresan a las grietas y al regreso forman potentes remolinos y corrientes impredecibles. Hay que evitar navegar cerca de la piedra para no ser golpeado contra ella. Porque además de las consecuencias del golpe, se corre el riesgo de quedar atascado dentro de alguna hendidura de la gran roca. Mientras paletean con fuerza, Lapalma y Riechert observan en una de esas grietas restos de proa y cuadernas de una embarcación. Los tres imaginamos lo mismo: la desesperación de los accidentados, arrastrados una y otra vez al interior de varios embudos y lanzados después contra el paredón sin misericordia. Como un movimiento ritual que no se detiene ni cuando los cuerpos ya están llenos de agua y la desesperación muerta. O’Connor logró pasar la Piedra Resbalosa tirando la carga al río y bajando a todos menos a tres. Los infortunados debían salvar al bote cinchado desde la sirga por tres caballos.

Más abajo, entre los accidentes más destacables, el salto Los Mosquitos, las Brujas y el Peñón Villarino. Tras cada superación, crece en Lapalma la ilusión de que la publicidad de su hazaña despierte en el Gobierno nacional el interés por aprovechar el río Limay como vía fluvial, por lo menos para

embarcaciones livianas. El peligro de ciertos peñones se podía tratar con voladuras, y algunos bancos de arena y piedra, con “*dragado metódico*”. Lapalma ve tráfico acuático entre el Atlántico, la cordillera y el Pacífico.

En ciento diez horas de navegación descendente, el doctor y su ayudante cubrirán las trescientas leguas que separan al lago Nahuel Huapi de Viedma.

El doctor Lapalma apunta a dejar verdad, un logro deportivo y a escribir un libro. Pone la pedagogía en su cuerpo y se larga a enseñar desde el bote. Se ilusiona con ser recordado, antes que como fiscal, como un auténtico *pioneer* patagónico. En el último envión de su vuelo, sobre la desembocadura del río Negro, Lapalma se entusiasma con la ponderación del diario de Patagones, fechado el 23 de diciembre de 1933: estaría destinado a integrar la selecta lista de actores de justas memorables patagónicas, junto a Vito Dumas y Jorge Newbery. Imagino al hombre girando la cabeza, mirando desde un tres cuarto perfil, sin decir nada. Nos deja a nosotros ratificar lo que él de alguna manera ya confirmó, pues ha incluido esa y otras notas periodísticas al final de su libro.

Podría haber elegido contar su experiencia a un periodista o a un escritor, pero al libro lo escribe y publica él mismo. Desafía el estilo opaco dictado por su rutina judicial y muestra que también posee habilidades de cronista. Piensa superar la dura curva del tiempo y ver si puede perpetuar una

imagen de sí. En realidad, más que curva, el tiempo es un maldito muro, como los que cortan el río.

Lapalma no es nada posmoderno, más allá de que en esa época y lugar fuera imposible serlo. Cree en el poder de la escritura, estoy convencido. No me lo imagino pensando que escribir es una simple necesidad personal, o un hacer prescindible, reducido al placer de la lectura. Pero el destino, con la inestimable ayuda del tiempo, hará lo que hace con casi todos nosotros, lo olvidará. Su libro nunca fue reeditado, por lo menos hasta fines del 2014, ochenta y un años después. La gesta del *raid* así como la esperanza de romper con la idea de innavegabilidad del río, también pasaron al olvido.

Poco después, Exequiel Bustillo, gestor de Parques Nacionales, posiblemente estimulado con el descubrimiento de las viejas ideas de Bailey Willis, propuso crear en el Alto Limay un sistema de exclusas entre los lagos Nahuel Huapi y Traful, como parte de un gran circuito de navegabilidad turística. Gracias a dios, quedó en el olvido.

El paisaje comienza a abrirse demasiado. Los faldeos se recuestan. Avanza sobre ellos la desolación. Del lado rionegrino de Paso Chacabuco, sobre una llanura de alrededor de tres mil metros de largo, se asienta una subcomisaría y un almacén de ramos generales. A pesar de estas presencias civilizadas, el lugar produce a Lapalma la misma impresión desoladora que a mí. Pero ya nada importa. Todo está en la cola del tiempo. Y bajo el agua.

Los cordones montañosos van quedando atrás. Ayer retenían nieve casi todo el año, hoy sólo un par de meses y de modo irregular. No es un problema muscular de los cerros. También quedan atrás los cipreses cordilleranos y sus retoños, que tan bien le están haciendo al futuro. Las ondulaciones disminuyen y aumentan los perfiles mesetarios, todavía con buena altura. Cada tanto, un risco, un acantilado. No parece haber moles de granito a la vista. Todo tiene el color de la tierra, de una pequeña variedad de tierras o de pasto seco. Los bloques de material duro se rajan, caen y deshacen en cientos de pedazos. En poco tiempo serán tierra. En la vida hay cosas que se endurecen y otras que se desgranán. A veces son las mismas. Más adelante, por la zona de El Chocón, será peor.

Se aplastan las ondulaciones. El salto de la cordillera ha sido bastante brusco. Algunos minerales agregan un matiz a la textura y al color. La vegetación se endurece y las piedras de verdad están cada vez más sueltas. Todo indica que se ingresa a los dominios del este. A mí me afecta la psicología. Como un reflejo pavloviano despierta en mí nostalgia. Esta aspereza interminable convoca a los fantasmas de la pérdida. No voy a tratar de explicar por qué. ¿Quién puede responder en esta soledad sin enredarse? Aquí el cantor siempre será el viento, frotando rincones, jarillas, cantos rodados.

No sé si en el Alto Limay y sus alrededores, llenos de recursos como de temores fundados, vive más gente que en el Limay Medio. Cada tanto, sobre el horizonte achaparrado del este, alamedas irregulares delatan “poblaciones” junto a una vertiente. Una o dos casas de adobe con su corral, algún

cobertizo y algo más que no logro distinguir. Tengo la impresión de que todo es arrastrado por la distancia, cuando descansa de su trabajo el viento. Que bajo la gravedad de la piel, el poblador vive menos encarnado. Aunque no tengo todavía en claro qué quiero decir exactamente con eso.

El río se ensancha. Serpentea un poco, pero pierde sinuosidad. Un gesto de compañero para el llano. Era un gesto. Era un río. Hoy es un estanque kilométrico. Cantidad de agua apretada, dando forma a una paradoja. Mire usted alrededor.

Un poco más adelante y en otros tiempos, el río comenzaba a intuir que se dirigía lentamente hacia su muerte. ¿Qué muerte?, si todos somos tributarios de. ¿O no? El Aluminé, el Chimehuín y el Caleufú, cada uno con sus afluentes, conforman el ancho Collón Curá, y éste se desvanece en el Limay, ...cuando era un río. Puede ser que nada muera, que todo lo que nos ocurre con la muerte sea una falla de nuestro aparato de registro y un desperfecto en la sensibilidad. Pero igual seguiré sosteniendo que al Limay, así como al Neuquén, los enterraron de golpe, con una palada de letras y otro sentido. Los tragó la boca del Negro. Nadie dice río Negro o Negro, como al Limay o al Neuquén. Lo llaman Río Negro.

Del embalse salta pescado rabioso. Montado, Luis Alberto Spinetta.

*“Las uvas viejas de un amor en el placard
son estas cosas que te están amortajando
Credulidad, credulidad...”*

Sigo mirando el río desde una elevación de Paso Chacabuco. Siento que soy un viajero descarrilado. Un viajero que no llega a ser tal. Vivo tratando de asentarme, por fin, en la conciencia del no-lugar, tan necesaria para estar en viaje. No, no es en la negación del lugar propia del shopping, las autopistas y los centros de tránsito de Marc Augé. Este no-lugar te mantiene hundido en la tierra hasta el tuétano.

Voy a remontar el río. Tal vez para detenerme en Villa Llanquín, La Lipela, Cuyín Manzano, Traful o en la costa del gran lago. No sé, por ahí..., lo vital es que sea más al sur. La confluencia del Limay con el Neuquén me trae conflictos. Los dos ríos rematan en un triángulo dentro del cual se asienta una ciudad, que después de robarle la capitalidad a otra, creció dándole la espalda a ambos ríos. Cien años después pretendieron reparar soberbias con costaneras y proyectos de edificios exclusivos, en línea con el globalizado Puerto Madero de Buenos Aires, para que nadie sienta que está en otro lugar, distinto. Sí, Neuquén capital es un lugar bastante perverso que me trae conflictos.



Voy a volver al sur, a las montañas y a los lagos. Pero creo que antes vale la pena completar otro tramo del *raid*. A unos kilómetros de Paso Chacabuco espera otro rápido, sorpresivo en extremo. Se llama Piedra del Cura. Es posible que el nombre provenga de las expediciones jesuitas. Ubicaría concretamente el naufragio y muerte del misionero Segismundo Güel, quizá el primer explorador blanco en intentar descender el Limay, en 1766. Lapalma y Riechert no

ven el rápido, como debe haberle sucedido al misionero con sus canoas. Rozan su propio naufragio, a pesar de usar de continuo los prismáticos. Güel fue un continuador de Mascardi, Guillermo, Van der Meeren, del Hoyo y Elguea, todos religiosos que incursionaron desde Chile para relevar las riquezas materiales y fundar misiones espirituales. Entre otras preocupaciones 'elevadas', recuérdese la fiebre evangélica por la Ciudad de los Césares, es decir, por hallar un lugar con gran concentración de riquezas. También la preocupación por eliminar en los indios aquellas formas de vida, como el nomadismo, que obstaculizaban el control terrenal, por no hablar del control espiritual ejercido sobre la cosmovisión indígena en general. Según la información recolectada por Lapalma, el uso del nombre Piedra del Cura se perdía en los relatos de los ancianos indígenas, no de los *pioneers* que desembarcaron después. Los escritos jesuitas de época ubicaron la tragedia más arriba, en las inmediaciones de la desembocadura del Trafal. Pero vaya a saber sobre qué dibujo fluvial se apoyaron para llegar a esa conclusión.

El viento continúa molestando con fuerza a los dos canoeros excursionistas. Salvada la Piedra del Cura, kilómetros más adelante dejan atrás el Paso Miranda, un paraje con un caserío tan olvidable como su balsa. Después, la desembocadura del Pichi Leufu con sus islotes, que a diferencia de la mayoría de los cursos de agua, no proviene del oeste sino que recoge las descargas de las estribaciones del este. Al rato, también sobre territorio rionegrino, Paso Flores, asiento de una subcomisaría, la balsa y una propiedad

importante. Como en otros pasos, ningún rastro civilizado sobre la margen neuquina. Sólo de vez en cuando, manadas de guanacos. Según el cálculo de los excursionistas, una de ellas tendría alrededor de cien animales. Descienden en Paso Flores y los recibe un distinguido y amable estanciero inglés, Huntly Fraser Macdonald, dueño de las tierras allende. La mansión, junto al río, está protegida por un oasis de alamedas. Los espera la mujer del estanciero, de apellido Bresler, que si no es hermana es pariente del malogrado Daniel Martín Bresler, un joven hijo de colonos agarrado de las solapas por la tragedia. El inglés los conduce al lujoso *living-room*, ofrece un whisky de calidad, charla, y muestra el libro de visitas. Lapalma identifica, entre otras personalidades conocidas, la dedicatoria del ministro de Guerra, general A. P. Justo, luego presidente de la Nación durante la década infame. El general Justo había realizado en 1928 un viaje de reconocimiento de los alrededores del gran lago e inaugurado la conexión telegráfica sin hilo Bariloche-Puerto Blest.

Es impropio interrumpir el *raid* con otra historia. Pero me atrae especialmente y me duele por razones que todavía no he logrado averiguar. Muchos neuquinos la conocen. Es parte de la memoria de la capital y del sur cordillerano de Neuquén.

Daniel Martín Bresler integraba una familia de colonos respetada. Gente de modales, cultura y trabajo rural. Pertenece a los bóers, campesinos de origen holandés de Colonia del Cabo, Sudáfrica. Su padre había sido coronel bóer del Transvaal –reconquistado por el Imperio Británico–. Y en

la cordillera neuquina, delegado del único intento de colonización real en esa zona, frustrado en 1907. Obtuvo tierras en las inmediaciones de San Martín de los Andes, en Quechuquina. Daniel Martín estuvo dos veces preso en la cárcel de la ciudad de Neuquén por carnear vacas de su vecino, Vicente Urquiza, con quien solían joderse por problemas de larga data. La primera vez regresó a San Martín de los Andes rápidamente, tras explicar cómo sus peones no habían reconocido la marca de Urquiza. Ante la segunda detención, debió depositar una fianza para no quedar tras las rejas. La causa sin embargo prosiguió y fue condenado a dos años de cárcel, a purgar en la penitenciaría de Neuquén. Por anomalías ocurridas en su procesamiento, buena conducta y relaciones de la familia con la embajada inglesa, iba a ser indultado. Pero pocos días antes de su liberación, lideró uno de los grupos que participaron de la gran fuga de presos de 1916, que dejó varios muertos. La evasión, motivada en las pésimas condiciones carcelarias y en abusos judiciales, había sido planificada por otro personaje, D'Achary, quien se entregó voluntariamente en la casa del gobernador apenas traspuso el portón de la cárcel. El plan contemplaba cortar las comunicaciones de Neuquén y asaltar la Jefatura de Policía para proveerse de armas y dejar sin caballos a los uniformados, pasar luego por el Juzgado para destruir expedientes y sumarios, empastar la imprenta del periódico, recoger algún dinero del Banco Nación y no saquear a los pobladores. Finalmente, tomar el tren y un automóvil para escapar a Zapala. Antes de abandonar la capital, darían a

conocer al pueblo los motivos de la evasión. Pero no lograron poner en marcha el tren ni dejar a la policía sin caballos, con lo cual se sucedieron varios enfrentamientos en las chacras con capturas y dispersiones. Daniel Martín Bresler fue culpado de la muerte del ingeniero Adolfo Plottier, propietario junto a su hermano del establecimiento Los Canales. El patrón salió a hacerles frente y cayó en el tiroteo. Bresler huyó atravesando la estepa en dirección sudoeste. Dicen que en medio de la persecución bautizó un niño, confundido por los efectos que la soledad producía en unos pobladores. Atravesó ríos como el gran Collón Curá y se metió en la cordillera del sur neuquino, en medio de nevadas y herido en una pierna. Su caballo, exhausto, lo salvó la noche de borrasca que lo esperaba en el cruce a Chile. Abrió su panza y se protegió dentro del animal. En Chile consiguió el pasaporte de un cubano recién muerto y se embarcó a Estados Unidos de América. Al tiempo lo siguió su familia. Alistado en el ejército inglés, peleó en la Primera Guerra Mundial hasta su finalización, obteniendo distinciones. De regreso a Estados Unidos, se obsesionó con vindicar su apellido, recuperar su verdadera identidad y hacer conocer a sus hijas el lugar donde había crecido y que amaba. Retornó a Chile en 1924 para cruzar la cordillera, a pie, solo, sin recursos ni ropa adecuada para un comienzo de invierno. En Hua Hum, su tierra, se presentó en el destacamento policial. Quería que la Justicia argentina comprendiese que con su participación en la Gran Guerra, cuya resolución aseguraba un mejor destino a la humanidad, había expiado sus culpas. Pidió declarar, pero se negó después a hacerlo. Inició seguidamente

una huelga de hambre porque no le daban la libertad. Comenzaron a alimentarlo por la fuerza. Respondió golpeándose la cabeza contra las paredes de la celda. En el traslado a Buenos Aires por ferrocarril para su estudio mental, se arrojó por la ventanilla del retrete. Recogido con golpes graves en la cabeza, terminó internado en una casa de alienados. Tiempo después murió, sin un fallo judicial.

Es bueno volver cada tanto a ciertas historias, aunque no estemos seguros de por qué lo hacemos.

Después de dejar al estanciero inglés y a la señora Bresler, otra hora de navegación los coloca frente al “delta” del Collón Curá, el más grande, desordenado y turbio de los afluentes del Limay. Sólo considerando la zona central de la cordillera neuquina, recoge aguas de los lagos Moquehue, Aluminé, Quillén, Ruca Choroy, Tromen, Huechulafquen y Curruhue, y de infinidad de montañas nevadas como el gran Chachil. Al ingresar a la zona del “delta” aumenta el azote del viento, como siempre, del oeste y del sudoeste. Estoy en total acuerdo con Riechert y Lapalma, desde los faldeos las panorámicas son imponentes. Pero debo agregar que aún hoy la dureza y la soledad contraen el cuerpo. Hasta donde alcanza la vista, no hay lugar para el abrigo, para protegerse del viento ni del sol. Recuerdo sin el menor esfuerzo los temporales de viento blanco padecidos en invierno y las tormentas de polvo que arrancan el sentido de orientación. Al comienzo del verano, en los sectores amesetados, surgen de la nada enormes remolinos de tierra. Y en cualquier momento

llegan ráfagas cargadas de arena y piedritas que ametrallan a discreción. En verdad, son panorámicas temibles para un escarabajo.

Mirando un par de fotografías de la época, hay que darle la razón a Lapalma por llamar “delta” a la desembocadura del Collón Curá. Se observan cantidad de islotes e islas, algunas con bosquecillos, entre cursos de agua calmos, sin que falten sectores de torrenteras. Aquí y allá remansos y lagunas temporales que dejaban las crecidas.

Más abajo el río recupera algo de su andar caprichoso. Acelera, entra bruscamente y se hunde en un remanso. Retoma su potencia y golpea un paredón, al que le ha hecho unos profundos socavones. De nuevo, juega cartas peligrosas. Dos peñascos espetan, uno en cada ribera. Los llaman Las Brujas. La Chica, sobre la margen derecha, no sería otro para Lapalma que el Peñón del Río Negro. Las corrientes y los remolinos estrellaron contra la piedra al vapor Río Negro en 1881, mientras remontaba el Limay en busca del Nahuel Huapi. Según relata Albarracín, antes de que fueran lanzados contra el peñón, las corrientes envolvieron al vapor, controlaron el poder de las máquinas y desobedecieron todas las correcciones del timón. Albarracín afirma que el río arrojó al vapor contra la piedra como si fuera una pluma, pero le perdonó la vida. Repararon al vapor en Carmen de Patagones y harían dos nuevos intentos, sin poder superar el Collón Curá. Una lancha, arrastrada reiteradamente desde la sirga, llevaría la historia hasta el Nahuel Huapi.

Vuelve a encajonarse, luego se abre y lame extensiones de una uniformidad que sorprende por el contraste. Corre de vuelta contra barrancas. Una de ellas está socavada de tal modo que adentro se avista un árbol erguido y frondoso. Kilómetros más abajo de Las Brujas o el Peñón del Río Negro, como prefieran recordarlo, los excursionistas observan una casa de madera, grande y sobre todo pobre, que es lo mismo que decir que lo poco que hay está descuidado. Como siempre, ubicada sobre la margen rionegrina. El paraje se llama Paso Limay y es la primera oficina de Correos y Telégrafos desde el Nahuel Huapi. Lapalma envía un telegrama, después de matar a un maldito perro de un balazo. La bestia le desgarró la bombacha. Los moradores son tan desconfiados como los perros, según Lapalma. Hay una balsa. ¿Para qué? No pierden un minuto más.

Otro par de kilómetros río abajo y observan el primer bosque de sauces patagónicos. La diferencia con la cobertura verde que presenta hoy la ribera, ¿da cuenta del cambio climático de la zona o de la diseminación de la especie? ...si es posible separar ambas cosas.

En el aislamiento del Limay Medio, Lapalma encuentra tierra de sobra para ser aprovechada. Innumerables rinconadas y valles que podrían ser convertidos en campos de labranza, gracias al agua disponible para la irrigación. El problema para el fiscal excursionista es el rol del Estado, desentendido de civilizar y promover el progreso de las regiones del sur. No se ofrecen alternativas a la ganadería extensiva lanar y caprina. Todo queda, según él, en manos de

las iniciativas individuales, las buenas y las malas. Es un comentario, sólo un comentario, no sé si dirigido al presidente en ejercicio desde el año anterior, el general A. P. Justo o a su predecesor, el primer golpista, general José Félix Uriburu. Como gusta decir Lapalma, ellos realizan un “*raid náutico*”, no un estudio sobre obstáculos y potencialidades de la zona. Lo importante es la aventura, alcanzar la meta, disfrutar la gloria pública y, sobre todo, demostrar la navegabilidad del río. Sin embargo, vemos que se ocupa de dejar otros comentarios.

Los persigue el viento. Más que viento, un empujón continuo con sorprendivos arrebatos. Más que empujón, un vendaval desbocado. Ráfagas fuera de dirección empujan al bote hacia cualquier lado. Levantan la proa y suspenden al bote en el mismo lugar, mientras la correntada desciende sin detenerse. Las trombas chupan el agua y la escupen con fuerza. Están empapados. De la costa oeste vuela tanta arenisca que obliga a voltear la cara e inclinarla hacia abajo. Por horas el ventarrón juega las mil y una, hasta agotarlos. Pasan la Gran Angostura con su paredón, casi sin darse cuenta. Lapalma no puede tomar apuntes. Tampoco sacar fotografías. Ni siquiera puede registrar *in* mente las características más generales del río y de sus costas. Su libro prácticamente carecerá de descripciones de esa zona.

El viento los acompañará los tres días que tardan en unir Paso Limay con Neuquén capital. Avanzarán en un solo día nada menos que 265 kilómetros, contados en línea recta. Hay que agregar alrededor de un treinta por ciento más de

kilómetros recorridos, resultado del serpenteo entre Paso Limay y Bajada Colorada, más los cruces de costa a costa buscando la profundidad del irregular canal principal del río. Una navegación insoportable, a velocidad asombrosa.

Pasaron airosos todos los puntos más peligrosos del Alto Limay y parte del Limay Medio, para sufrir el primer accidente serio bastante más abajo, en las inmediaciones de Cabo Alarcón, hoy Picún Leufú. Y pudieron haber muerto. Se llevaron puesto un sauce semisumergido, por navegar cuando caía la noche. Dañó la quilla, rompió la lona impermeable y mandó al agua parte de la carga y unos remos. Metidos en el agua, debieron hacer esfuerzos denodados para salvar el bote, no sin lastimarse Lapalma.

Si suponemos que Paso Flores debe su nombre a las flores silvestres que destacaban al paraje antes de quedar sumergido por una de las represas, y que Bajada Colorada no requiere explicación, vale aclarar que Cabo Alarcón no remitía a un accidente geográfico costero sino a un cabo –Atanasio–muerto por los nativos en 1882. El subalterno llevaba correspondencia militar en plena campaña de limpieza indígena. Ubicado sobre el río Picún Leufú antes de su desembocadura en el Limay, El Fortín Cabo Alarcón, luego convertido en paraje, también terminó bajo las aguas embalsadas.

Volvamos un poco atrás para echar un vistazo sobre Bajada Colorada. En 1933 era apenas un caserío ubicado también sobre la margen rionegrina, departamento Mencué, sin escuela ni atención médica, como el resto de la zona. Una

huella usada por los silbidos de los matorrales y el silencio de algún viajero, impedía imaginar un servicio de transporte para pobladores que en su escasa mayoría no podrían acceder al mismo ni tendrían motivos para hacerlo. El caserío no contaba tampoco con balsa para cruzar el río y aprovechar la estafeta de correos, ubicada, en este caso, del lado neuquino. Pero también esa falta podría bien justificarse, dado que los moradores no usaban el correo. Ejercía la autoridad un subcomisario y un juez de paz, asentados en la vecindad. De cualquier forma, la mayoría de los problemas, incluidos los laborales, encontraban remiendos o alguna forma de desenlace, trágico o festivo, dentro de cada familia, numerosa siempre.

Repuestos del accidente, dejan atrás Cabo Alarcón. Poco después reciben un refresco de civilización. Alamedas ordenadas y techos de un edificio anuncian La Estancia San José. Enseguida, un gran plantel de lanares, potreros de alfalfa, bretes y los jardines del casco. Tierras y edificaciones pertenecen a la Compañía de Tierras del Sud, con directorio en Londres, Gran Bretaña.

Lapalma tratará de registrar, con dificultad por los chiflones, La Punta del Gigante con sus acantilados, las pirámides, edificios desmoronados y otras formaciones extrañas talladas por los vientos. El río alcanzará los trescientos metros de anchura y cuatro metros de profundidad. Encontrarán inscripciones indígenas sobre una roca que sale del río. Sobrevivieron siglos hasta que la represa de El Chocón fue formando el embalse Ramos Mexía que las

tragó. El compañero de Lapalma cree reconocer en las marcas la indicación de un enterramiento indígena ubicado en las cercanías.

Llegarán a Neuquén. Lapalma dejará a su ayudante en una casa particular y él se hospedará en el conocido Hotel Confluencia. Todo será tranquilo en adelante. Completarán exitosamente la travesía. Los recibirá en Viedma una verdadera multitud. Lapalma se sorprenderá gratamente. Saldrá fotografiado en los diarios. Será –sólo por un tiempo– uno de los grandes aventureros del sur. Y habrá demostrado que las embarcaciones livianas, con alguna dinamita previa, pueden navegar el río. De punta a punta.

Pablo Fermín Oreja, antes de ser columnista del diario Río Negro, escribió una poesía inspirada en la muerte prematura de Lapalma. Apareció publicada en dicho diario en mayo de 1935. Años más tarde, en 1948, le dedicó un capítulo de una de sus publicaciones. Con el paso de los años, *raid*, libro y autor se acostumbraron al olvido, aunque no sin alguna que otra sorpresa. En 1979, Lapalma recibió un reconocimiento en San Carlos de Bariloche. Pusieron a una calle su nombre. En enero del 2004, Héctor Pérez Morando y el mismo P. F. Oreja, publicaron sendas notas sobre el deportivo hombre de justicia e intelectual. Para Oreja, Lapalma era “*el Caballero del Limay*”. Edmundo Riechert, el ayudante, tuvo menos suerte. Se encontró con Oreja en los años 80 en la General Roca ya sin Fuerte. La conversación, que incluyó visita a la sede del diario Río Negro y fotos, no fue publicada. Debe haber alguna que

otra referencia más a Lapalma y a su *raid*, pero no hay que ser muy optimista. Sólo tangencialmente, en el 2002, Enrique Mases lo recordó en su libro *“Estado y cuestión indígena”*. No por cuestiones náuticas, judiciales, ni de su persona, sino por haber reproducido un comentario de un hacendado y comerciante que odiaba a los indios, el señor Yerio. Gabriel Rafart retomó esas apreciaciones y agregó otras del fiscal en *“Tiempo de violencia en la Patagonia: bandidos, policías y jueces: 1890-1940”*, libro del 2007. Lapalma nos dejó también reflexiones sobre las tareas pendientes del Estado para con la región, la cuestión del trabajo y los beneficios que reportaba al país el despacho del dinero obtenido aquí por los ingleses, porque lo transformaban en calderas, trenes y manufacturas de calidad que luego la Argentina podía comprar. No olvidó señalar a sus lectores que el precio de la civilización es la tragedia de la barbarie. O sea, un destino inevitable para el indio.

Un familiar de Oscar Fermín Lapalma anunció en el 2013 la pronta reedición de su libro, *“La Leyenda del Limay”*. Quién sabe...

Tierras, indios,
pioneros, colonos...

Aclaración:

Desde hace diez a quince años muchos textos usan la palabra mapuche indistintamente para el singular y el plural. Antes que por una razón gramatical de la lengua mapuche –que tendría algunas formas de pluralizar–, el respeto ‘morfológico’ es un signo de la posición política tomada a favor de las luchas reivindicativas de los *mapuche* (territorio, identidad, autonomía, inclusión, multiculturalidad, etc.). El motivo por el cual utilizo en este libro el plural –mapuches–, no es para sentar postura contraria a los reclamos del pueblo mapuche ni para defender la morfología del español. Cuando di a leer partes del texto, “los *mapuche*” hacía ruido a todo aquel que no estaba consustanciado con la problemática. Si bien es importante contribuir a transformar un obstáculo en ‘conciencia’, he privilegiado no agregar dificultades a la lectura del libro. De los despojos padecidos por el pueblo mapuche, creo que el texto expone bastante.

¿Dónde hallar el futuro?

El pasado es interminable,

y el presente siempre anda entre límites que exasperan.

El pasado es una bola de hierro encadenada a la discusión.

Nunca nos facilitó las cosas.

Determinemos el pasado de una buena vez.

Busquemos hechos para determinarnos.

Qué hacer si no, con un presente sin espaldas.

¿Por dónde se va hacia el futuro?

¿Cómo se escapó?

Río Trafal. Se abre en dos brazos en la desembocadura, da una curva suave y, con un poco de pendiente, cae dentro del Limay. Metros antes y metros más allá *“El rumor se intensifica. Ya es un fragor ronco y áspero.”* Lapalma agradece de paso al bote por ser tan *“ligero”*, con *“una docilidad de comando insuperable”*. Me vuelven a empujar los continuos embates. Barren la estrecha cubierta, por atrás y por los costados. Corre el agua y retrocede con fuerza cada vez que golpea contra algún frente de peñasco. El bote se sacude, se clava hasta casi desaparecer e inmediatamente se levanta como despedido al cielo. Me obliga a ver las murallas más altas de las montañas. Nada de eso ocurre hoy. No existe la desembocadura. Es la cola del primer embalse.

Uno de los problemas de estas tierras y estas aguas es que es casi imposible no encontrarse con el pasado, aunque quede muy poco.

Casa de Piedra. La caverna quedó también bajo el agua. *“Vivienda o habitación de indígenas; ocupada, por lo menos hasta que pasamos en 1933, por un viejo soldado del Ejército Expedicionario que cumplió con la limpieza final.”* Lapalma se emocionaba al pensar en ese viejo león de la campaña al Nahuel Huapi de 1881 o de las patrullas del 82 y 83, así como al evocar al *“Ejército Conquistador del desierto”* quebrando restos de lanzas y aplastando a la chusma retrasada. Lapalma tenía la

tranquilidad de estar convencido de estas cosas. No dudaba ni un poquito sobre el valor legendario de soldados como este, lo cual no sería grave si no se le adjuntasen los motivos nacionales de la legendaria bravura: creerse los cruzados contra la barbarie americana en general y, en particular, contra la soberbia del ex amigo Sayhueque. O la soberbia de Inacayal, hasta que lo ablandaron a fuerza de traslados y lo salvaron a cambio de ‘trabajar’ como portero en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, para que una vez muerto fueran expuestas en vitrinas algunas de sus partes. Quizá no era tan macabra la idea del perito Moreno, amo del museo, pero hoy cuesta que no suene así. A favor de nuestro ilustre Moreno, quien lo exhibía como un indio bárbaro domesticado, recordemos que contemporáneamente en la gran Alemania y otros países europeos gustaban exponer en los zoológicos a familias esquimales y de otros lugares del mundo, con gran éxito económico.

El panel que cuenta la historia del disecado cacique Inacayal en el sencillo mausoleo levantado en un promontorio de la localidad de Tecka, provincia de Chubut, dice que el perito Francisco P. Moreno “*lo hospedó*” en el Museo. Bajo una conmovedora pira de piedras depositaron parte de los huesos del cacique, restituidos recién en 1994. El cerebro, la oreja izquierda y el cuero cabelludo permanecieron en el museo de La Plata, hasta que un equipo de investigación estudiantil denunció el hecho en el 2014. La soberbia de Sayhueque, por su parte, terminó deportada al sur de Gobernador Costa, también Chubut, paraje Las Salinas. Por ahí se perdieron sus

restos. La cruzada argentina le había concedido tierras que con el tiempo la familia perdió en manos de propietarios más eficientes y con capital, así como de comerciantes locales y del propio Estado. No difiere demasiado de lo que le ocurrió al cacique “amigo” de Los Toldos, Coliqueo, y a su descendencia. En 1870 recibió en Gral. Viamonte, provincia de Buenos Aires, 16.400 hectáreas que en 1988, al momento de entrega de títulos de propiedad individual, se habían reducido a 4.021 hectáreas, usurpaciones mediante. O sea, una pérdida del 73,5 por ciento de las tierras. Namuncurá nunca pudo ocupar diferentes tierras prometidas y otorgadas en 1894. Terminó en un pedazo mucho más pequeño y de baja productividad en San Ignacio, provincia de Neuquén, bien, pero bien ‘reservado’. Sobran otros ejemplos.

Lapalma agradecía los tiempos que le tocaba vivir. Además de poder realizar su *raid*, ahí estaba el Parque Nacional del Sud, creado en 1922, en parte con tierras donadas al Estado argentino por el perito P. Moreno, para ser preservadas y disfrutadas por “el visitante sensible”. Sin mejoras hasta entonces, fue la reserva de tierras que permitió crear el Parque Nacional Nahuel Huapi, meses después de nuestra travesía náutica. Eran tiempos también de caminos abiertos entre Viedma y Bariloche y de ésta a Neuquén, mientras latía aún la gran conquista de la tercera parte del sueño soberano argentino. Pero una pregunta irritaba a Lapalma. ¿Cómo era posible que el viejo león expedicionario del entonces coronel Conrado Villegas viviera en una cueva, que las autoridades no hayan reservado un pedazo de tierra a

su abnegación? No tengo dudas que Lapalma sabía que los soldados no fueron tomados en cuenta en la repartija, así como que se olvidaron de ellos también al momento de la paga posterior. Y que en línea con tanta deferencia, la única paga durante la campaña solía ser la ración. Pero en el momento de escribir el párrafo, tal vez Lapalma olvidó que una porción de las tropas, importante por sus conocimientos, eran indios, nada menos que indígenas puros. Y que los demás...

Sobre los soldados, vale recordar las palabras escritas por el comandante Prado en *"La guerra al malón"*, publicado en 1907: *"¡Pobres y buenos milicos! Habían conquistado veinte mil leguas de territorio, y más tarde, cuando esa inmensa riqueza hubo pasado a manos del especulador que la adquirió sin mayor esfuerzo ni trabajo, muchos de ellos no hallaron –siquiera en el estercolero del hospital– rincón mezquino en que exhalar el último aliento de una vida de heroísmo, de abnegación y de verdadero patriotismo. Al verse después despilfarrada, en muchos casos, la tierra pública, marchanteada en concesiones fabulosas de treinta y más leguas; al ver la garra de favoritos audaces clavada hasta las entrañas del país, y al ver como la codicia les dilataba las fauces y les provocaba babeos innobles de lujurioso apetito, daban ganas de maldecir la gloriosa conquista, lamentando que todo aquel desierto no se hallase aún en manos de Renque o de Sayhueque."* Sí, publicado en 1907. Escrito por un militar.

Casa de comercio, indios, policías y ladrones

Un tema lleva al otro. Río abajo de la sumergida Casa de Piedra, sobre la llanura de Paso Chacabuco, del lado rionegrino, había una subcomisaría y una *“casa de comercio”*, según distinción otorgada por Lapalma. Cortesía de caballero. Decía yo, porque es raro que en los años 30, en medio de esas extensiones tan solitarias, hubiera algo más que un despacho de bebidas y otros vicios –boliche–, con menos que más para ofrecer. Según Lapalma, el propietario de la *“casa de comercio”*, Cecilio Yerio, hacía también negocios con la *“obra pública”* del lado neuquino, otra revelación capaz de colgar a cualquiera de un signo de interrogación. Revuelvan la década del 30 en su paso por el territorio neuquino. Sin embargo, en este caso, me fui de boca con mi especulación. Un trabajo sobre la formación de la propiedad y la tenencia de la tierra en Neuquén, dirigido por la historiadora Susana Bandieri de la Universidad Nacional del Comahue, da cuenta que Cecilio junto a Ciriaco Yerio eran propietarios desde 1910, o un poco antes, de la Estancia Huechahue, tierras que habían formado parte de una propiedad de un poco más de 60.000 hectáreas. Uno de los Yerio adquiriría después, en 1918, alrededor de 8.600 hectáreas. Figuraban a nombre de LAPAPAY S.C.A. El hombre estaba casado con Celia Zingoni, integrante de una familia que llegó a acumular en el territorio neuquino nada menos que 251.000 hectáreas. Los Zingoni no eran porteños

copetudos que la recibieron de arriba, sino hábiles negociantes que desde una majada de ovejas, en 1897, y mediante múltiples actividades mercantiles, incluidas importantes casas de comercio, construyeron un emporio ganadero y comercial con poder regional. Entonces, Cecilio Yerio no era un simple despachante de bebidas o mercachifle devenido sedentario. Por otra parte, veinte y pico de años antes había ocupado el cargo de comisario de Junín de los Andes. Algunas crónicas periodísticas lo recuerdan en 1909 por sus intervenciones en la expulsión de pobladores en conflicto por tierras, en particular la de un viejo poblador del lago Huechulafquen, aparente baqueano de la “conquista del desierto” y soldado en la guerra contra el Paraguay. Creo que el mayor problema de este poblador fue no haber sido un colono bóer. Y no saber, por otro parte, que los bóers habían sido para los ingleses, salvajes blancos.

No tengo información sobre la envergadura del comercio de Yerio en Paso Chacabuco, pero pongo una pregunta a favor de mis prejuicios: más allá de la variedad de productos ofrecidos, estos comerciantes que diversificaban sus negocios, ¿eran tan diferentes de los bolicheros? Además del lucrativo sistema de libretas y trueque, ¿acaso no generaban buena parte de sus dividendos también exprimiendo debilidades y desamparos de esos indios miserables, o cinchando a la propia peonada, que cambiaba su paga o el animal por necesidades y vicios? Qué, ¿ponían la casa de comercio por caridad, ardor patriótico, para darle a la zona progreso? Con el mismo prejuicio, pregunto: los negocios

hechos en la parte de atrás de las tiendas de los bolicheros y comerciantes, ¿con qué bienes se solían hacer? ¿O vamos a creer que los manolargas exportaban los frutos de sus hurtos y robos a Flandes, Viena o Canadá? No puedo ni remotamente asegurar que Yerio engordara sus bolsillos de vez en cuando de esa manera, pero sí que esas prácticas estaban a la orden del día y naturalizadas. Yerio nos lo cuenta. Perdón, Lapalma lo cuenta. Claro que, siempre son los otros... Cosas del sobrevivir cuando falta el dispositivo institucional, u otra forma de orden más luminosa.

Yerio odiaba a los indios. Y no es especulación. Lapalma registró sus palabras. Los acusaba de manolargas. También detestaba a los chilenos. Eso lo digo yo. Y como cualquier patrón, seguro que despotricaba contra los cuatrerros, los contrabandistas, los salteadores. Todos eran igual de mal paridos. De una u otra forma, vivían de lo ajeno. Eran los verdaderos depredadores del progreso. No las trastiendas de las casas de comercio que blanqueaban y estimulaban el saqueo. Bien liberal el patrón, si es posible haber sido en esos tiempos y en estos lugares algo distinto, siendo un comerciante. Pero al menos podían ser mejores o peores personas, ¿no?

Las opiniones del dueño de la "*casa de comercio*" fueron reproducidas por Lapalma. O adjudicadas por éste al señor Yerio para reflexionar luego sobre ellas. ¿Para mostrar su costado sensible y su ecuanimidad ante el problema con el indio? Pero, ¿cuántos hubiesen cuestionado que un fiscal condenara a los piojosos indios en la Patagonia rionegrina y

neuquina de 1930? No, no creo que Lapalma se hubiese arriesgado a usar la boca del comerciante para expresar su punto de vista, siendo que por otro lado el susodicho estaba vivo y él tenía un cargo judicial. Creo en la audacia de Lapalma, pero para otras cosas. Sin embargo...

Dice Yerio, desde la pluma de Lapalma:

—El mismo indio sanguinario y ladrón, que otrora impidió el avance de los exploradores en estos parajes y que costó a la patria la sangre de muchos de sus hijos, es el que sigue merodeando en esta zona, a costa de los pobladores, que, como yo, labran afanosamente su progreso.

—Un rancho de paja y barro, escondido en la quebrada más profunda y un caballo atado al palenque, denuncian la vivienda del indio. Es su refugio, el de su prole y sus perros. De allí sólo sale para cometer depredaciones en la hacienda de los pobladores de la zona y para el lejano boliche, donde cambiará los cueros y la lana de los animales hurtados, por alcohol, galleta y tabaco.

—Esos espíritus “humanitarios”, que tan cómodamente en la Capital Federal baten el parche del proteccionismo al indio de la Patagonia, que vengan acá a estudiar, en el mismo terreno, a estos campeones del merodeo, de la haraganería y de la devastación; que vengan a conocer a estos “buitres”, como nosotros les llamamos, porque se parecen a estas aves de rapiña en su voracidad...!

—Sólo a la Compañía Inglesa de Tierras del Sur esta indiada ladrona le roba por año, aproximadamente, unos dos mil lanares. A mí, en lo que va del año, ya me han robado más de ochocientas cabezas...”

Lapalma está acostumbrado a lidiar con los argumentos de las partes, pero responde por encima del

abogado y el funcionario que es. Sopesa historia y contexto, e intenta tomarlos con las manos del humanismo. Claro que sin llegar a cuestionar el proyecto de Estado-nación ni el modelo de sociedad responsable de ese contexto y esa historia. Es razonable: esa sociedad, esa Nación, ese Estado, proveen de sentido a su existencia. Como hoy lo hace nuestra sociedad con cualquiera.

“Escucho en silencio todo esto, porque sé respetar la explicable indignación de estos “pioneers”, que se lanzan a poblar estas tierras inhospitalarias, batidas por los vientos cordilleranos, cubiertas de nieve en el largo invierno, aisladas de los centros poblados y, para colmo, habitadas por los indios, casi refractarios a la vida civilizada y que constituyen una constante amenaza para sus haciendas. Pero también pienso en el otro aspecto del drama. Pienso en esa raza vencida por el impulso civilizador de la raza blanca. Pienso en ese ser inferior. Condenado a desaparecer inexorablemente; en ese heredero del salvaje de las viejas tolderías, hoy más miserable que cuando vivía en libertad en las praderas, porque se halla degenerado por el alcohol, las enfermedades, la miseria y la acción corruptora de los traficantes de cuero y lanas mal habidos. Y esto es un drama trágico.

Pero hay más. Las cárceles de los territorios de la Patagonia están diezmando a los últimos indígenas. La reclusión les mina sus débiles organismos, y de ellas, si no salen tuberculosos, salen pervertidos definitivamente.

Los pobladores, al ocupar las tierras fiscales y alambradas, han destruido los avestruces y guanacos, que constituían el alimento del indígena. Entonces, éste ha recurrido a la hacienda lanar y

vacuna para alimentarse. Se ha hecho ladrón, porque ha sido vencido por la civilización triunfante y porque no tiene, como nosotros, el concepto quirritario de la propiedad individual. Si el proceso de colonización de estos territorios hubiera sido más lento, quizás el indio se hubiese salvado. Posiblemente se hubiera adaptado al nuevo estado de cosas, prestando su mano de obra y su trabajo al hacendado que lo necesitaba para vigilar sus ganados; pero habituado, por decenas de siglos, a la vida selvática y nómada, no ha podido transformarse de golpe, y ha sucumbido. El Código Penal no le exime de responsabilidad, y las cárceles no dan abasto para alojar la enorme población indígena que se vuelca en ellas. Tal el aspecto más trágico del drama que quería exhibir.” Es transcripción de la página 84 a la 87 del libro de Oscar Fermín Lapalma, “*La Leyenda del Limay. Impresiones de un raid náutico por los ríos Limay y Negro*”, editado por él mismo en Buenos Aires, en 1934.

Una descripción convincente, ajustada, muy clara. Sin discutir el Código Penal o la urgente necesidad de promulgar normas correctoras a una colonización mentirosa. Ni que los indios, de haberse hecho mejor las cosas, igual hubiesen sido sentenciados a entregar su fuerza de trabajo a los nuevos propietarios. Lapalma mira con sensibilidad hacia tierra adentro y desprecio contra los que se quedaron con el botín, sin brindar lo merecido a los soldados. Pero al mismo tiempo no abdica de la ideología del progreso sustentada en la concentración del capital. No se enoja con su mundo. Se siente parte del humanismo ilustrado que busca domesticar al hombre, antes de reconocerle entidad, antes que facilitarle accesos al poder por derecho propio. No está en discusión el

derecho mayúsculo, al menos no en este viaje. Lapalma piensa con las limitaciones de quien está encariñado hasta la médula con los usufructos obtenidos y aquellos que cree poder obtener. Como la mayoría de nosotros, incluso los que nos enojamos.

Todo esto me lleva a recordar a Ángel Edelman, ayudante de juzgado en la capital neuquina cuando en 1916 ocurrió la gran evasión del penal, la posterior matanza de un grupo de fugados en Zainuco y el asesinato del periodista Abel Chagnetón, denunciante del fusilamiento y de los encubrimientos. En 1954, Edelman publicó *“Recuerdos Territorianos”*, donde al narrar los acontecimientos que lo tuvieron como actor secundario, se esforzó en aligerar culpas de funcionarios y plantear lo sucedido como un drama trágico de la historia neuquina. A diferencia de Lapalma, cuyo corazón –el órgano– no estuvo a la altura del destino que posiblemente le esperaba, Edelman llegó a ser el primer gobernador provincial de Neuquén en 1958. Y aunque le duro poco, también por traiciones de su cuerpo, sembró junto a su compañero vice gobernador, Asmar, muchos de los proyectos que darían fama al cinco veces gobernador, Felipe Sapag. Pero esa es otra historia, como decía un comentarista radial. El punto es la remisión a la tragedia, la descarga y licuación de responsabilidades en la tragedia.

Yerio despotricaba contra la indiada manolarga. Había que ser sin embargo un poco necio para soslayar que muchos robos de ganado, como señala Lapalma, estaban dirigidos a satisfacer el hambre personal o familiar. Cuando no tenían,

agreguemos, como fin paralelo “*la revancha*”. O en otras palabras escritas también por los investigadores Gabriel Rafart y Gabriel Carrizo: cuando esos delitos constituían “*una forma de resistencia contra el orden instituido*”. Digamos, contra el cercado de campos que impedían llevar los animales a destino; contra el despojo de las tierras utilizadas y los traslados forzados a lugares improductivos; contra la dispersión de los grupos familiares; contra la imposibilidad de realizar la veranada y la invernada, las boleadas a campo abierto o el aprovechamiento común de los bosques. Entonces, era también una forma de resistencia contra las arbitrariedades del *pioneer*, primer portador del orden, apoyado por la autoridad policíaca y el sistema jurídico, al mismo tiempo que la región permanecía en las márgenes de la institucionalidad. Sin dudas, más afuera que adentro de ella.

Así que si queremos evitar caer ahora nosotros en la necedad, no podemos soslayar el real problema del bandolerismo, ni las derivaciones del modo de enfrentarlo, junto a rapacerías, fraudes y conflictos. En esas primeras décadas, gran parte de los pobladores sobrevivían desamparados, mientras que propietarios y comerciantes se organizaban para proteger sus patrimonios, en la medida que lo permitían las distancias. La flaqueza institucional contribuía a que las decisiones y acciones del *pioneer* adquiriesen carácter instituyente. A falta de fuerzas y recursos policiales como caballada, víveres, incluso hombres, los *pioneers* proveían el faltante, generándose un nuevo problema: la adquisición de derechos implícitos de autoridad por parte de los benefactores

para resolver pleitos, determinar delitos, señalar delincuentes. De tal modo, con el apoyo de la institución policial, se ‘resolvían’ cuestiones de alambrados, se intervenía en negocios y los patronos podían deshacerse con facilidad de jornaleros torvos y barulleros o de merodeadores. Elegir un culpable o negociarlo, permitía cerrar con prontitud los casos que podían salpicar. Lapalma decía que las cárceles estaban llenas de indios. Lo que no dijo es que los acompañaban tantos o más chilenos –quizá porque los chilenos fueran para él casi o todos indios–. La gran mayoría eran pobres, usados y despreciados a la vez por los hombres de bien que dignamente se habían ganado el derecho a condenarlos.

Gabriel Rafart, investigador y autor de *“Tiempo de violencia en la Patagonia. Bandidos, policías y jueces 1890-1940”*, explica en su libro que encima no existían grandes barreras entre la actividad delictiva y la policial. Un individuo podía desempeñarse como peón ganadero por un par de meses. Luego, por un período, trabajar de malhechor. Después pasar a integrar las fuerzas del orden por otra temporada, para retornar a continuación a sus anteriores ocupaciones. En un golpe de suerte, conocer alguna otra cosa. Muchos policías cumplían funciones en forma estacional y de algo pues debían vivir entre tanto. Además, siempre arrastraban problemas con el cobro de salarios, librados a 1.700 kilómetros de distancia. El problema de las demoras encadenaba otros problemas. En el mejor de los casos, los policías recurrían a mercadería fiada por los boliches y a préstamos de las casas de comercio. O sea que los señores comerciantes también eran prestamistas, con

criterio propio y habilitación del Estado Nacional. En efecto, como había ocurrido en la frontera con el indio durante el siglo XIX, por largos años del siglo XX los boliches y almacenes de ramos generales patagónicos funcionaron como oficinas de pagos. Ahí llegaban las partidas remitidas desde Buenos Aires para abonar los salarios de los servidores públicos.

Paso Miranda. La puerta entreabierta. De adentro sale olor a charqui, bolsas de arpillera, kerosene, cueros engrasados, granos hervidos, sudor y humo; alguna cosa echada a perder. Hoy no pasó nadie. Bah, pasaron dos. Muy lejos, detrás del sol. Imposible registrarlos.

El cielo, igual. Los yuyos, ni pasto. Antes de anaranjarse el sol, el pajarito pasa una vez. Nadie sabe que hace el resto del día. El viento se lleva unos pasos que alguien se olvidó de recoger. Es una frase hecha, pero no hay mucho para elegir.

Este boliche podría estar parado en la luna, sin que a nadie le resultara extraño.

Suena adentro mío la música de Ravioli, volumen I. En mi casa tengo cinco temas grabados: “no estamos lejos”, “autoengaño”, “maldición”, “vida” y “nada”. Son bonitos. Ablandan donde hace nidos la soledad. Es música instrumental. Parece raro andar clavando palabras por aquí.

Quien sea Ravioli, no debe conocer este imperturbable confín. Por eso puede dibujar mejor las notas en su talento. Para escuchar los temas, es mejor apoyarse contra el lado de afuera

de las cosas. Y olvidarse del olvido. Siéntese después sobre la vista y váyase hasta la quebrada más lejana.

En los alrededores de la propiedad de Yerio, un paraje llevaba el nombre de El Manzanal. Ni rastros del monte de manzanos. Los indios haraganes y dañinos, según Yerio, habían usado la pequeña foresta para leña. Primero prendían fuego al bosquecillo. Luego los tumbaban de un tirón con la cincha.

Sin desmerecer los sacrificios que muchos *pioneers* realizaron para llegar y proyectarse en estos rincones, hay que recordar y volver a recordar que se instalaron a fines de 1800 y principios de 1900 porque les ofrecieron las tierras que ocupaban los indios, antes de la limpieza. En particular, limpieza de los resueltos, hábiles e insumisos, de los peligrosos para el plan apropiador. La mayoría de los sobrevivientes indígenas que no pudieron o no quisieron huir hacia el sur o a Chile durante las campañas del Nahuel Huapi en 1881 y de los Andes en 1882/1883, fueron capturados y trasladados a Buenos Aires, al Tigre o a La Plata, para después distribuirlos. Los diarios llamaron a eso el "*plan de desocupación del desierto*". Algunos serían alistados al Ejército y a la Marina, otros obligados a trabajar en el servicio doméstico de buenas familias. O enviados a Tucumán para usarlos como mano de obra esclava de empresarios de la caña, un destino casi tan terrible como morir por el cólera en el campo de concentración de la isla Martín García. Cualquiera de las alternativas de

reparto buscaba fragmentar las comunidades y desmembrar las familias, aquellas que habían sobrevivido a las exigencias, castigos o enfermedades blancas. Ese era el plan de asimilación a la civilización de Julio Argentino Roca, Lorenzo Vintter y, luego, Ezequiel Ramos Mexía. Plan que triunfó sobre otras opciones como la del gobernador de la Patagonia, Álvaro Barros y los salesianos –colonias agrícola-ganaderas formadas por extranjeros europeos e indígenas argentinos con escolarización y seguridad laboral asistida por el Estado–, o la opción de la Comisión de Colonización e Inmigración del Parlamento, que también proponía crear colonias mixtas. Todavía en 1912, veintisiete años después de la última rendición indígena, el diario porteño La Razón, portavoz de un amplio sector, recomendaba juntar los indios en reducciones vigiladas con una unidad militar. O sea, reflatar los campos de concentración que operaron en la conquista.

Cuando los empujados al otro lado de la cordillera decidieron regresar, gran parte de las buenas tierras ya estaban repartidas entre terratenientes históricos, flamantes *pioneers* y especuladores que no gastaron ni un viaje para conocerlas. Y poco después de la llegada de colonos extranjeros, grandes extensiones quedaron en manos de compañías ganaderas. Para una parte de los ‘indios argentinos’ dispersos, el Estado Nacional creó reservas. En verdad, confinamientos, donde nunca funcionaron las colonias agrícolas-pastoriles que habían sido finalmente incluidas en la letra. Desgarrados, en el sentido que cada uno quiera imaginar, aprendieron a encubrir su origen e identidad: los

‘indios chilenos’ y mestizos, antes que nada su nacionalidad; los ‘indios argentinos’, su indianidad. Y se instalaron donde pudieron, entre propiedades alambradas –recursos vedados–, papeles incomprensibles y prácticas discriminatorias sin límites. Algunos de esos encendieron el monte de manzanos y el desprecio de Yerio, un comerciante y ganadero que casi con seguridad, como la mayoría de los *pioneers* –aunque este era bien argentino–, usaba a los desgraciados para las tareas más rudas, al precio más barato. El indio había sido derrotado, ¿por qué entonces no podía ser reducido a la servidumbre?

No tengo la culpa de que este tema no sea ya historia. Que ochenta años más tarde las opiniones de Yerio se escuchen aún en zonas rurales y pueblos patagónicos. E incluso en diferentes estratos sociales de las ciudades, que parecen no haber podido sustraerse a los espejismos de la civilización ni han querido sacarse de encima los mármoles del centenario patrio, ni en tiempos del bicentenario.

Pueden decir que abusé de Yerio. Fuera de las palabras adjudicadas por Lapalma y ese par de datos que encontré, nada sé de él. Pero lo importante aquí no es su recuerdo, sino la realidad que reflejaba. Más adelante señalaré a otros, socios honorarios de la historia, cuyos pergaminos...

Sin título

Por el Limay y sus extensiones, antes que colonos hubo *pioneers*. En general, administradores o encargados de campos. O jefes de sectores dentro de una gran propiedad constituida por varios campos. Y por montañas, mallines, arroyos y ríos, praderas arriba y praderas abajo, bosques, lagunas completas y costas de lagos aprovechadas por los propietarios. Antes que colonos, hubo *pioneers*, pero no porque el *pioneer* no pudiera ser un colono, sino porque el 92 por ciento de la tierra conquistada y hecha fiscal, no fue destinada al fin asignado por la Ley 817 de colonización. Es decir que en vez de ser reservada al poblamiento, terminó en gordura de unos pocos a bajísimos costos, acuerdos mediante y luego nuevas leyes. La ley de colonización exigía que por cada 40.000 hectáreas entregadas, el o los beneficiarios debían captar a 250 familias y construir mejoras en un lapso de cuatro años. Ahí quedó, en nada. Mejor dicho, demostrando el todo: que en esta historia de conquista por las armas y después con la ley, la cuestión de las tierras está entre las causas primeras, parafraseando a Navarro Floria. Entonces, floreció el negocio de la especulación inmobiliaria y el de las grandes concentraciones de tierra para expandir la producción ganadera ante la demanda chilena e internacional. Producción que requería bajo uso de capital y de mano de obra, o sea, poca población buscando trabajo. Y en todo ese proceso, ni los indios que quedaron en pie o los que regresaron, ni tampoco los chilenos pobres, tuvieron posibilidades de acceso a la tierra como

propietarios. Apenas como ocupantes, en general ilegales o como concesionarios precarios, sujetos a que cualquier informe negativo de los inspectores de la Dirección de Tierras u otra autoridad cualquiera, terminase en la cancelación del permiso de pastaje o cesión, y en la entrega de la tierra a un *pioneer* o a un colono blanco, preferente o excluyentemente europeo. Los indios debían a su vez abandonar su especificidad étnica y, como los chilenos, volverse ciudadanos argentinos. Ningún reconocimiento étnico o de preexistencia para acceder a tierras. Sólo las circunstancias políticas –fin del litigio con Chile en 1901 y necesidad de consolidar la soberanía territorial– favorecieron temporalmente la adjudicación de parcelas a algunos indígenas y mestizos en la Colonia Agrícola Pastoril de las costas del Nahuel Huapi creada en 1902; en general, o casi en su totalidad, a quienes habían prestado servicios al Estado como baqueanos o desarrollando otras prestezas. Igual, no todos tomaron posesión.

La cordillera es el camino

En la época de Lapalma y Yerio, como todavía seis o siete décadas después, se escuchaba hablar de ‘indios

argentinos' e 'indios chilenos', una demarcación ficticia en su universo de pertenencia, derivada de la frontera que escribieron las dos naciones para ser reconocidas como tales. Muchos indios nacidos en territorio argentino fueron 'indios chilenos' por falta de registros civiles nacionales. Los progenitores cruzaban al otro lado para anotar a sus críos. Desde tiempos del Chile español y hasta el cierre de la frontera comercial, a mediados de 1930, regularmente se pasaba al oeste para participar de acontecimientos culturales, visitar familiares o comprar cosas. La verdadera frontera estaba en la estepa, no en la cordillera. Cuando los chilotes pobres (de la isla de Chiloé) fueron afectados por las condiciones de inquilinaje impuestas a las tierras por la expansión latifundista –remates públicos allá por 1896–, más las pésimas condiciones laborales en la incipiente industrialización chilena y la política de colonización dirigida a europeos, cruzaron a este lado. Lo mismo hicieron los campesinos extranjeros cuando se acabó la tierra chilena para colonizar. En 1902, Federico Cibils, ganadero de la Sociedad Rural y uno de los promotores de la agricultura argentina, estaba muy preocupado porque la zona del Nahuel Huapi parecía, según él, un fundo chileno, lleno de chilotes y extranjeros. Un fundo que proveía a su madre patria de carnes, cueros, lanas de exportación y cosechas, sin dejar en el lado argentino más que pobladores, en su mayoría pobres. La inmigración chilena no traía ningún desarrollo significativo, pues muchos alimentos, todas las maquinarias, ropas, barcos, herramientas, manufacturas varias e incluso ganado, provenían de allá. Sobre la presencia de ganado

chileno, es posible que Cibils apuntara sin decirlo al “Potrero de Huber”, también conocido con el nombre de “Rincón de Hube”, como ejemplo amplificado de la transhumancia practicada por los chilotos que vivían cerca de los boquetes. Este hacendado de Osorno, de padres alemanes, desde antes de 1895 engordaba sus animales en el extremo norte del lago, zona de El Rincón, en el valle que se extiende entre la laguna El Totoral y el Nahuel Huapi. Asimismo cultivaba cebada, trigo, habas, papas, cebollas y otras hortalizas que luego cruzaba a su país. Por El Rincón pasaba la huella de arrieros y traperos que utilizaban el paso a Chile. ¿Cómo no agregar entonces a su actividad agropecuaria una pequeña proveeduría? Ante todo esto, Federico Cibils pedía cuarteles, aduanas en los pasos, escuelas y autoridades, auténticas autoridades. Hay que reconocer a Cibils la coherencia. Porque fue también muy crítico con la decisión de trasladar la capital del Territorio Nacional de Neuquén desde la cordillerana Chos Malal a la confluencia del río Neuquén y el Limay, el punto más alejado de las poblaciones existentes en todo el territorio, ocupado apenas por un par de casas.

Un comentario lateral sobre el área de El Rincón y el paso fronterizo por tierra más accesible y usado de la zona: propuesta la construcción de la ruta por dicho Paso Puyehue en la segunda mitad de la década del 30, pasó al olvido en 1944 por el ‘proceso de argentinización’. Recién iniciaron los trabajos en 1956 y tardaron diez años en concluirla. A raíz de la resolución del conflicto con Chile en 1978, el paso fue rebautizado como Cardenal Samoré, en homenaje al mediador.

La cordillera, antes que una barrera constituía el camino. Sus valles ofrecían praderas para la recolección de frutos y caza, engorde de animales y algo de cultivo; refugio ante los conatos de guerra; rutas para satisfacer sobre todo la demanda ganadera de la población hispano-criolla-chilena por más de dos siglos. Hasta que los primeros propietarios –comerciantes, terratenientes y especuladores bonaerenses y porteños– más los bienvenidos extranjeros, quisieron quedarse con esa actividad intermediadora transcordillerana e imponer nuevas fronteras para mejorar el negocio ganadero. Aprovecharon las ventajas tecnológicas, primero de los fusiles Remington, enseguida la comunicación telegráfica, y luego la expansión del ferrocarril. Durante poco más de cuarenta años, entre 1890 y 1930/40, estos propietarios o concesionarios se enriquecieron haciendo exactamente lo mismo que hacían antes los indios, y que tantas críticas levantaba desde hacía más de cincuenta años: vender ganado en Chile. El gran aporte de los estancieros o empresas ganaderas a la zona fue conseguir algo de dinero del Estado para obras de infraestructura, necesarias a sus unidades de producción o a sus temporadas de veraneo. Las inversiones privadas en algún puente, tendido telegráfico o en la construcción de un barco, antes que por altruismo cívico, donaciones redistributivas u otra flagelación ideológica buscaban simplemente incrementar la ganancia. O, en algunos casos, contar con casi las mismas comodidades que tenían en sus estancias bonaerenses. No aportaron otras ideas ni deseos ni mirada sobre el mundo o sobre el desarrollo local. No

pelearon por revertir la centralización institucional impuesta desde Buenos Aires –régimen de Territorios Nacionales–, por la cual del ombligo nacional salía designado desde el gobernador del Territorio al último puesto, y se fijaba y expedía desde más de 1.500 kilómetros de distancia hasta el sueldo del portero. Tampoco se molestaron demasiado con las demarcaciones de tierras realizadas a partir del año 34 por Parques Nacionales. No hay por qué asombrarse. Varios de esos terratenientes, inversionistas y veraneantes con apellido, justamente fueron los impulsores de la creación del Parque, y luego integrantes del cuerpo directivo de la institución central, Parques Nacionales. Desde George Newbery, pasando por Aarón Anchorena, un Montes de Oca, Carlos A. Tornquist, dos Ortiz Basualdo, Antonio Lynch y Exequiel Bustillo entre otros, se puede decir sin caer a ningún barranco, que eran conservadores de fuste y *breech*. Bustillo, el alma mater de Parques Nacionales, militaba en el partido conservador que tenía a Agustín P. Justo como presidente de la Nación. Incluso otros menos pudientes, mucho más expuestos a incertidumbres y riesgos por falta de amigos en el poder central, siguieron la corriente.

Demos otra vuelta, más atrás, antes de que los nuevos propietarios copiaran lo que habían hecho los indios y lo adoptaran como actividad principal. Las parcialidades indígenas, aparte de los grandes arrees desde las pampas y de dedicarse a la cría de ganado, comerciaban otros bienes por estos valles cordilleranos. En 1700 y parte de 1800, ‘indios argentinos’ tejían y ‘exportaban’ al otro lado de la cordillera

aproximadamente 60.000 ponchos por año. Lo dicen los historiadores, no los indios.

A fines de 1800 y principios de 1900, en la capital del territorio neuquino, Chos Malal, así como en otras pequeñas poblaciones del norte neuquino, las manufacturas ‘civilizadas’ provenían todas de Chile. Al punto de que pasados los treinta años de vencido el indio y marcados los límites de las soberanías nacionales, casi todo continuaba comprándose en Chile, desde alimentos hasta pupitres escolares para las escuelas públicas. En la zona de mayor concentración poblacional, el norte neuquino, por años la moneda de valor fue el peso chileno. Para qué tener pesos argentinos si no existía movimiento comercial con el país. Los presos que se fugaban y los policías que desertaban, todos cruzaban a Chile. Bastaba subirse a una loma y mirar los horizontes. Al argentino le faltaba el futuro. En realidad, estaba demasiado lejos. El área cordillerana en su totalidad comprendía una región práctica, no una idea abstracta de frontera de un proyecto de nación. Una región adherida por historia y por presentes de familias asentadas en ambos lados. Una región conectada por actividades y por cultura. Exequiel Bustillo, además de disfrutar y hacer disfrutar a los de su clase de las bellezas, se propuso cambiar justamente eso. Completar la Conquista en *“regiones de enrarecido sentimiento nacional”*. Parques Nacionales vendría a salvar la región, tanto de las adherencias históricas indeseadas como del carácter abstracto de la frontera, por medio de una controlada política de ocupación y explotación turística.

Concesiones, propiedades, transferencias

Si dejamos las peculiaridades de vida del norte neuquino y volvemos al tema de la ocupación de la tierra, no podemos dejar pasar que los *pioneers* debieron su existencia no a políticas nacionales de coexistencia con el indio sino a una política de exclusión, desarticulación y subordinación del remanente indio, que determinó la apropiación estatal de todas las tierras y su inmediata cesión selectiva. Chilenos y criollos sin desvelos por la línea de frontera, no tuvieron mucha mejor suerte. En la privilegiada área andina de los departamentos Los Lagos, Lácar, Huiliches, Aluminé, parte de Picunches, Loncopué y Ñorquín, donde se concentraba el recurso forestal, el potencial agrícola y la máxima capacidad de pastoreo de toda la norpatagonia, se otorgaron entre 1884 y 1889, por la Ley 817 de Inmigración y Colonización de 1876, un total de 1.327.255 hectáreas en concesiones a sólo dieciocho personas. Quince de dichas concesiones abarcaban alrededor de 80.000 hectáreas cada una. Las otras tres, 40.000 hectáreas cada una. Los concesionarios no estaban obligados a vivir en la región. Casi parece redundante aclarar que la mayoría residía en forma permanente en la ciudad de Buenos Aires. Ninguno de ellos colonizó, esto es, desarrolló proyectos de colonización sobre esas tierras, como lo obligaba la ley. Poco después se acogieron a la oportuna Ley de Liquidación promulgada en 1891, por la cual dejaron de ser concesionarios y pasaron a ser propietarios, a un precio por hectárea muy bajo o por

donación del Estado. Eso sí, siempre y cuando devolvieran una cuarta parte. Al compromiso anterior de colonizar lo suplantó la obligación de incorporar capital en forma de hacienda y mejoras, cosas que en general no les costaba un peso pues las trasladaban a los administradores o a los arrendatarios y subarrendatarios, que ponían su propia hacienda para cumplir las obligaciones contraídas por el propietario con el Estado. Cuando el negocio no generaba suficiente entusiasmo, siempre podían transferir, es decir, realizar ventas encubiertas. Los registros están llenos de transferencias, a veces realizadas con apenas un par de semanas de diferencia entre una y otra. Tome usted toda esta información y pásela por su entresueño.

Muchos de aquellos ‘primeros’ campos pasaron después a manos de sociedades ganaderas chilenas, que si bien también hacían cuentas especulativas y negocios inmobiliarios, preferían aprovecharlos mientras tanto para producir. De paso, valorizaban las tierras. Una de ellas, la Sociedad Comercial y Ganadera Chile-Argentina, con sede en Puerto Montt, llegó a reunir en el sudoeste y sudeste neuquino 420.000 hectáreas en seis estancias que adquirieron buena fama –Meliquina, Chacabuco, Quenquemtreu, Sañico, La Teresa y Collón Curá–. La empresa proveía a curtiembres y saladeros chilenos, además de destinar carne al consumo interno de Chile y a la exportación a Alemania. En 1919, la mayoría de estos campos de la Sociedad pasaron a manos de otra compañía chilena, Sociedad Ganadera Gente Grande.

Entre los beneficiarios de aquellas transferencias de los concesionarios-propietarios originales, figuran varios Uriburu, uno de ellos ministro de Hacienda de Juárez Celman, otros emparentados con Roca. Los Uriburu-Castells, por ejemplo, obtuvieron 220.312 hectáreas por aquí. Figuran en los documentos también un Prefecto General de Puertos, un almirante y diputados. El ministro del Interior de Carlos Pellegrini, Manuel M. Zorrilla, se quedó con 10.536 hectáreas, sólo en el Departamento Los Lagos. Con tierras en otras zonas del área andina completó un total de 80.000 hectáreas en Neuquén. En el territorio de Río Negro sumó otras 36.000 hectáreas. De la tierra ubicada en Los Lagos, 7.500 hectáreas entrarían en una cadena especulativa. La península Huemul completa –lago Nahuel Huapi–, que fuera propiedad de Zorrilla, se convirtió en 1922 en la Estancia modelo Far West, luego Estancia Huemul, de Aarón Anchorena y los Ortiz Basualdo, que por disolución de la sociedad en 1935 quedó en propiedad exclusiva de los Ortiz Basualdo, por lo menos hasta el fin del siglo XX. Otros apellidos ilustres aprovecharon igualmente las ofertas de la zona andina neuquina en distintos momentos de fines del siglo XIX y principios del XX. Hay Zuberbühler solo, Zuberbühler de Cané, Zuberbühler de Sánchez Elía, Bullrich solo, Zuberbühler de Bullrich, Mendiguren, Clusellas, Avellaneda, Dellepiane, O'Farrel, Douglas Reed, Urquiza, Urquiza de Anchorena. Aarón de Anchorena recibió en 1902 la Isla Victoria completa, solo unos meses después de conocerla en una excursión y pedir la concesión. En 1907 obtuvo el usufructo de la isla de por vida,

más allá que varios años después, en 1914, tras ataques periodísticos contra el privilegio obtenido, la restituyó al Ministerio de Agricultura con el vivero, muelles, embarcaciones y otras mejoras por él construidos. Dichas mejoras, que eran parte del arreglo de usufructo por inversión legalizado en el Congreso, sirvieron para futuros desarrollos en la isla.

Varios de estos apellidos junto a otras buenas familias argentinas, participaron después, a partir de los años 30, del núcleo más exclusivo que ‘civilizó’ con sus propiedades de veraneo las costas del gran lago Nahuel Huapi, y que acompañó el proyecto de desarrollo y conservación de Exequiel Bustillo Madero, hacedor de Parques Nacionales. Entre ellos, los Zuberbühler, familia que hacia 1928, sólo dentro de los límites de la provincia de Buenos Aires, integraba el selecto grupo de los propietarios con más de 100.000 hectáreas. Uno ellos era amigo de la infancia de Bustillo. La propia familia de la mujer de Bustillo, los Pacheco Santamarina, poseían hacia 1928 más de 150.000 hectáreas también sólo en la provincia de Bs. As. No son datos caprichosos sino oficiales, publicados en la Guía de Contribuyentes del año 1928 de la Provincia de Buenos Aires. Antonio Lynch, dueño desde 1931 de la bellísima península Quetrihue, estaba casado con una Uribelarrea, emparentados estos últimos con los Anchorena. Integrantes de las familias Peralta Ramos, Bullrich, Llavallol, Sánchez Elía y varias más, contribuyeron igualmente a iluminar sobre todo los alrededores de Villa La Angostura.

Quetrichue, Cumelén y Huemul Capital, amigos y turismo

A diferencia de lo ocurrido con las tierras acumuladas por los Zingoni, por Rambeaud, Guevara y otros en la zona central del territorio neuquino, la mayoría de las estancias del sur neuquino no demandaron esfuerzos comerciales para alcanzar sus extensiones. Quetrichue no será el mejor ejemplo por sus dimensiones, comparado con otras propiedades, pero ilustra una serie de circunstancias que pintan el devenir de la zona. La exclusiva estancia de Antonio M. Lynch y Manuel Uribelarrea –por años las casi 1.800 hectáreas de la península homónima completa, sobre el lago Nahuel Huapi– se formó a partir del lote 10 de la Colonia pastoril Nahuel Huapi (625 hectáreas), adquirido por Carlos Smith Cusack en 1905. En la península vivían desde 1897 los Ranque y los Metra –a veces escrito Meltre–, familias mapuches con cultivos de papas, repollos, cebollas y zanahorias, vacas lecheras, gallinas e incluso una fábrica de quesos, según el relevamiento realizado en 1901 por los ingenieros Soungires y Martínez. No es información histórica que se acostumbre reproducir. El libro de Yayo de Mendieta, *“Una aldea de montaña”*, rescata los datos. Pero como en otras situaciones, no se sabe o no se dice en caso de saberse, qué pasó con ellos y con sus mejoras. Tampoco con Eugenio Quintupuray, un Quintriqueo y quizá sus familias, quienes también ocupaban la península por lo menos desde un año antes –1896–, según un trabajo sobre el

hábitat, la vivienda y la división de tierras de E. Molla (h). Hacia 1909, E. Quintupuray se había corrido o lo habían corrido a una zona del lago Correntoso ocupada por otros parientes. Pero volvamos a la compra del lote 10 en 1905 por parte de C. S. Cusack. Años después vendió la tierra al doctor escocés John O'Connor, uno de los integrantes de la comisión promotora del Parque Nacional del Sud. Dicen que O'Connor creyó haber adquirido la península en su totalidad, no sólo el lote pastoril del extremo sur, lo cual lo exculparía de haberla rebautizado a su antojo. Después compraría una fracción más. El hecho es que de conocerse hasta entonces en el mundo blanco como Península del León o Península Mascardi, conquistadores mediante, pasó a denominarse Península Beatriz, en homenaje a su esposa viva, Grace Beatrice Richmond Oxley. Asimismo, las dos lagunas de la península recibieron el nombre de May y Dora, sus hijas. Qué, ¿no era tierra propia? ¿Acaso no había comenzado la historia con ellos? Los aleros con inscripciones indígenas no eran más que arqueología, y poco costaba olvidar las "poblaciones" recientes de la península. J. O'Connor la usó como refugio vacacional, nada más. Contrató a un suizo, Röthlisberger y familia, para que se encargasen del cuidado de la propiedad. Al suizo le dio libertad para cultivar, pero compartía las ganancias de la hacienda que el suizo produjese. Parece que este integrante de la comisión promotora del Parque Nacional del Sud ni siquiera descubrió el bosque de arrayanes que guardaba la península. En 1931, Antonio Lynch, porteño adinerado y maravillado por las bellezas que le mostrara uno de los hermanos Ortiz

Basualdo –propietarios de la Estancia Huemul–, adquirió con su cuñado Manuel Uribelarrea, también adinerado, ese paradisíaco lote 10. Poco después, siendo A. Lynch directivo de Parques –primero de la Comisión Nacional de Parques Nacionales (1933) y, a partir de 1934, de la Dirección de Parques Nacionales, le compró a Parques el resto de la península, si no mienten las reseñas de aquí y allá. Su vecino de veraneo y el compañero más destacado en cargos de Parques, Exequiel Bustillo, terminó de armar en 1933 su estanzuela Cumelén sobre los lotes pastoriles 12 y 13. En 1934 Lynch descubrió el bosque de arrayanes dentro de su propiedad –en realidad, un paisano lo desasnó–. Decidió entonces rebautizar la península con el nombre de Quetrihue, “donde hay arrayán” en lengua “araucana”, así como también a las dos lagunas, hijas de O’Connor, que pasaron a llamarse Patagüa y Hua Huam. (Hasta 1961 los mapuches eran “araucanos” para los libros y el decir blanco argentino.) Lejos del respeto, la culpa o la reparación, el uso de nombres “araucanos” por parte de propietarios de la alta sociedad estaba motivado en el *glamour* de corte arqueológico que les proporcionaba pisar un mundo lejano y salvaje, aunque muchos de los integrantes de ese mundo lejano estaban recontravivos, en disponibilidad para ocuparse de sus necesidades, excentricidades y servicios.

Como Pedro Cárdenas, oriundo de la isla de Tranqui, Chile, quien permanecía entre un año y año y medio trabajando en la Estancia Lynch para luego regresar a su casa por dos meses, con algunas cosas y dinero. Lo esperaban la

mujer y los hijos que en cada vuelta iba engendrando. El hombre solía hacer buena parte del viaje a pie, caminando por las vías. Tardaba una semana. Ahorraba el pasaje del tren hasta Osorno y el de un colectivo. Su cuenta era simple. Los pasajes representaban cosechar unas cuantas bolsas de papa en la isla de Tranqui, cruzarlas en bote a remo hasta el pueblo de Queille y sumar encima la venta de un par de ovejas. Pedro trabajó durante catorce años en la península Quetrihue. A lo mejor fue quien desasnó a Lynch sobre el bosque de arrayanes. O sino su hermano Juan, que empezó a trabajar en la estancia antes que él. O Eugenio Quintupuray, antes de irse a Bariloche, expulsado por Parques en tiempos de Bustillo. Aparentemente no había completado una serie de trámites exigidos para obtener un pedazo de tierra.

Lynch mandó construir un muelle, senderos y una casa de té, y empezó a cobrar la entrada a visitantes con plata. Bueno, no él. Eso debe haber quedado en manos del administrador, agricultor y botánico alemán José Diem. Hasta que llegó el peronismo. Primero obligaron a Lynch a dejar de cobrar el ingreso al Bosque de Arrayanes, para disfrute de un turismo menos exclusivo. Luego, en 1950, le expropiaron la península a favor de Parques, con excepción de alrededor de 100 hectáreas que incluían el casco de su estancia. También el ex ministro de Economía de A. P. Justo, contador Federico Pinedo, gran amigo de Exequiel Bustillo, perdió su casa y campo de Villa La Angostura de la misma manera. Bustillo se adelantó a la expropiación. Loteó y vendió su estanzuela

Cumelén. En una porción, adquirida por amigos, desarrollaron el *country club* que hoy conserva el nombre.

Punto aparte, la política de expropiación peronista permitió recuperar 162.000 hectáreas adjudicadas dentro del Parque Nacional Nahuel Huapi, por lo menos una parte durante la gestión de Bustillo. Uno de los adjudicatarios fue el amigo Federico Pinedo. Los datos son proporcionados por Melina Piglia en su trabajo *“En torno a Parques Nacionales: primeras experiencias de una política turística nacional centralizada en la Argentina (1934-1950)”*, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2010. La cifra parece un poco exagerada, si no se computan las ampliaciones de las áreas urbanas y, según Bustillo, las 60.000 hectáreas de grandes campos otorgadas a particulares con antelación a la creación de Parques. Frente a las acusaciones posteriores de haber facilitado la enajenación de tierra pública en manos privadas, Bustillo explica en su libro *“El despertar de Bariloche”* que la venta de tierra fiscal dentro de los Parques estaba explícitamente dispuesta en dos artículos de la propia Ley de Parques. Entre ellas, la que obtuvo Pinedo, a quien Bustillo siempre reconoció un hombre fundamental para la obra de Parques, pues fue quien aseguró su partida presupuestaria mientras ocupaba el Ministerio de Economía. La ley, un proyecto del mismo Bustillo, permitía destinar lotes para actividades pastoriles y agrícolas, ampliar centros urbanos e instalar hoteles.

La península Huemul del lago Nahuel Huapi, propiedad de A. Anchorena y sus sobrinos, los cinco

hermanos Ortiz Basualdo, fue la puerta de acceso al gran lago y a sus alrededores tanto para Antonio Lynch como para Exequiel Bustillo. Ambos no sólo armaron sus estanzuelas en la zona y promovieron el desembarco de amigos, sino que la experiencia sureña llevó a Bustillo a crear Parques Nacionales y dirigir la institución. Bustillo fue convencido de visitar la zona durante una cena con Luis Ortiz Basualdo y sus respectivas mujeres en el Hotel Ritz de Paris, uno de los lugares que gustaba frecuentar la alta sociedad porteña. Meses después, en marzo de 1931, quedó deslumbrado con los paisajes del Nahuel Huapi y con la estancia de los Ortiz Basualdo. En su libro *“El despertar de Bariloche”*, Bustillo cuenta que no tenían residencia veraniega propia y estaban cansados de pasar los veranos en el Bristol Hotel de Mar del Plata o en las estancias de los parientes. Así que su amigo Luis Ortiz Basualdo les presentó a uno de los Newbery por un lote de 600 y pico de hectáreas. El de Becker, según una carta de Emilio Frey, ubicado muy cerca del paraíso que compraría Lynch, así como de Puerto Manzano, hermosa propiedad de Ernesto Jewell, un británico escocés con plata. También cerca del predio que obtendrían los Zuberbühler, entre los que había amigos de infancia de Exequiel Bustillo y un cuñado de Luis Ortiz Basualdo. Y cerca a su vez de las tierras que elegiría pocos años después para fundar la Villa con vecinos y amigos. Bustillo aprovechó la oportunidad de sumar un lote contiguo, ocupado por un primo hermano de George Newbery, otro norteamericano, minero, de apellido Weeks, que había perdido la titularidad por incumplimiento con el fisco. En el

mismo año que Lynch con Uribelarrea compraran las 1.100 hectáreas de la península Beatriz –1931–, Bustillo con su cuñado Charley P. Santamarina tomaron posesión de 1.250 hectáreas aproximadamente, con dos bahías preciosas separadas por una pequeña península. Que parte de la superficie fuera arrasada con anterioridad, les permitió contar con vistas al lago, parquizar con mayor facilidad y plantar especies exóticas del gusto de la alta sociedad. Adentro de la nueva estanzuela residía en un campamento otro norteamericano, Walsh. ¿Habría sido Santiago, el encargado de la carpintería de la Estancia Far West –luego Huemul– propiedad de Anchorena y Ortiz Basualdo? Quizá un hijo... Antes había vivido en el predio un alemán. Como hemos visto, Bustillo nombró a su propiedad Cumelén.

No todo el mundo que tenía dinero se internaba 1.700 kilómetros –el tren llegaba en ese tiempo hasta Pilcaniyeu– para dejarse conmover e imaginarse a sí mismo dirigiendo el destino de esta zona, a partir de desarrollar un parque natural. Ya sólo por eso, Bustillo tenía sus méritos. A los que agregará el desarrollo de una infraestructura importantísima, y, a nivel nacional, la creación y consolidación de la institución de Parques, con una continuidad infrecuente en la Argentina. Pocos se animaban o tenían ideas para hacer algo semejante, es cierto. Pero también es verdad que el dinero y la costumbre de estar encumbrado por tradición familiar y cercanía al poder –cosas facilitadas por el dinero–, suelen conceder disponibilidad de tiempo, información y estados

mentales apropiados para desarrollar ideas y logísticas sociales capaces de realizar grandes proyectos. Es otro aporte de la operación virtuosa del capitalismo. Hay que agradecer por esto y por tanto otro que haya capital en el mundo; que haya habido, hay y vaya a haber individuos psicológica, social, formativa y materialmente preparados para encarnar, representar y preservar el capitalismo. Porque incluso un proyecto estatal, como el Parque Nacional Nahuel Huapi, necesitaba de estimulaciones privadas notabilísimas. Qué, de una ruta con un paisaje de ensueño, si entremedio no sobresalen algunas mansiones. Qué, del hermoso lago sin unos veleros con personas preciosas disfrutando en posición tres cuartos acostado mirando con los ojos cerrados al sol. O los ríos, sin grupos de pescadores jugando como niños liberados de tanto refinamiento, operaciones comerciales y de sostener el poder. ¿Qué sería de estas maravillas paisajísticas si no se hubiesen impuesto severas restricciones a las actividades de los pobladores empobrecidos?

Si damos crédito a la idea de que a la historia la mueve el voluntarismo de personajes públicos, hay que agradecerle a Bustillo y a otros señores de buenas familias que muchos logros estatales hayan sido resultado de sus espíritus creativos, conveniencias, tenacidad, ardides, capacidades organizativas y ambiciones personales. Y que por una excepcional polifonía de coordenadas donde han cantado variadas circunstancias y otros actores, esas decisiones perduraran convertidas en políticas de estado.

Después de dar las gracias, volvamos al meollo. De no haber habido capitalistas, ¿de dónde iba a caer dinero? Me guste o no, hay algo de verdad en el discurso de los libros de Yuyú Guzmán dedicados a las espléndidas estancias argentinas y a las de la Patagonia andina en particular. En estas regiones, servicios como el de transporte, préstamo de dinero, pago de salarios estatales en las extensas áreas rurales, hospedajes, más el acceso a alimentos, mercadería general y herramientas de trabajo, todo aquello que a grandes rasgos era la infraestructura portátil y la baranda del desarrollo, vino de la mano de los negocios y las visiones de los señores adinerados. Si no, vino de aquellos que, sin abolengo, obtuvieron algo más de lo necesario para sobrevivir y supieron marcar en sus cabezas esa diferencia. La gran ventaja de la institución del negocio sobre otras alternativas, es que siempre estuvo y todavía está asegurada con la póliza del progreso. Es una vieja carta del capitalismo histórico que todavía marca a fuego al conjunto de la sociedad.

Adinerados de cuna y ‘transpirantes’ con olfato para descubrir el negocio o inventarlo, casi siempre dependieron sin embargo de los llamados “colonos del silencio”, pero con la ventaja de que éstos dependían en sus necesidades quincenales de ellos. Los boliches y los servicios –hospedaje, animales para transporte, balsas y cobro de otros pases– aportaban el goteo diario para hacer funcionar el motor de los negocios más grandes. No los negocios distantes de quienes llegarían al sur para disfrutar de sus casas de veraneo, pero sí en gran parte del resto. Es cierto que Lynch, que vivía en

Buenos Aires, cobraba el acceso al bosque de arrayanes, pero dudo que haya podido derivar dinero de las entradas y de la casita de té a un destino que no fuera la misma estanzuela o solventar parte de sus temporadas de descanso. No eran muchos los turistas que podían llegar a Quetrihue en barco de paseo desde Bariloche.

Para que el capitalismo iniciara su operación virtuosa en la zona, productores, comerciantes, terratenientes, aventureros y colonos debieron esperar a que el Estado Nacional conquistara un curioso desierto, expropiara la tierra a sus ocupantes, la dividiera y la otorgara. Y de alguna manera, precaria por cierto, organizara por medio de las instituciones la reincorporación de los viejos ocupantes a este nuevo mundo. Estos viejos ocupantes sumados a los pobres que emigraban del oeste, debían poner también su granito de patria. Los terratenientes y los especuladores ya lo habían hecho: financiaron al Estado Nacional la tarea de limpieza del desierto. Ahora era tiempo de poner en marcha la máquina de la rentabilidad patronal, con peonada trabajando por un salario. No había futuro en la autoproducción, ni lugar. Punto aparte merece el cambio de perfil dibujado después para la zona: incorporar al círculo virtuoso del capitalismo la producción del ocio; para “el visitante sensible”, visionado por Moreno y recibido por Bustillo.

Casi todas las cosas nuevas producidas por la sociedad capitalista son al principio exclusivas; prerrogativa de un sector muy pequeño autobendecido. La lógica decía entonces que el mejor turismo es el que comienza siendo exclusivo y luego

derrama. Regala al vulgo su orden, su proyección, la calidad, el estilo. Cuando Bustillo eligió dejar Mar del Plata –quizá el principal divertimento social creado en los años 80 del siglo XIX–, optó por irrumpir en un territorio natural antes que social, y volverlo exclusivo. Primero con un reducido grupo de amigos y después con turismo selectivo. Es verdad que en esos tiempos, principios de la década del 30, al concepto y a la posibilidad de salir de vacaciones todavía le faltaba el gobierno de Perón. También es cierto que las ideas socialistas que podían aportar otra perspectiva estaban invisibilizadas, por decirlo de algún modo. Sólo las ideas menos elitistas para el desarrollo de Parques del ingeniero Emilio Frey podían representar una variante al turismo ultraselectivo, lo cual nos obliga a reconocerle a Bustillo y a sus amigos oligarcas ciertas restricciones de época para pensar las cuestiones del turismo. Pero hasta ahí nomás. Porque la playa atlántica así como las sierras cordobesas ya estaban sujetas a un creciente turismo, casi masivo el playero e incipiente el serrano. Sin embargo, o sea a favor de Bustillo, se podría decir que la gran distancia a recorrer desde Buenos Aires, Rosario o Córdoba hasta el gran lago, más las escasas y costosas opciones de aprovisionamiento, traslados a puntos de visita y alojamiento, requería disponer de más tiempo y buen dinero. El tema –la lucidez para algunos– es que Bustillo y compañía explotaron dichas limitaciones, en vez de poner el acento en cambiarlas. Por supuesto que estamos hablando en términos de goce popular, porque en otro sentido, vaya que realizó obras que cambiaron por completo el horizonte de la zona. Por decisión

de Bustillo se construyó el hotel Llao Llao y trajeron el primer barco de turismo importante desde Holanda. Fue Bustillo quien impulsó la ejecución del camino que unía a Bariloche con su estanzuela, con las propiedades de sus amigos y con la futura Villa La Angostura. Fundaron otras villas, levantaron los edificios de Parques, el Centro Cívico de Bariloche, casas para los guardaparques, puentes, muelles y tantos, pero tantos etcéteras más.

La explicación de este turismo 'bustillano' podría resumirse de la siguiente manera. Las postales de los primeros hoteles junto al lago, entre montañas poderosas y bosques vírgenes, disparaban apetitos nuevos, deseos diferentes, ganas de evitar lo conocido. Es decir, dejar de vacacionar siempre en función de estancieras reuniones sociales, grandes fiestas de hotel, o de la fama concedida a otra ciudad europea más. Aquí, en el sur, los contactos había que hacerlos con la naturaleza, y con pocas personas. Ayudó, indudablemente, la situación internacional que deprimió los viajes a Europa. Pero además, esta alternativa de pasar el verano en un lugar donde el centro de todo era la naturaleza, otorgaba una nueva etiqueta social. Una etiqueta distinguida porque seguía siendo sólo para pudientes, pero, a su vez, refinadamente despojada y aventurera. La cosa se emparentaba con los viajes de aventuras que gustaban realizar los europeos fuera de su continente. El turista de Bustillo se animaba a carecer de buenos medios de transporte, casi ausencia de accesos transitados a los puntos más bellos y pocos entretenimientos conocidos. Del hotel, la hostería, la casa de veraneo o la estancia cordillerana, muchas

veces había que usar el caballo para ir a cualquier parte. El impacto del poder natural y la inseguridad que podía provocar la experiencia, se mitigaba con la empatía ofrecida por los anfitriones, los administradores o, poco después, los prestadores de servicios, gente muy diferente, de otra categoría, pero que conocía el lugar y entretenía con sus vidas salpicadas de exotismos. Los administradores y los prestadores eran con frecuencia europeos escapados de los garrotazos que solía darse el continente más civilizado del mundo.

El ‘pionero’ Luis Ortiz Basualdo así como el ‘pionero’ Antonio Lynch, uno copropietario de la península Huemul y el otro de la península Quetrihue, las dos dentro del Parque Nacional Nahuel Huapi, integraron el directorio de Parques Nacionales. Luis Ortiz Basualdo ya había formado parte antes de la Comisión Pro Parque Nacional del Sud y participado en la organización de los primeros viajes turísticos. Dicha primera Comisión se completaba con otros apellidos notables, como Montes de Oca, Anchorena, Tornquist y demás. Ambos dueños peninsulares se dieron el gusto de explorar los alrededores del Nahuel Huapi y participar de algunos bautismos de cerros durante la década del 30. El Parque se los agradecería, nombrando a un lago y a un refugio con sus apellidos.

La estancia Huemul de los Ortiz Basualdo –en sociedad con Anchorena hasta 1935– fue un establecimiento de producción de ganado bovino seleccionado, primero para

producción lechera, así como de ovinos y yeguarizos. Tenía 10.536 hectáreas atravesadas por caminos, cuadros de cultivos con sus canales, aserradero y quesería con maquinaria; viveros, puerto y embarcaciones; puentes, rincones con mejoras para disfrutar vistas panorámicas y refugios de caza; incluso teléfono desde 1922, hasta a la estancia de Jones. Para ubicar a esta familia en el mapa social y económico, basta con recordar los dos palacios Ortiz Basualdo, el de Plaza San Martín y el de Plaza Carlos Pellegrini de Buenos Aires. Los hermanos Ortiz Basualdo son considerados los introductores en la zona del jabalí. Querían variar un poco las salidas de caza con los amigos. Para mí no está claro si fueron los primeros o si compartieron el honor con su pariente y socio temporal, Aarón Anchorena, o si éste último los trajo antes. Anchorena se quedó con la Isla Victoria en 1902. Después armó la estancia Huemul –Far West– con sus parientes, los Ortiz Basualdo, iniciando los trabajos en 1922. Sea quien fuera el introductor del animal, hay cosas de sangre..., y ellos eran parientes.

Anchorena, además de levantar en su isla un astillero dirigido por el ingeniero naval y capitán Otto Mühlenpfordt, –también administrador de la isla–, construyó en la misma un puerto, varios muelles, residencia, casa de administración, galpones, corrales, un vivero famoso y caminos. Ingresó ganado vacuno de selección y mandó plantar especies arbóreas de todas partes del mundo. A su vez, se afamó de traer osos alemanes, ciervos de Canadá, jabalíes españoles,

huemules chilenos, perdices y faisanes. Todos para lo mismo, para que la caza fuera una fiesta llena de sorpresas.

Otras tierras

J. A. Jones y G. H. Newbery

La Estancia Meliquina, ubicada junto al lago homónimo, tuvo su origen en una concesión de 80.500 hectáreas otorgada a B. Posse en 1887. Luego de una transferencia, la concesión fue transformada en una donación del Estado Nacional por un total de 60.000 hectáreas a favor de J. Repetto. O sea, mientras el Estado recuperaba para sí 20.000 hectáreas, entregaba un premio de lotería. Algo no muy diferente siguieron haciendo muchas décadas después los gobiernos provinciales, entregando a precio vil tierras fiscales contra vaya a saber qué contraprestaciones, o haciendo la vista gorda a mecanismos de intermediación que permitían eludir leyes restrictivas, por ejemplo, a la compra por parte de extranjeros. Demos una muestra contemporánea. En la provincia de Río Negro salió a luz en el 2013 cómo un grupo económico belga, Burco, propietario en Bariloche de Arelauquen Golf & Country Club –700 hectáreas–, amplió entre el 2006 y el 2011 la superficie de la Estancia Río Foyel, de

su propiedad también, con nuevas 14.370 hectáreas que contienen reservorios únicos de agua dulce. A través de otras empresas, por ejemplo El Talismán S.A., o de personas que después aparecían integrando el directorio del grupo Burco, realizaban compras a viejos pobladores beneficiados con la adjudicación de las tierras fiscales que hasta entonces ocupaban. Detrás había un belga multimillonario, Huber Gosse, enamorado perdidamente de la zona, pero no por eso tan loco como para desenamorarse de sus negocios, que controlaba desde Puerto Madero, Buenos Aires. Este mismo grupo es dueño desde mediados de 1990 de una estancia de 11.000 hectáreas en el monumental Valle Encantado, surcado por el río Limay que navegara Lapalma y que a mí me conmueve. Compraron para explotar la caza de ciervos y la pesca de truchas en un marco único. Suman otras estancias, una en Trevelin, otra en el río Corcovado, otra más en la Península Valdés, sin contar el par que poseen en Chile. Según el Registro Nacional de Tierras Rurales, alrededor del treinta por ciento de los lotes agrícolas y pecuarios de la zona andina del sur de Neuquén y norte de Río Negro están en manos de empresas y ciudadanos extranjeros. Es decir, el doble de lo permitido por ley. De la Meseta de Somuncura, territorio rionegrino, salieron a la luz en el 2006 y luego en el 2013 varios regalos del cielo recibidos por particulares: un total de 49.000 hectáreas. Cambio de gobierno, y parece que también en los ojos de la Justicia, permitieron recientemente recuperar 24.648 hectáreas, cedidas en el 2012 mediante fraude administrativo –incumplimiento de la Ley de Tierras– y,

encima, a 9,18 pesos la hectárea. Las costas de los lagos Moquehue y Aluminé, en la provincia de Neuquén, tierras fiscales ‘tomadas’ por ex funcionarios y profesionales neuquinos, son parte de lo mismo.

Siempre aflora la misma pregunta, atravesando tranquilamente el tiempo: ¿se podía hacer otra cosa que entregar esas extensiones a personas solventes y bien aspectadas con el poder? Sí. A veces con sólo hacer cumplir las leyes. Recordemos que ningún señor solvente comprometió su fortuna para adquirir esas tierras, usadas al principio sobre todo para hacer negocios inmobiliarios. No, no vale reducir la injusticia al discurso de Yuyú Guzmán, la recopiladora de historias de estancias, o al de Yerio, el de la ‘casa de comercio’ de Paso Chacabuco; esto es, que las estancias de las buenas familias –explotadas por encargados– y los negocios de los *pioneers* permitieron a los pobladores pobres acceder a mejores opciones de vida. Y que además esos hacendados y emprendedores contribuyeron a sostener la presencia del Estado con sus aportes. En síntesis, que fueron quienes se animaron a plantar la civilización. Con ellos los pobladores aprendieron repostería, servir un té, engrasar la montura inglesa, mantener la caldera, sacarle un brillo fenomenal a los pisos y a las jarras de plata, usar la electricidad en medio de tierras salvajes. Hasta entonces los lugareños carecían de futuro. El tesón y la capacidad visionaria, virtudes desconocidas entre criollos e indios, los llevó a ocupar estos rincones desconocidos. ¡Qué lindo que suena! ¿Cómo imaginar

al pobretaje de chilotes, mestizos e indios vencidos siendo capaces de, si carecían de recursos técnicos, gimnasia en la competencia, suficientes ambiciones personales y convencimiento de la ilimitada posibilidad de progreso? Porque lo primero es no perder el juicio con el bosque silvestre; ajustarse a la linealidad cataléptica del ojo del mundo desarrollado occidental. Sólo hay un futuro, validado por ellos. El mandato penetra como el aceite caliente y nos aclara qué debe ser el desarrollo del mundo.

Hubo algunos pocos casos de noveles terratenientes, que si bien aprovecharon también sus relaciones para obtener campos, condonaciones y otras ventajas, y no se caracterizaron por bien considerar al mapuche y al criollo chileno, al menos se arraigaron a la tierra. Jones y Newbery, ambos norteamericanos, ocuparon la estratégica zona de la naciente del Limay y parte de su curso superior, más la costa norte del lago Nahuel Huapi y pampas aledañas. En el caso de los Newbery, extendieron sus propiedades a Traful, al lago y al río. Jarred Augusto Jones, hombre de doma y arreos, oriundo de Texas, encandilado por las praderas cercanas al lago y al Limay que conociera en 1888, se instaló un año después con casi 300 vacas, 25 yeguas, 50 mulares y 20 caballos de silla. Recibió los animales en Junín de los Andes en pago por arreos realizados. En 1890 adquirió certificados a beneficiarios de la ley de Premios Militares, por alrededor de 10.000 hectáreas. El perito Moreno le dio una mano en 1896 para regularizar el dominio de esas tierras, en retribución por los caballos que aquél le facilitara para sus trabajos en la comisión de límites.

Habían sido nada menos que las tierras de su “amigo” indio Inacayal, a quien había conocido en 1875 y vuelto a ver en 1879. Todavía estaban en pie los corrales y la huerta. Inacayal dejó todo en orden. Pensaba volver.

También a través de la compra de certificados, George Harkness Newbery, dentista neoyorkino y tío de Jorge Newbery, el famoso aviador, deportista e ingeniero, se hizo de 15.000 hectáreas en 1890/91. Jones formó la estancia Tequel Malal (corrales de madera, de Inacayal). Newbery, la estancia Nahuel Huapi, luego rebautizada Fortín Chacabuco, en homenaje al fortín erigido por Palacios en 1884, sobre el final de la campaña militar al Nahuel Huapi. Vecinos entre sí, con más peleas que trato, habían trabajado juntos años antes. Jones arreaba ganado de una empresa de los hermanos Newbery, George y Ralph, y de otro norteamericano, Crockett. Entre otras travesías, Jones cruzaba la Argentina desde la Pampa Húmeda para entregar el ganado en Chile. También desde San Luis. Pero ahora tenían 3.850 hectáreas de campo superpuestas y un duro litigio. Jarred A. Jones dejó su nomadismo y el servicio de arreo a estancieros, y George N., parcialmente, su consultorio dental de Buenos Aires. Había atendido, entre otros, a Julio Argentino Roca, quien le recomendó el negocio de los certificados. Ambos se convirtieron en hacendados, productores de ganado y pasturas, con explotaciones de madera, más otras cosillas. El mejor negocio era vender animales y lana para el consumo chileno o para embarcar, no muy diferente a lo que hacían los indios. Al tiempo construyeron cómodos cascos de estancia con adelantos

tecnológicos como el teléfono, la calefacción, luz general, más los respectivos parques. El texano Jones, además, variedad de canchas deportivas. En 1924 contaba con una de polo, otra de futbol y también una de tenis. Pero mucho antes de eso, en 1908, ya con el título definitivo en mano, Jones tendió alrededor de su estancia el primer alambrado perimetral de toda la región, separando definitivamente sus tierras de las de Newbery. Con experiencia en la construcción, entre otros rubros, dirigió él mismo la edificación del casco, para lo cual armó una carpintería. Recibía unas revistas inglesas con planos de casas como las levantadas por los colonizadores británicos en la India. Esto dio lugar a que algunos sostuvieran que un yanqui, texano y arriero, introdujo el estilo anglo-hindú en la Patagonia. Desde hacía unos años, el hombre había mostrado destrezas también en el arte de diversificar sus ingresos. Dicen que a partir de 1897 traía mercaderías en tropas de carros desde Puerto Madryn. Junto al irlandés Enrique Neil, quien no conocía de la existencia del país hasta que llegó en 1885, instalaron la primera proveeduría, fonda y centro de acopio de cuero y lana, a metros de la naciente del Limay. Un punto estratégico, pues se cruzaban los ‘caminos’ que llevaban al sur patagónico, a la costa sur del lago –incipiente San Carlos de Bariloche– y al oeste y noroeste. Por esta última huella llegaban carretas cargadas con productos pasados a caballo desde Chile, a través del boquete Puyehue. Claro, no todo. Algunos bienes británicos irremplazables, como un buen whisky escocés, trajes y *breeches*, se adquirirían en Puerto Madryn, aprovechando el circuito comercial transoceánico que

un par de décadas antes habían establecido los galeses. El almacén de ramos generales “La Carolina”, conocido en realidad como “El almacén de don Juan” –con los años, “Boliche Viejo”–, también ofrecía el servicio de balsa. Recibía y entregaba a su vez los sueldos de la policía del Departamento Los Lagos y de los maestros. Daba de comer a los viajeros así como a los presos encerrados en la comisaría ubicada al lado, junto a la estafeta de correos. Un poco más allá, el juzgado de paz y registro civil, más un par de viviendas. Esta suerte de primer pueblito o caserío, que también llamaban “Puerto Americano” según recuerda Conrado Meier, se mudaría de a poco, a partir de 1902, con la fundación de San Carlos de Bariloche. El juzgado de paz permaneció igual ahí muchos años, hasta que lo trasladaron por el 44 a Villa La Angostura.

En 1913, Jones trajo tres Ford T desarmados desde Estados Unidos de Norteamérica. Junto a Amaranto Suárez, crearon un año después la primera compañía privada de transporte automotor de la región, “La Veloz”. Cubría inicialmente la ruta entre Bariloche y Neuquén, por territorio rionegrino. El dato está presente en muchas reseñas de corte turístico. No fue Jones sin embargo el primero que abrió el camino a los vehículos con motor sobre la huella de carros que unía Neuquén a Bariloche. El mérito pionero fue del gobernador de Neuquén, Elordi, y del mismo Amaranto Suárez, un chofer uruguayo apasionado por la mecánica, radicado en Neuquén. Junto a una pequeña comitiva, realizaron ese mismo año de 1913 el primer viaje por la huella, con el que inauguraron el servicio de transporte automotriz de

la Gobernación de Neuquén. Dos días completos les llevó cubrir los 400 y pico de kilómetros. También en 1913, antes de la puesta en marcha de “La Veloz”, Amaranto Suárez condujo uno de los vehículos de la gobernación neuquina que trasladó al ex presidente estadounidense T. Roosevelt –impulsor de parques nacionales en su país– desde Bariloche a Neuquén, en su viaje a Buenos Aires.

J. A. Jones fue el más importante ganadero de la zona en cantidad de cabezas, además de poseer cultivos de cereales, forrajes y frutales. Sumó al almacén de ramos generales y a su incursión en el transporte automotriz, un cargo como autoridad local. Entre tierras con títulos y concesiones, habría llegado a sumar 18.000 hectáreas. Newbery, por su parte, amén de hacer mucha plata con la lana vendida en Inglaterra, elaboró un frustrado plan colonizador sobre el Alto Limay, no se sabe si sólo para levantar una hipoteca o si tenía en vista negocios mejores. Sobre un sector de sus tierras, en 1914, el geólogo Bailey Willis –otro norteamericano–, soñó erigir la Ciudad Industrial. Newbery, una década antes, entre 1903 y 1904, mientras se desempeñaba como vicecónsul de Estados Unidos de América, propuso fomentar la radicación de más vaqueros norteamericanos en una amplia zona comprendida entre el Nahuel Huapi y Cholila, Chubut. Según el diario La Prensa, los vaqueros realizarían aportes propios de capital y el Estado, la cesión de las tierras. El negocio no prosperó.

Las propiedades sumadas por los Newbery llegaban hacia el oeste, luego de sortear la estancia Tequel Malal de Jones, hasta la futura estanzuela Cumelén de Exequiel Bustillo

sobre la costa del Nahuel Huapi, muy cerca de la también futura Villa La Angostura. Para Leonhard Ardüser, un suizo de la Colonia que dejó un registro muy valioso, George Newbery era un acopiador de tierras sin escrúpulos. Con Santiago Taylor, hermano de su mujer, agregaron al norte una estancia de 7.500 hectáreas sobre el lago y el río Traful, usada para la veranada del ganado que pastaba en Fortín Chacabuco. En total, entre tierras obtenidas del Estado y compra a particulares llegaron a reunir cerca de 19.000 hectáreas en el Departamento Los Lagos. No fue lo único. Previamente, entre 1885 y 1888, George y su hermano Ralph, también dentista, se habían alzado con 40.000 hectáreas por la Ley de Remate Público, repartidas en los alrededores de Ñorquin, en el sur de Chos Malal y al sur de Aluminé. A estos campos con aptitud ganadera les dieron destino especulativo, subdividiéndolos y vendiéndolos. Nunca residieron en ellos.

A cuatro años de haber adquirido las tierras en el Nahuel Huapi, podríamos decir que George Newbery se hizo *pioneer*, que no es lo mismo que ser colono. Se instaló en 1894 con su mujer Fanny Belle Taylor, según registros la primera mujer blanca en habitar esta zona del sur neuquino. Oriunda de una granja de Ohio, Estados Unidos, sabía carnear, rastrear animales y manejar el Winchester mucho mejor que su marido, además de hacer jabones, velas y ser durísima con los negocios. Jarred Jones también se casó con una mujer blanca, Bárbara Dräschler. Conoció a la joven suiza en Chile. El investigador de historias regionales Francisco N. Juárez la apellidó Drachler. Contó que había nacido en Estados Unidos,

en el pueblo de Maine, siendo sus padres suizos agricultores que se establecieron después en Chile. L. Ardüser, contemporáneo a Jarred y Bárbara, describió ese mismo derrotero. Sea cual fuere el motivo por el cual las hermanas Dräskler hablaban tan bien el inglés, aparte del dialecto suizo alemán, desde 1897 Bárbara pasó a ser la segunda mujer blanca en el lado neuquino del Nahuel Huapi y las costas del río Limay.

Bárbara no llegó a tiempo para integrar la lista de las veinticuatro personas registradas por el Censo Nacional de 1895 como residentes de la margen neuquina del lago y el Limay. De esos veinticuatro residentes, siete eran norteamericanos e ingleses.

Antes que Fanny Taylor habría andado por la costa del lago y del río Limay Alicia Woough, inglesa casada con el norteamericano John Crockett, el compañero de viaje de J. A. Jones. También la mujer alemana del checo José Tauschek. Pero ninguna de las dos podría considerarse residente. Entre los hombres, no hubo comentario que sirviera para instalar alguna duda sobre la condición ganada por Jones y Newbery de primeros blancos instalados en la zona.

Mientras estos siguieron peleados hasta en la tumba, ellas se visitaban, señalan algunos. Otros resaltan que Fanny nunca dejó de honrar con acciones la rivalidad sostenida por su marido con el vecino Jones. El neoyorkino George murió en su propiedad un año y pico después del *raid* de Lapalma, en enero de 1935. El texano Jarred, en 1956, con noventa y tres años, en S. C. de Bariloche. O sea, ambos decidieron morir en

estas tierras. Los Newbery subdividieron y vendieron los campos de la familia en 1940. Sólo su hija conservó 1.000 hectáreas y se quedó a vivir en Paso Coihue. Los Jones siguieron en la zona.

Ninguno de los dos formó parte de la inmigración extranjera proveniente de Chile, la mayoría alemanes, suizos, norteamericanos y chilenos que se quedaron sin tierras, sobre todo durante la colonización de la ribera del lago Llanquihue, creada por D. Vicente Pérez Rosales en 1860. George ingresó a la región nahuelhuapeña por primera vez desde Chile, por el actual Paso Cardenal Samoré –Paso Puyehue–, pero provenía de Buenos Aires. Para evitar la estepa, algunos viajaban a Mendoza, cruzaban la cordillera y embarcaban en el Pacífico hacia el sur, a la Araucanía. Jones, en cambio, arribó desde el sur, procedente de tierras chubutenses, después de conocer la zona en un traslado de ganado.

La otra corriente inmigratoria, del Atlántico, fue casi tan extranjera como la que provino de Chile, pero significativamente menor. Conformada sobre todo por italianos y españoles, más algunos ingleses, franceses y belgas, agregaba unos pocos coterráneos de varias provincias argentinas. Hacia 1903, según un relevamiento encargado al ingeniero Apolinario Lucero, menos del cinco por ciento eran de nacionalidad argentina. ¿Cuántos representaba ese cinco por ciento? ¿Dos, tres, cuatro? Uno de los primeros sino el primer juez de paz del Departamento Los Lagos, fue don Justo Jones, un poblador inglés, a veces confundido con el norteamericano Jarred Jones. El Juzgado de Paz estuvo

ubicado al principio en Puesto Ladeado, Paso Coihue, en una pequeña vivienda de madera y chapa. Dicho juez inglés confeccionó, entre otros pocos papeles, el acta de nacimiento del hijo del capitán ingeniero Otto Mühlenpfordt, el alemán encargado de la Isla Victoria de Aarón Anchorena. Como testigos, firmaron el escocés Ernesto Jewell, futuro dueño de una importante propiedad de Puerto Manzano y el norteamericano Elberto Weeks, aquel que después perdiera su lote pastoril en manos de E. Bustillo. Repitiendo las palabras de Conrado Meier en su cuento “*Guasca Negra*”, sobre otro juez de paz: “*El único nacional era el chico*”.

George Newbery ingresó truchas y salmones a los cursos de agua, con el fin de atraer el incipiente y exclusivo turismo internacional, en sintonía con la decisión del Ministerio de Agricultura de poblar lagos y ríos con salmónidos provenientes de EE.UU. Luego de dedicarse a la venta de ganado en pie en Chile, desempeñarse como vicecónsul americano, exportar lana y probar con el comercio de la madera –como casi todos–, fue nombrado en 1916 custodio –encargado *ad honorem*– de la tierra destinada al Parque Nacional del Sud. El cargo le permitió promover la erradicación de pobladores asentados en la reserva de tierras para el Parque que colindaban con las suyas, y tramitar de paso la obtención de algunos de esos lotes expropiados. Ni J. Jones ni G. Newbery y su familia perdieron algo de sus estancias por la creación del Parque Nacional del Sud en 1922, ni luego con el Parque Nacional Nahuel Huapi a partir de 1934. No fueron las únicas propiedades preservadas dentro

del Parque, ni mucho menos. Emilio Frey denunció a Newbery por la adjudicación irregular dentro del Parque de excepcionales doce kilómetros de costa del lago Nahuel Huapi por dos kilómetros de fondo, entre otras anormalidades recopiladas por la historiadora L. M. Méndez. El suizo L. Ardüser, dueño junto a P. Buol de la estanzuela Puerto Manzano antes de que la comprara el escocés Jewell, comentaba en sus anotaciones que Newbery buscaba pobladores que no podían cumplir con las mejoras fijadas en la concesión. Adquiría sus derechos, talaba el predio, comerciaba la madera y revendía la concesión. Los incumplimientos de los pobladores respondían, en muchos casos, a que la explotación de un solo lote de la Colonia no era viable económicamente. En Traful habría desalojado a pobladores a fuerza de Winchester y quemas, incluidas viviendas. También pretendía extender su latifundio al extremo norte del lago, a El Rincón. Este neoyorquino, George Newbery, creó las primeras postales turísticas del Nahuel Huapi.

Colonia agropastoril del Nahuel Huapi

Recomendaciones

Tras las primeras ruedas de reparto de grandes extensiones de tierras, se creó en 1902 la Colonia Agrícola Ganadera del Nahuel Huapi, más conocida como la Colonia pastoril Nahuel Huapi. Julio A. Roca, en su segunda presidencia (1898-1904), redondeó la propuesta reservando dos porciones de la colonia para poblamientos. Uno en el caserío de Puerto Moreno y otro, más al este, en un lugar ocupado por un pequeño villorio llamado San Carlos. Eligieron a este último para convertirlo en el centro urbano de la zona. Le dieron un día de fundación, entidad jurídica y el nombre de San Carlos de Bariloche –deformación de *Vuriloche*-. El lugar estaba mucho más expuesto a los vientos y a los embates del lago, pero era accesible por tierra, tenía aguas profundas para el transporte lacustre –modo habitual de traslado y comunicación– y contaba con la principal casa de comercio de toda la zona. El propietario se llamaba Carlos, el comercio, “La Alemana”. Pero todos lo conocían por “San Carlos”. La Colonia parecía ser el corolario de la finalización del conflicto limítrofe con Chile iniciado en 1895. En realidad, casi un deber. Comenzaron a entregar los permisos de ocupación, principalmente a europeos y norteamericanos que ya habían desembarcado en la zona y a los que continuaban llegando desde Chile. El porteño Miguel Marimón, proveniente del paraje Mallín Chileno, Traful, y luego su socio,

el santafesino Cesáreo Pérez, más el riojano Francisco del Rosario Guanaja instalado en Rincón, serían la excepción.

Esas disputas limítrofes entre Argentina y Chile significaron para los mapuches nuevos corrimientos, por ser chilenos. O sea que apenas diez años después de la última rendición indígena que cerraba completamente la conquista del sur neuquino –1885–, los restos de tribus que sobrevivieron y los que volvieron de la huida a Chile, fueron sospechados y de nuevo desplazados, ahora específicamente por ser chilenos. En los momentos conflictivos a lo largo de todo el siglo XX, o simplemente cuando sobraba mano de obra, los mapuches fueron siempre convenientemente chilenos.

El laudo arbitral británico de 1902 cambió el mandamiento nacional-soberano que habían tirado desde Buenos Aires sobre la región, contra el expansionismo chileno. A tal punto cambió que nadie se hizo problemas con que prácticamente todo el intercambio comercial interno de la zona y de ésta con Chile quedara en manos de una empresa chilena, Hube y Achelis. Esta firma monopólica de Puerto Montt tenía de este lado de la cordillera servicios de transporte, campos propios con explotaciones ganaderas, un saladero, cuatro casas de comercio distribuidas en diferentes puntos del Nahuel Huapi, explotaciones forestales sobre terrenos no concesionados y que carecían de permisos, más aserraderos. Años después, tampoco tuvieron problemas los empresarios chilenos para armar la más grande compañía de la región, ya no sólo de los alrededores del lago. Tras disolverse en 1914 la firma Hube y Achelis, los mismos empresarios junto a otros

con radicación chilena formaron la denominada Sociedad Comercial y Ganadera Chile-Argentina, con más de 400.000 hectáreas sólo dentro de los límites del territorio neuquino. Pero meternos con este asunto nos alejaría de los lotes agropastoriles ofrecidos sobre las costas del lago por la Colonia Nahuel Huapi.

El costo era bajo. Había que levantar una vivienda, algunas mejoras y vivir en el lugar. Pero completar el enredo de trámites, incluida la presencia del interesado o de un apoderado en la misma Buenos Aires para el acto de adjudicación –condición excluyente–, quedaba fuera del alcance económico y comprensivo de los mapuches o criollos chilenos. Los que no tenían nombre en la historia del poblamiento zonal quedaron habitando tierras también sin nombre, agrupadas en el nuevo depósito fiscal del Estado Nacional. Algunos residían dentro del dibujo de la Colonia, ocupando las parcelas creadas al fin. Antes o después, estos “intrusos” debieron dejar esos asientos costeros, a medida que se instalaban los adjudicatarios o hacían negocios los inversionistas. El tema no es viejo, sino siempre nuevo. Gonzalo Sánchez recordaba en su libro *“La Patagonia vendida”*, versión 2013, que cerca de 10 millones de hectáreas argentinas presentaban conflictos de posesión entre empresarios ávidos de sacarles buen jugo y habitantes indígenas y criollos.

El ingeniero Apolinario J. Lucero fue comisionado por la Dirección de Tierras para mensurar y relevar la población costera existente en 1903. En su informe dedicó algunos párrafos a los adjudicatarios. Como el periodista del diario Río

Negro que reprodujo esos párrafos, yo no sé qué influencia tuvieron esos comentarios en la Dirección de Tierras. Pero creo no errar al tarro si digo que el informe de Lucero pone en imposible mejor evidencia la ideología dominante en la colonización del Nahuel Huapi. Los historiadores le deben a otro ingeniero, Emilio Frey, varias horas libres de sus revisiones de papeles, por haber expuesto fragmentos de aquel trabajo de Lucero, titulado *“Mensura y entrega de lotes en la Colonia Nahuel Huapi”*, del 30 de septiembre de 1903. Emilio Frey, hombre de la Comisión Argentina Chilena de Límites del perito Moreno, de la Comisión de Estudios Hidrológicos de Bailey Willis, de la Comisión de Fomento de S. C. de Bariloche, de Tierras y Colonias en Bariloche y primer director del Parque Nacional del Sud, es el mismo que pretendería años después un parque nacional Nahuel Huapi –del cual fue el primer intendente– no tan selectivo como el que soñaba e impuso Bustillo. Pero vayamos al grano de Lucero:

“La población actual de estos terrenos es bastante numerosa; se compone de indígenas procedentes de Chile, de chilotes o chilenos procedentes del archipiélago de Chiloé y de alemanes que en su mayor parte han venido también de Chile. De estos pobladores los únicos que tienen verdaderamente condiciones para colonos son los alemanes, pues tanto los indios como los chilotes se limitan a sembrar el trigo y las papas que necesitan para su consumo, ocupándose después como peones a jornal. Es gente viciosa y dañina, incapaz de un trabajo continuado, que en cuanto reúnen algunos fondos se entrega a la bebida y a toda clase de excesos hasta consumir el último centavo, volviendo recién entonces al trabajo.”

(...) “..., que sería inutilizar los terrenos entregándolos a colonos de esta clase y será además hacer un serio perjuicio a los verdaderos colonos darles semejantes vecinos. En cambio algunos otros pobladores como los tres hermanos Boock, los Goye, los Mermoud, Muhlenpfordt, Goedeke, Runge y especialmente la casa de Hube y Achelis han efectuado a sus costas trabajos verdaderamente importantes, construyendo buenas casas de madera, corrales, cercos, puentes, caminos, un molino hidráulico y sobre todo limpiando el terreno de los bosques y malezas que lo cubren, que es el mayor trabajo para el agricultor de aquellas regiones.”

(...) “Sería también muy conveniente destinar una fracción de terreno para dividirla en pequeños lotes y distribuirlos entre los indios y chilotos que actualmente tienen sus viviendas dispersas en los lotes reservados; esta gente como lo he dicho anteriormente tiene suficiente con un pedazo de terreno donde puedan sembrar las papas o el trigo que necesitan para su consumo, pues no cultivan más, ni se dedican a la ganadería.” Pero los verdaderos colonos, sí. Por eso, el ingeniero Lucero recomendaba: “Esta Colonia tiene que ser agrícola pastoril, pues teniendo en cuenta la configuración del terreno, la clase de las tierras, un colono no puede vivir con una sola de estas industrias, especialmente en los lotes reservados.”

(...) “Todos los artículos de primera necesidad que no se producen en la localidad tienen precios fabulosos. La vida en la Colonia tiene que ser muy dura al colono no habituado a esos parajes, pues a más de la crudeza del clima tiene que luchar con un terreno sumamente montañoso y cubierto de bosques que son tanto más tupidos, cuanto mejor es la calidad de la Tierra. De manera que un

colono que ha limpiado de árboles, malezas un terreno para poder cultivarlo, lo tiene bien pagado."

Mientras que chilotes, mapuches y chilenos pobres de otras regiones enfrentaban serios obstáculos burocráticos para acceder a un lote, no pocos campesinos europeos por su parte, se amargaron al conocer las tierras, muy onduladas en el mejor de los casos y con demanda de trabajo intenso de desmonte. Desde las parcelas de la costa norte no había camino a la recientemente creada S. C. de Bariloche, y no habría hasta la década del 30. Apenas una mala huella que cada uno debía arreglar para avanzar. Se accedía a las "poblaciones" navegando por el lago. 660 personas se anotaron para los 135 lotes de 625 hectáreas cada uno. De los 135 favorecidos, sólo la mitad los ocupó. La Dirección de Tierras debió repensar las cosas y contemplar la inclusión de algunos chilotes y rotos chilenos –indígenas–, más duros y austeros en pretensiones. De agrícola le quedó poco a la colonia. Dominó la actividad pastoril y la explotación maderera.

Durante años, la Colonia proveyó vacas, cueros y lanas a la gran compañía chilena que controlaba el comercio de la zona lacustre y sus intermediaciones. Dicen ciertas reseñas que hacia 1914, esas parcelas transformaron a S. C. de Bariloche en el primer centro productor de bovinos del territorio nacional de Río Negro. Debe haber sido por esa época que el pueblo peleó por un tiempo la capitalidad del territorio. Es probable sin embargo que el laurel entregado a la Colonia haya sido obtenido sumando los aportes bovinos provenientes de otras cesiones de tierras otorgadas por el Estado –fracciones de 2.500

hectáreas– y de las grandes explotaciones ganaderas de los Newbery, Jones y algún otro, lo cual no desmerecería en absoluto la potencialidad ganadera de la zona. Pero no sería ese el destino de la zona. Menos, la ciudad industrial del geólogo norteamericano B. Willis o los sueños desarrollistas del ministro de Agricultura y luego de Obras Públicas, Ezequiel Ramos Mexía. Tampoco el deseo del constructor de S. C. de Bariloche Primo Capraro, que antes que por las ideas conservacionistas del perito Moreno se apasionaba con la explotación de los recursos naturales, y que en 1932, cuando estaban por fundar Villa La Angostura, sostuvo que esta debía orientarse a ser una ciudad industrial rodeada por el Parque. No, ninguno de esos destinos fijaron desde Nación. En la década del 30, merced a las influencias de otro sector muy ligado al poder, toda la zona quedó en reserva a favor de Parques.

Según la tesis de licenciatura de María de los Ángeles Picone, *“La problemática del cambio en los proyectos de desarrollo para S. C. de Bariloche (1930-1943)”*, unos años después de creada la Colonia Nahuel Huapi, en 1909, el catorce por ciento de los poseedores de títulos en la zona del lago eran indígenas. Y tenían explotaciones pecuarias comparables a las de los extranjeros. No lo dice M. de los A. Picone, pero sí otros: entre ellos Ignacio Antriao y su esposa Cayetana Cayún, él, proveedor de caballada y baqueano de la Comisión de Límites entre 1897 y 1903, residente en la zona desde 1872. O sea, un sobreviviente de la cruzada civilizatoria. A esta familia se unió en 1890 José María Paixil y su esposa Tránsito Rayleo, pasando

a compartir ambas familias la misma tierra, el lote 9 de la Colonia pastoril Nahuel Huapi, otorgado por el segundo gobierno de J. A. Roca. Cien años después, las mismas familias ocupaban cada tanto los titulares de los diarios locales y regionales por su lucha para recuperar esas mismas tierras ubicadas ahora en los jardines de Villa La Angostura. También fue de la partida en otro lote de la Colonia el “araucano” Vicente Sebastián Trangol, primer poblador reconocido del hoy exclusivo Puerto Manzano. E. Molla (h) fecha las primeras noticias de Trangol en 1897 y un viajero dio cuenta de él en 1903. Sin embargo, siempre estuvo asentado ‘con permiso de los adjudicatarios legales’ de esas tierras, hasta que se suicidó en medio de una tragedia familiar. Pero más allá de estos pobladores –a quienes parte de la historia blanca regional libró permiso para ser considerados pioneros–, habría que husmear cómo quedó después de 1909 aquella paridad económica entre el extranjero y los indígenas y criollos chilenos, así como la posesión del catorce por ciento de los títulos por parte de estos últimos, mencionado en la interesante y clara tesis de Picone. Y además averiguar los por qué de los cambios, dado que al menos varios de estos lotes pastoriles fueron después o antes adquiridos por personajes conocidos que ya acumulaban campos en la zona, u otros que querían tener una casa y un campito de veraneo. Algo similar sucedió con la oferta de fracciones de 2.500 hectáreas realizada por el Estado en 1903. Ubicadas más al este, es decir, con menos aptitudes agroecológicas pero apropiadas para la explotación ganadera, las 74 ‘propiedades’ se fueron concentrando entre 1910 y 1920.

No sólo por quedar sujetas al juego económico sino también al racismo étnico y cultural.

Al igual que el informe de 1903 del ingeniero Apolinario Lucero, en el cual instaba a aplicar una política de deschilenización y de desindigenización, Eliseo Scheroni, responsable de Inspecciones de la Dirección Nacional de Tierras y Colonias de la región del Nahuel Huapi, aconsejaba en sus informes de 1906 y 1909 no entregar en propiedad tierras a chilenos en general y chilotes en particular, sino en calidad de ocupantes o a lo sumo de concesionarios, previa selección. Los títulos de propiedad había que reservarlos para los europeos, que además de unción al trabajo y ambiciones, traían oficios y algo de capital. Para unos, máximo 50 hectáreas, para los blancos europeos, un mínimo de 200 hectáreas. El señor Díaz, Inspector General de Educación para Territorios y Colonias, informaba en 1910: “...*la población chilena é indígena en su totalidad, es indiferente á la escuela y á todo lo que implica progreso. (...), ligados al país de sus respectivos nacimientos por la sangre, intereses, comercio y tradición de barbarie y atraso, no aman la tierra argentina que les brinda libertad y pan ni quieren su escuela.*” El subrayado es mío, la “totalidad” de él. La cita fue tomada por Laura Marcela Méndez, en el trabajo que más me impactó de los recopilados por Gerardo Ghioldi para “*Historias de las familias mapuche Lof Paichil Antriao y Lof Quintriqueo*”. Un libro al que recurro una vez más con otro informe de 1912 dirigido al Inspector General de Tierras y Colonias, Augusto Marguerita, donde se asegura que “...*sin temor a exagerar un 80 % es gente de mal vivir y enemigos*

acérrimos del progreso". La propia Dirección General de Tierras del gobierno de M. T. Alvear (1922-1928) se refería a los "intrusos" como "*nuevos habitantes, accidentales en su mayoría, (...) de raza inferior, sin ninguna conveniencia para nosotros*", mientras facilitaban lotes a integrantes de la propia Dirección de Tierras, de la Comisión Pro Parque Nacional del Sud, vecinos europeos de buen nombre y estancieros o compañías. Hasta 1930 continúan los informes descalificatorios de Tierras y Colonias. Después no harían más falta, en parte porque esos enemigos del progreso ya habían sido domados por las instituciones del Estado y vueltos peones de jornal. Y también porque la descalificación, su publicidad, así como el control pasaron a ser ejercidos por los *pioneers*.

Hay más documentos en el trabajo de L. M. Méndez que remarcan la incapacidad de chilenos e indígenas para convertirse en emprendedores o trabajadores eficientes, capaces de contribuir al progreso argentino. Y los niños, de ser "*frecuentemente cortos de inteligencia natural*" para asimilar la historia argentina. Una historia que negaba completamente la propia, la indígena, y que encumbraba a los militares que los habían barrido, y que a su vez negaba la historia criolla que se había desarrollado de modo integral a ambos lados de los Andes. Niños cortos de inteligencia por efecto de la pobreza a la que se los sometía. Niños flojos para asistir regularmente a la escuela, aunque la causa fuera la distancia hasta los escasos establecimientos educativos y la necesidad de trabajar en el verano, momento del cursado. Niños cortos de sesera para

incorporar los principios de instrucción cívica que navegaban viento en popa sobre su exclusión.

Este árbol de la ocupación de las tierras de la vieja Colonia y sus alrededores está lleno de ramas. Y quiero cerrar este costado de las políticas públicas nacionales de exclusión sobre las tierras y la educación, con la misma cita que usó Laura M. Méndez para cerrar su trabajo, antes de las palabras finales. Méndez reprodujo un registro de Mercedes, descendiente mapuche, tomado del libro de Else Lidegaard, *“El escarabajo en la arena. Voces indígenas de la Patagonia”*, Catálogos, Buenos Aires, 2006.

“Creo que lo que más sufrimos fue cuando descubrimos que no teníamos ningún tío vasco o abuela italiana o algún otro europeo, que no teníamos otros abuelos que los que nos habían quietado y algunos tíos olvidados y abandonados. Un pueblo quitado del medio, despreciado. Lo más triste era darse cuenta que “solamente” procedíamos de acá, que era nuestro destino descender de los indígenas. Tengo muchos recuerdos de situaciones a las que nos veíamos expuestos en la escuela. Algunos de nosotros veníamos a pie dos o tres kilómetros desde el “alto” pobre hasta la zona de la estación. Y en pleno invierno, éramos colocados por la maestra al lado de las ventanas, que abría porque teníamos mal olor y había que ventilar...”.

Pequeño y terrible paseo por la estigmatización.

Estoy casi seguro que el fresco de Mercedes es de S. C. de Bariloche. Reflejo de cómo las instituciones del Estado solían y todavía suelen ocuparse de asegurar la reproducción del discurso del sector dominante sobre la estructura social,

por más que estas palabras destilen para muchos un rancio marxismo setentista. Lo cierto es que para los supervisores de la eficacia educativa, de la eficacia distributiva de tierras, para los *pioneers* verdaderos como George Newbery, Yerio, también Ortiz Basualdo, Bustillo y tantos más, la única posición social real y profesable era la propia. El resto conformaba un algo sin forma, ciertamente necesario pero necesariamente despreciable.

No hay caso, por más que uno se esfuerce en estilizarlos, los de abajo siguen a su sangre inferior. Llegan a calificar para peones. Sujetados, nunca sujetos; con retraso mental y corrupción, ya por una cuestión genética. No son capaces de sostener un horizonte sin que se les caiga al poco rato, o lo hagan pedazos entre sus manos. Están condenados a ser miopes, mal educados, toscos, a llenar el agujero de la exclusión.

Los de arriba tienen que preservar su origen, siempre. Los de abajo tienen que traicionar su origen para poder liberarse de la descalificación. Deben traicionarse y demostrar veneración al progreso. Tienen que someter el sentido de la solidaridad y las prácticas cooperativas al de la competencia. Y entiéndase, sólo algunos pocos. Basta con unos pocos. Los suficientes para cubrir los espacios que crea el progreso del capital, o que va dejando en el camino. Hay cosas que han ido cambiando, indudablemente. No por mérito del sistema sino por necesidad: para no oxidarse. Otros cambios, por presión social.

Colonos

Fuera de los porteños o bonaerenses acomodados que se alzaron con las más interesantes extensiones sin quemar grasas, es innegable que muchos de los colonos extranjeros que de una u otra forma, perdonable o imperdonable, obtuvieron tierras, contribuyeron a transformar la zona en un centro ganadero y maderero, además de entusiasmar a otros a venir a la región y crear las condiciones para parir San Carlos de Bariloche. Y después de darle su primera contextura al pueblo y a sus alrededores, en general facilitaron, promovieron y usufructuaron tres décadas más tarde el desarrollo 'civilizado' impuesto por Parques, con sus cotos de caza y sectores de pesca, villas turísticas, arquitectura controlada, promociones para construir o mejorar los hoteles, explotar los sectores de recreo, todo rodeado de áreas mantenidas en total virginidad. Un plan que luego, muchos de los que criticamos ese pedazo de historia, disfrutamos o terminamos de una u otra manera usufructuando económicamente. Mejor hubiese sido, no hay duda, arraigarnos y procrear sobre otro trazo histórico, menos invasor, menos negador, menos excluyente y explotador, por sólo usar cuatro calificativos del destino impuesto a los demás. Pero por ahora no somos nosotros el asunto sino los colonos extranjeros de fines de 1800 y principios de 1900. Y hay que recordar que las instituciones llegaron después que ellos, y no de modo temprano. La verdad es que, pensándolo un poco,

con lo que había hecho y no había hecho el Estado y el pensamiento dominante argentino, no sé si no fue mejor. Los inmigrantes, no los especuladores, se lanzaron en buena medida a la incertidumbre. A ser tan obstinados como plegables para cambiar de rumbo, soportar la soledad diaria y los largos períodos de aislamiento invernal; que nunca está demás decirlo, nevadas eran las de antes.

Pablo Mange, periodista español que fundara luego el periódico "Nahuel Huapi", tardaba un mes en ir y otro en volver desde Puerto Madryn en carro. Traía mercaderías para el boliche del texano Jarred Jones. El riojano Francisco del Rosario Guananza viajó tres meses a caballo desde las tierras del Chacho Peñaloza hasta el paraje El Rincón, punta oeste del lago Nahuel Huapi, para ocupar, por elección, el primer puesto policial fronterizo. O sea, para ocupar un punto geográfico fijado en una resolución escrita. Vivió en completa soledad hasta que esposó a la chilena Monsalve, tras una vuelta por el otro lado. Más de uno siguió ese camino, porque del lado argentino, dicen, no había mujeres. El italiano Federico Baratta, empleado de la Dirección de Tierras, aprovechó para convertirse en el primer adjudicatario legal de la Colonia pastoril Nahuel Huapi, ocupando el paradisíaco resguardo costero que a partir de 1940 sería conocido como Inalco, cerca de Villa La Angostura, al noroeste. La ventaja frente al resto de los aspirantes no lo libró de pasar los dos primeros inviernos muerto de frío, con hambre y soledad. Gran fama, tierras aquí y allá, aserraderos, parcelas urbanas, comercios, emprendimientos turísticos y transportes, obtuvo

después su socio temporal, Primo Modesto Capraro, otro italiano llamado con razón el constructor de S. C. de Bariloche, allá por 1916. Hombre con mucho poder, hasta que se suicidó por quiebra en todos los sentidos. Pero este multiempresario y el más importante contratista del Estado de la región, se inició armando un precario aserradero en casi la otra punta del lago, muy lejos de la naciente Bariloche. Entre los nuevos ocupantes, sólo el riojano Guananja estaba más lejos. Baratta entusiasmó a Capraro, a quien conocía de su Italia natal, y éste fue después responsable de la llegada de otros cuantos italianos. Los hermanos genoveses Barbagelatta, también adquirieron notoriedad como proveedores de madera para la construcción de S. C. de Bariloche, además de desarrollar otras actividades. En la misma larga costa del lago, a medio camino al Paraje Correntoso se instaló Antonio Tierno, sobrino de los Barbagelatta, que fuera conocido por su parador, luego hostería, Las Flores. Entre otros de la partida, podemos mencionar al farmacéutico Juan Hunlich y su hermano German, así como a Christian Boock, los tres alemanes, a Marimón, Monsalve o el norteamericano Elberto Weeks, casado con una de las hermanas suizas Dräskler, Ema.

Las parcelas de la Colonia, no todas, fueron pasando de manos, en general tan europeas como las que las precedieron. Eggers, germano chileno, obtuvo en 1906 una de ellas en donación, como tantos otros luego de naturalizarse argentino. Ya vimos que el escocés J. O'Connor había comprado, también en 1906, parte de la península Quetihue a otro nativo, Smith Cusack –como en otros casos posteriores, para fines

veraniegos-. En 1911, el texano Jarred Jones sumó a sus campos una de esas parcelas de 625 hectáreas, al igual que los Newbery. Entre el lago Correntoso y el lago Espejo, F. J. C. Ernest por un lado y A. von Lilienthal por otro, obtuvieron en 1912 también 625 hectáreas cada uno.

En 1895, antes de crearse la Colonia, sobre la costa sur del lago y al oeste de la futura S. C. de Bariloche se instalaron varias familias suizas provenientes de Chile –Goye, Mermoud, Cretton, Jaccard, Neu, Blanc, Fotthoff, Mathieu–, algunas anotadas por el reflexivo ingeniero Lucero. En las inmediaciones del lago Moreno, con Edgardo Goye a la cabeza, fundaron en 1899 Colonia Suiza. Antes todavía que estos, en 1890, integrando el primer grupo inmigratorio blanco postconquista que utilizó el Paso Puyehue, arribó también desde Chile el checo Tauschek. Suele leerse por ahí que descubrieron el paso, pero todos sabemos que simplemente encontraron el boquete que la gente de la tierra ya recontra conocía, y que en los últimos tiempos sabía usar Inacayal para cruzar su ganado. Tauschek se instaló en 1892 en la actual Dina Huapi, sobre la ribera del gran lago, en tierras que aparentemente no sabía que pertenecían al general Liberio Bernal, un premiado más por servicios militares, que nunca vivió en la zona. Los cultivos y productos pastoriles que desarrolló Tauschek, según el perito F. P. Moreno, tenían fama entre los alemanes de la colonia del lago Llanquihue, en Chile. Moreno lo visitó en 1896 y, al igual que a Jones, le dio una mano con la regularización de las tierras que ocupaba. Otro emigrado de Llanquihue, el alemán Otto Goedeke –también

escrito Goedecke–, quien antes de recabar en Chile había residido en Norteamérica, habría llegado a este lado de la cordillera en 1892, después de haber estado en Leleque, Chubut, en una estancia que armaban unos ingleses. Algunas menciones datan la llegada de Goedecke a la zona más tarde, en 1896, pero también antes, en 1888. Como gustan contar las reseñas turísticas, Goedecke hizo del lugar su residencia definitiva antes de tiempo. Un ladronzuelo de manzanas, adolescente, le pegó un tiro cuando se la vio fea. La historia, tantas veces repetida, aclara asimismo que el cerro Otto –cuya ladera norte hasta el gran lago pertenecían a uno de los hermanos alemanes Boock–, decía, que el cerro Otto lleva ese nombre en su homenaje, y no, como todos tienden a creer, en honor al alemán Otto Meiling, famoso andinista y explorador que llegó tres décadas y pico después. La confusión se debe en parte a que este Otto, Meiling, eligió refugiarse hasta su muerte en una cabaña que construyó en la parte alta del cerro en cuestión.

Permítanme anotar algunos datos más, para no darle ventajas a mi mala memoria. Wiederholtz, escrito casi siempre Wiederhold, pero también Wiederholdt, germano-chileno el hombre, fue declarado oficialmente el primer poblador de San Carlos, o sea del sitio que después reservaría el presidente Roca, dentro de la Colonia, para fundar San Carlos de Bariloche. Carlos, tal era su nombre, radicado en 1895 –el mismo año en que llegaron los suizos–, enseguida se dedicó al comercio. Un año después, en 1896, ya tenía un galpón en Puerto Moreno, a unos ocho kilómetros hacia el oeste, desde

donde exportaba lana, cuero, cerda, queso manteca, papas y otros productos a Puerto Montt. Sumó el negocio de las embarcaciones, el medio más eficaz para transportar mercaderías y pobladores. Durante el largo invierno era la única opción. Wiederholtz estableció las bases del multinegocio de la firma chilena Hube Achelis, antecesora de la igualmente chilena Sociedad Comercial y Ganadera Chile-Argentina, cuyos parte ganadera quedaría a partir de 1919 en manos de la también chilena Sociedad Ganadera Gente Grande.

En 1907 llegó el doctor belga José E. Vereertbrugghen con su familia, provenientes de Canadá. Fue el primero médico de S. C. de Bariloche. Su hijo, el ingeniero Benito Vereertbrugghen –dicen que fue el primer poblador blanco del valle del Tronador–, acopió tierras y ganado entre los lagos Gutiérrez y Mascardi. Y no sé por qué me imagino que fue más lejos que los otros colonos mencionados, y que no debe haber sido fácil instalarse ahí, como si el gigante, oscuro y ventoso lago Nahuel Huapi produjera menos sensaciones de soledad y temores que vivir entre las montañas que rodean a esos otros dos lagos, cuando en realidad, el gran Nahuel Huapi imponía un respeto severo por sus cambios repentinos y un pavor latente por los vecinos que había tragado. Y si comparamos la distancia entre Bariloche y las tierras del ingeniero belga con la distancia a recorrer desde Bariloche hasta los rincones ocupados por Guananja, Baratta y Capraro, e incluso hasta las más cercanas “poblaciones” costeras de los Barbagelatta, lo de Vereertbrugghen era, exagerando, ahí

nomás. Entonces, ¿a qué se debe mi sensación de lejanía, de que no debe haber sido fácil instalarse ahí? ¿Qué tengo que descubrir?

En 1917 el belga creó la “población” Pampa Linda –un puesto y algo más– y luego se convirtió en dueño del Hotel Tronador, sobre el brazo homónimo del lago Mascardi. En otro orden, trabajó en la comisión de estudio del trazado de un camino entre Bariloche y Laguna Frías, que nunca se llevó a cabo.

J. Laignier y T. Keppel negociaron 3.750 hectáreas en 1905 con G. Newbery. Podría seguir llenando renglones con apellidos tan mapuches o ‘argentinos’ como los recordados hasta aquí. Una pregunta cae de forma casi inevitable: ¿cuántas familias patricias o más nuevas o no tan pudientes pero argentinas aportaron actores a la postconquista de la región? Quiero decir, que pusiesen el cuerpo en las comisiones de límites fronterizos –además de Moreno y un par más–, en las comisiones de investigación hidrológica, botánica o lo que fuere, en las centenares de exploraciones y excursiones que desembocaron en la confección de mapas de las montañas, sendas y posibles rutas de la región. Es cierto que en la Argentina había más extranjeros profesionales que argentinos con títulos, y muchos más con oficios, pero no sólo por el aluvión inmigratorio general y los desplazamientos desde Chile en particular, sino por el escaso valor cultural dado a las profesiones y los oficios en la Gran Vaca Argentina y en su puerto de la especulación, Buenos Aires. Y creo también que por el escaso interés aventurero. Habría que ver si ambos tipos

de inquietudes –la aventura del descubrir y los oficios o profesiones– mantenían una relación entre sí y qué clave guardaba ésta. Aarón de Anchorena exploraba, dentro de su propia excentricidad. Hubo alguna que otra excepción más. Un Ortiz Basualdo, por ejemplo, buscando perpetuar su nombre en un lago dentro del Parque –que lo tiene, como Lynch tiene su refugio de montaña–, o realizando pequeñas excursiones veraniegas con amigos en los alrededores, o mejor, dentro de los límites de las estancias. La Comisión de Estudios Hidrológicos (1911-1914), cuyos trabajos permitieron continuar con el trazado de la línea ferroviaria a Bariloche, estaba presidida por un norteamericano, Bailey Willis, e integrada por otros profesionales norteamericanos y suizos, porque en la Argentina no había un ingeniero geólogo competente. Era más importante ser un apellido –Bullrich, Posse, Repetto, Zorrilla, Uriburu, Pinedo, Anchorena, Ortiz Basualdo, Sánchez Elía, Martínez de Hoz, Zuberbühler o quien fuera–, limitado a vender vacas para tirar manteca al techo de un barco y, a su vez, ejercer el rentismo –derecho de sangre y apellido–, que formarse en alguna área del conocimiento o de actividades con perspectiva regional. No quiero decir que no hubiera entre las buenas familias algunos abogados, ingenieros y médicos, para Buenos Aires. Todos admiraban y respetaban el *background* del extranjero..., para contratarlo, para que siembre lo que iba a aprovechar la Argentina o, mejor todavía, ellos.

Los colonos y trabajadores inmigrantes en general, no los pioneros de verano o del rentismo, fueron quienes

debieron convivir con la ausencia del Estado Nacional, con la falta de planes de desarrollo, con precariedades institucionales de todo tipo. Pero justificados todos juntos en esas falencias y los “sacrificios que lamentablemente importa todo proceso de civilización”, ejercieron el ninguneo y el desprecio al indio, y el implícito derecho a explotarlos. Y por contigüidad y otras cosas, también al mestizo o al chilote, que sirve siempre aclarar, era un término de identificación isleña tanto como un calificativo despectivo. Alemanes, norteamericanos, suizos, franceses, algunos ingleses, más italianos que españoles, desembarcaron sobre un discurso compuesto con la fresca perspectiva medieval de la conquista argentina, suerte de cruzada cristiana con Remington y telégrafo, ensamblada cínicamente con la idea de ‘conquistar un desierto’, regado con salsa madre –base de salsas– de civilización o barbarie. Todo, entrecortado con la soberana idea de los ‘indios chilenos’ y con el postre del desinterés absoluto por lo que todos los indios y no tan indios dejaron. Y no digo esto del discurso argentino sobre el que desembarcaron los inmigrantes europeos para librarlos de sus convicciones coloniales, que bien supieron preservar y naturalizar a lo largo de siglos, más allá de revoluciones francesas y otras revueltas modernas. Vale siempre recordar que son convicciones que sus países de origen mantuvieron, con compensaciones internas y algunas renunciaciones externas, a lo largo de todo el siglo XX. A uno le puede revolver el estómago la idea seudonacionalista, conservadora y elitista que impuso sobre la zona el Estado Nacional con Parques a partir de los años 30, pero en busca de

consuelos, hay que reconocer que fue la primera vez que el Estado argentino trajo a la región una idea y se dispuso a plasmarla.

En la segunda conquista de la franja andina de los territorios de Río Negro y Neuquén se inhibió a los indios de derechos sobre las tierras, forzándolos a ingresar a un sistema de trabajo miserablemente dependiente para sobrevivir. ¡Qué menos se podía hacer para inculcarles el sentido de la propiedad inmobiliaria y el del salario! Había que erradicar a su vez la sacralidad sobre las tierras que condicionaba la explotación, así como enderezar ese derecho laxo sobre la posesión, a veces casi comunal. Pero estas imposiciones no estaban tan mal, al fin de cuentas, comparadas con las de la primera de todas las conquistas blancas en la zona, iniciada a fines del 1500, hasta fines del 1700, cuando los españoles que habían conquistado parte de Chile organizaban “malocas” blancas para cazar indios en el este bárbaro con el fin de usarlos luego como esclavos en sus reductos del oeste civilizado, o cuando les cortaban las manos o los pies o la nariz o las orejas para escarmentar a los que todavía estaban enteros. Ahora, volviendo a la segunda conquista y sus días posteriores, ¿quién pagó el costo de esa ‘educación en el progreso’? Los colonos, los llamados pioneros. No los *pioneers* ni el Estado con sus instituciones y planes. Hablando en forma civilizada, fueron los inmigrantes y colonos quienes padecieron la escasa obsesión por el trabajo civilizado de los indios, de los gauchos salvajes y de muchos chilenos pobres. Padecieron sus indisciplinas, las borracheras y la incapacidad

natural de los mismos. Siempre hablando de modo objetivo, se entiende, como lo hizo el ingeniero Lucero en su informe sobre la Colonia. En esos primeros veinticinco años, el gran aporte educativo del Estado para con los 'retrasados' fue solventar puestos policiales perdidos y agrandar cárceles aquí y allá.

Extranjeros pioneros curtidos en el individualismo. No andaban por acá los socialistas ni los anarquistas. No había tampoco obreros con cierta continuidad laboral como para ir armando un pequeño tablado desde donde levantarle fiebre al patroncito. Y como mencioné, la institucionalidad brillaba por su ausencia, no había proyectos gubernamentales serios y nadie reducía la distancia que separaba a la zona del país. Amén de las historias personales que los llevaron a emigrar, los gringos estaban empujados a alimentar con rigor el individualismo, a no desviarse del provecho propio. Ejercer la solidaridad entre ellos era una necesidad de la supervivencia –sin desmerecer cuestiones morales o religiosas–. Una especie de garantía para recibir una contraprestación cuando hiciera falta, que en su expresión más compleja derivaba en acciones a favor del crecimiento del pueblo. Pero no necesariamente de la humanidad del pueblo, sino del crecimiento del poblado, de su infraestructura, de sus recursos. Hasta varias décadas después, nadie llegaba a la zona con apoyo de una organización política o por persecuciones de estilo. No es un dato menor la flacura de este tipo de convicciones. Pero al mirar otro pliegue del asunto, me pregunto si ese rigor individualista y el trabajo por el crecimiento del poblado antes que del pueblo, más la escasa politización, no facilitó acaso la

sociabilidad. ¿Cómo convivir si no con vecinos cuyas naciones o terruños de origen guerreaban o se odiaban desde tiempo inmemorial? Años después, a poco de andar, ¿cómo sortear si no la Gran Guerra de 1914 que tenía a sus patrias involucradas?

Colonizados

A principios del siglo XX la familia Lagos era chilena, lo que parece haber ayudado a ser corridos del lugar que eligieron para vivir: un campo sin presencia humana en la zona de la Media Luna, sobre la costa suroeste del lago Traful. Creado el Parque Nacional y su policía, los guardaparques, cuentan que Don Lagos les jugaba bromas intimidantes cuando se presentaban para cobrarle el canon de pastaje. Un buen día aparecieron unos señores o sus representantes o quienes fueren, mostrando el título del campo entregado por el Gobierno Nacional; el de allá, en el culo del mundo. Los pobladores aprendieron a fuerza de propietarios surgidos por arte de magia que el culo del mundo era el ombligo del mundo. La familia Lagos debió buscar otro lugar. Se asentó junto al río Minero, afluente del Traful, para criar sus animales. Sin temor a equivocarme puedo decir que cada

verano renovaban un cuadro de verduras y completaban el puchero con changas en alguna explotación de estancieros. Hacia 1903, al lugar se lo conocía como Mallín Chileno.

Es muy posible que Don Feliciano Lagos, uno de los hermanos, haya andado por tierras neuquinas desde antes de inventarse la nueva capital del territorio, en 1904. Estos, a diferencia de la mayoría de los mapuches y criollos chilenos, no eran tan pobres. Habrían cruzaron la frontera por el sur de Mendoza con trescientas vacas, más ovejas y chivas, según el optimista relato familiar. Una vez en territorio neuquino, bajaron hasta el paraje donde después se fundó Zapala y a las inmediaciones de la futura Cutral C6. En 1909 nació su hijo Abel, en Las Lajas. O sea, por años, hombres andariegos. Don Feliciano murió en la d6cada del 30 con ochenta y pico de a6os.

Eran tiempos y tierras de los Taylor y los Newbery. Antes de la creaci6n de Parques, m6s de uno fue perseguido por empleados de los gringos para que se mudaran. A la abuela Gonz6lez, fallecida en 1944, le quemaron su toldito junto a las 'viviendas' de otros y tambi6n sus peque6as plantaciones. Quienes daban dichas 6rdenes eran los mismos que les daban trabajo. Luego serían apretados por Parques, en algunos momentos m6s que otros, como entre 1955 y 1960, y despu6s en la dictadura de 1976. Algo de todo esto se ha podido rescatar y forma parte del libro de S. Valverde, A. García y L. Bersten, *"Relatos patag6nicos. Historias familiares en la construcci6n del espacio social en Villa Traful"*. Entre otras fuentes, los autores han sabido aprovechar un trabajo

importantísimo y conmovedor realizado por una subcomisión de la Biblioteca Popular Osvaldo Bayer de Villa La Angostura. La colección Archivos del Sur, editada por la biblioteca, recopila historias de vida de pobladores rurales de la zona de Trafal, Cuyín Manzano y Villa La Angostura. Están los Quintriqueo, los Quintupuray del Correntoso, los Chabol del Colorado, la vida de Alicia Livio, de María Cárdenas y José Elgueta, de Coti Carmoney.

Del año 1923 existen registros de pastajes del menor de dos hermanos Lagos, lo que no quiere decir mucho acerca de cuando comenzaron con las actividades ganaderas en la zona. A partir de 1934, con Parques dueña de todo aquello que no era de los estancieros, empezó a sobrar familia para el pedazo de tierra que les permitían ocupar. Algunos jóvenes emigraron en busca de empleo. Las opciones iban de peón de campo, hachero, arriero u otros trabajos por jornal, a prestar servicios en casas particulares y en algunos pocos comercios de un par de pueblos. Si no, trabajar en la construcción o atención de los chalets que comenzaban a levantar los estancieros y aquellos propietarios de tierra que, aburridos de Mar del Plata y atraídos por el exotismo natural, querían una residencia para veranear con sus amigos. Con las restricciones impuestas por Parques, era mejor trabajar para otros, en términos de ingresos económicos. Claro que en la vida eso no es todo, por suerte o por desgracia. Décadas después, desde mediados de 1990, un integrante de la familia Lagos ocupaba una de las casas que Ted Turner, fundador de la cadena televisiva CNN, hizo construir dentro de su estancia La Primavera para los

cuidadores *full time*. Otro Lagos llegó a tener protagonismo social y político. Nicolás Lagos presidía en el 2013 la Comisión de Fomento de Villa Traful.

Río Minero, un nombre que parece haber sido impostado desde alguna de las zonas auríferas chilenas o del norte neuquino. Sin embargo el río soporta hoy todavía ese nombre por la persistente búsqueda de oro de Mister Crockett, norteamericano y pariente del famoso cazador de animales, indios y auditorios, David Crockett. Nuestro Crockett, John, acompañó al texano Jarred Jones en su desembarco en la Argentina, y su mujer, la inglesa Alicia Woagh quedó en la disputa histórica por el primer lugar entre las mujeres blancas asentadas en estas tierras, aunque fuera temporalmente. Y si no hubo otro Crockett por aquí, fue socio temporal de G. Newbery en el negocio de arreo de ganado a Chile. Por último vale aclarar que si la versión del origen del nombre del río no es cierta, es igual de lamentable la lógica cultural que la hizo cierta. ¿Cómo se llamaba el río antes de la obsesión yanqui?

Una manta de apellidos y bautismos geográficos blanco-occidentales tapa la historia de los que además de vivir por ahí, recontra conocían esos accidentes topográficos. Si no los frecuentaban por algún motivo, al menos sabían cómo llegar. Y nadie hinchaba su ego arrogándose 'descubrimientos' de lugares y singularidades geográficas que, al fin de cuentas, estaban antes y después de ellos. Las formaciones extrañas, los accidentes geográficos o simplemente los lugares respondían a un orden de fenómenos de una realidad superior: la tierra.

Además, los indígenas respetaban a sus ancestros, que bien podrían haber estado o conocido el sitio o el accidente topográfico que el blanco necesita 'descubrir'. Digamos las cosas por su nombre. Esos blancos ávidos de nombrar, como también todavía nosotros, llevaban pegado al 'descubrimiento' el sentido de posesión, el apetito por la propiedad en sentido amplio, la conquista.

Así como tapaban nombres de ríos o de lugares con inspiración colonizadora, obviaban la historia de los lugareños y, en particular, toda referencia a los mismos en la construcción del porvenir, en las muestras del progreso. Seguramente puede ser dicho de modo menos panfletario de cómo lo voy a decir, pero ningún promotor de caminos hizo los caminos; ningún dueño de hotel hachó los palos ni cargó y picó las piedras; ningún estanciero en viaje de revista o simple disfrute ordeñó sus vacas e hizo quesos. ¿Qué, del Hotel Correntoso en los años 40 sin Audolía Lleufó y, antes, sin los Antriao? ¿Qué del Potrero de Huber en el valle del Totoral, explotado a principios de siglo por el chileno alemán, sin los hermanos Cuicui, los Queulo, Millaqueo y otros arrieros mapuches? ¿Qué de la Estancia Puerto Manzano, tierra que fuera del alemán Boock, luego de los suizos Ardüser y Buol, y a partir de 1921 del escocés Jewell, sin el mapuche Sebastián Trangol, más allá de su trágico final? Jewell lo había nombrado capataz. Dieciocho suizos fueron contratados para crear la estancia modelo de la península Huemul, propiedad de Anchorena y los Ortiz Basualdo, pero llegaron a trabajar en la misma setenta personas, entre ellos Adolfo Chumuy.

No es para poner a los trabajadores en la misma ruta exitista de los patrones, sino para dejar de invisibilizarlos. Y de rebote, si se quiere, ayudar a los patrones para que cuiden un poco más su recuerdo. De sobrevivir la humanidad a nuestra actual carrera destructiva, imagínense lo que pensarán los hombres al revisar la historia dentro de trescientos años y encontrar con que nos la hemos pasado edificando con febril obsesión un mundo del tener sin constructores, sólo con poseedores. Siento un saludable aroma anarquista. Digo, ellos siempre estaban para otras cosas, siempre. Entre ellas, otorgar entidad y formar identidades. El mundo animal, vegetal y mineral, también el mundo de los paisanos, esperaban la llegada del verano para recibir la palabra que los redimiera y que los rescatara del limbo primario. Una piedra no es una piedra, sino un recurso. Biedma, autor de *“Toponimia del Parque Nacional Nahuel Huapi”* (1967), decía que la conquista había limpiado de bestias el paisaje cordillerano. A otros como él, el destino los había elegido para nombrarlo.

Algunos pocos accidentes geográficos conservaron los nombres de los pobladores que hallaron los peritos de límites a principios de siglo o los excursionistas. Podemos mencionar dos arroyos Córdoba, apellido que proviene o fue impuesto en Chile. Uno desagua sobre la margen izquierda del río Traful y el otro, donde residía el puestero Córdoba, descarga en el río Limay. A este curso después le cambiaron el nombre. Pasó a ser conocido como arroyo Corral. Quizá porque fue cuanto quedó del puesto del hombre. También el arroyo Cornelios, afluente del Limay, responde al nombre de un poblador. Pero

en este caso de un indio “puro”. Como la Pampa de Huenuleo, ubicada al sur de Bariloche, entre el río Ñireco y el cerro De la Ventana. Huenuleo, nombre del lugareño, ha sido traducido como vía láctea o río alto. Villa LLanquín, población asentada a la vera del río Limay, no muy distante de la embocadura, recuerda al indio Yankin, que no vivía ahí sino más al sur, pero que indicó ese lugar como el de un enterratorio indígena. Algunos que otros caciques también fueron preservados en la memoria. Puelmanque, integrante del consejo de manzaneros que enfrentó a Moreno en 1880, da nombre a un cerro, al sur de Villa Traful. Molfinqueupu, al que el mismo Moreno conoció en su primer viaje de 1876, fue perpetuado en un cerro ubicado en Cuyín Manzano, entre los arroyos Jones y Newbery. También Inacayal y el gran jefe Saihueque son recordados en dos cerros. Más frecuente que los nombres propios, encontramos topónimos indígenas, y una carrada de topónimos castellanos, sobre todo, cerros: Cresta de Gallo, Campanario, Gordo, Bonete, Catedral, Capilla, Crespo, Peñascoso, Colorado, Cuernos del Diablo, Granítico, Tronador –antes llamado Anon por los indígenas, según registros jesuitas–. Excursionistas y pioneros sumaron otros modos de nominar la geografía: Fuerte, Esquinero, Confluencia; de las Ardillas, Araña; Eco, Bella Vista, Mirador; Engaño, Esperanza; paso Deseado; río Bonito, Frío, Blanco; laguna Negra, Verde, Oscura, Divisoria; lago Moscos; cascada Corbata; arroyo Fresco, Carbón o arroyo Casalata, por el puesto de lata que armó el belga Vereertbrugghen en la zona del lago Mascardi, donde tenía sus tierras. Un criterio similar usó el mapuche

Antonio Millaqueo, puestero y reconocido baqueano, para bautizar al río del Machete a principios de 1890. En una vuelta de sus habituales cruces a Chile, perdió en las aguas de ese río su cuchillo de monte. Por irradiación y desembocadura, la pieza de metal dio nombre también a un brazo del lago Nahuel Huapi, brazo del Machete o Machete. Y también a una laguna ubicada en la península Dormilón. Y para terminar, a un cerro, el Machete. Todos estos datos fueron recopilados por Juan Martín Biedma, el del paisaje sin bestias, en su libro ya mencionado.

Mal destino tuvieron otros accidentes geográficos. A un cerro le pusieron el estúpido nombre de Cumpleaños. Simplemente porque entre un grupo de escaladores que se cansaron de realizar primeros ascensos –entre ellos el alemán Otto Meiling y el doctor Christofredo Jakob–, ese día subía un tal Reichart que cumplía años. O el cerro Navidad, otra lucidez del eximio montañista y promotor del esquí, Otto Meiling, que alcanzó la cima para esa fecha cristiana del año 1935, con Alfonso Springer. O Tres Reyes, por los reyes magos, o Los Inocentes, por el día de los inocentes. O bautizar a un cerro ubicado entre el lago Moreno, el Mascardi y el Brazo Tristeza del Nahuel Huapi, como Cerro Gordo, por el “gordo” de la lotería de Navidad. El bávaro no tuvo tampoco escrúpulos en usar un nomonimio como “bomba” para condenar a otro cerro, por semejar a una bomba. Año 1946. No es por cargarle tintas a este personaje que un año después de llegar a Bariloche, con veintinueve años, fundó con otros europeos el Club Andino Bariloche, e hizo sesenta excursiones sobre los

glaciares del volcán Tronador, más quince cumbres –la última a los setenta y ocho años con ascenso y descenso en el mismo día–. Pero lo cierto es que O. Meiling se caracterizó por bautizar cerros con un nivel de petulancia y frivolidad más propio de un turista muy tarado que de un incondicional amante de la naturaleza. Asuntos personales aparte, y sin contar sus innumerables ascensos, no por nada decidió pasar sus últimos años de vida en su cabaña colgada de un cerro cercano a Bariloche, en el Otto. Igual, ese no es mi fastidio mayor. El problema es que las estupideces de este gran conocedor de las montañas fueron aceptadas y convalidadas por la sociedad barilocheña, por las autoridades y, particularmente, por Parques Nacionales. Hasta 1957, los rionegrinos y los neuquinos no tuvieron derecho a elegir a sus autoridades territoriales ni a decidir sobre un sinnúmero de cosas cotidianas, pero se respetaba el derecho de imponer una denominación a antojo por parte del “descubridor” del accidente geográfico, o del primer civilizado en hacer cumbre. O. Meiling bautizó a otro cerro con el nombre de Meta. Había usado una latita de alcohol marca Meta para cavar una pequeña cueva en una de sus ascensiones. Esa es una versión. Otra dice que en una de las primeras excursiones de esquí, habiendo subido a dicho cerro sin nombre, prendieron una pastilla de alcohol sólido Meta para calentar una bebida contra el frío. Menciono este caso porque es casi excepcional: Parques Nacionales cambió el nombre al cerro de la latita o pastilla de alcohol, Cerro Meta, por Pontoneros N° 2, en recuerdo de los que construyeron el camino del lago Gutiérrez. No pretendo

desacreditar la figura como montañista de O. Meiling –sus convicciones políticas fueron mucho más inaceptables–, sino de volverla más humana, para entonces poder darnos permiso de corregir las gansadas que cometió. Hay personas anónimas que merecen ser exaltadas a figuras, y figuras que merecen ser descendidas a humanas. Si no es por ellos, al menos por nosotros. Contribuiríamos a no tomar sobre ellos posiciones absolutas.

Anoto un ejemplo más de faltas de respeto cometidas contra la naturaleza, por no hablar del desinterés por conocer las viejas designaciones, o el liso y llano descarte de las nominaciones vigentes entre pobladores. Benito Vereertbrugghen, el belga del Mascardi, no era O. Meiling. Pero tuvo su desliz entre 1917 y 1918. En un momento de una travesía con Pedro Mesa, se encontraron con el problema de una sobreabundante disposición cárnica. Habían cazado un huemul y sumado su carne a la de una vaca, liquidada por manera. No sé qué hicieron con tanta carne, pero sí con la laguna que acababan de ‘descubrir’. La bautizaron Laguna de la Carne. Pasando a otra cosa, parece que Vereertbrugghen gustaba moverse también por ríos. Y casi no tengo dudas que debe haber sido uno de los impugnados por Lapalma en los descensos anteriores del Limay, por haber sorteado los rápidos bajando a la costa y sirgado el bote. Una foto retrata a Don Benito en Senillosa junto a un bote, coronación de un descenso náutico por el Limay.

Una vez que se dieron cuenta de que además de brazos podían sacar otros provechos de los “araucanos”, comenzaron

a buscar imágenes poéticas para nominar a sus propiedades en lengua vernácula. No todos, claro. Exequiel Bustillo, luego de revisar un diccionario araucano en la biblioteca del Jockey Club de Buenos Aires, bautizó a su estanzuela con el nombre de Cumelén (buen puerto, lindo lugar, que es bueno; también traducido como estar bien o ser feliz o estar en paz). Le gustó el vocablo por su eufonía y porque el significado equivalía a “Sans Souci”, en francés. Lo relata el mismo. Lynch le puso a su península Quetrihue (donde hay arrayán). Bustillo prefería escribir Ketrihué, con un acento agregado al final y a la vieja usanza de los documentos escritos en Chile por alemanes (idioma que no posee la letra “q”). Algunos parajes tuvieron más suerte que otros y sus designaciones previas fueron preservadas. Bustillo, cabeza del desarrollo turístico exclusivo en el Nahuel Huapi y Señor de Parques Nacionales hasta 1944, supo aprovechar para su proyecto andino la ‘arqueologización’ del universo mapuche. Con los años, habría otros gestos, más o menos bañados en exotismo. Un cerro cerca de Quila Quina, paraje del lago Lácar, sería bautizado por Parques Nacionales con el nombre de Tren Tren. Responde a una leyenda mapuche que cuenta cómo la poderosa serpiente Theg-Theg o Tren Tren elevó un cerro para salvar a los hombres de su exterminio bajo el diluvio y el aumento del mar, fenómeno causado por otra serpiente igualmente poderosa.

Fuera del aprovechamiento exótico de la lengua a partir de los años 30 por parte de unos pocos privilegiados y de alguna institución, muchos parajes y accidentes geográficos

de las tierras neuquinas preservaron sus nombres tradicionales en *mapudungun* por la muy tardía llegada del 'desarrollo' a un territorio nacional de muy baja densidad poblacional. La posterior propagación de términos mapuches, a partir de la década del 60, es en buena parte responsabilidad de las políticas sociales e identitarias de los gobiernos provinciales de Neuquén, regidos a lo largo de décadas por el hijo de libaneses Felipe Sapag. Mucho tuvo que ver la influencia intelectual ejercida por el médico Gregorio Álvarez, un mestizo que, entre otras cosas, escribió sobre la historia de Neuquén y la cultura aborígen, buscando de manera casi obsesiva definir la identidad neuquina. Paralelamente, el obispo Jaime De Nevares comenzó a trabajar en las reservas y comunidades mapuches, contribuyendo a la preservación de los términos indígenas. Pero no sólo por estas razones encontramos un extendido uso de términos mapuches en Neuquén. También porque los mapuches comenzaron a sacarse la vergüenza indígena de encima, sobre todo a partir de los años 80. Las comunidades salieron a la luz, si vale la expresión, y consolidaron sus organizaciones reivindicativas. Después, obviamente, vio el negocio la mercadotecnia. Pero me estoy yendo por una larga rama.



Una vuelta por el Parque

Por lo general no hacemos historia.
Sólo intentamos cooperar con nuestra redención.

A partir de la donación de alrededor de 7.500 hectáreas del perito F. P. Moreno al Estado argentino para crear un parque natural, sumado a una reserva de lotes de la Colonia agropastoril realizada en 1908 para agrandar el parque –lotes desechados por sus bosques–, más algunas propuestas elevadas al Gobierno por personalidades como Bailey Willis, en 1922, el gobierno de Yrigoyen creó el Parque Nacional del Sud, el primero de la Argentina. Una comisión cuasi privada se encargaría de cuidar las bellezas naturales y promoverlas turísticamente, en especial dentro de su propio y distinguido círculo social. En 1924 organizaron las primeras excursiones con salida de Buenos Aires. Poco después comenzó la construcción de un par de hoteles. Integraban la primera comisión honorífica, como presidente, un Montes de Oca; vice, Aarón de Anchorena; tesorero, el mayor banquero del país, Carlos Tornquist. Le seguían dos Ortiz Basualdo, Luis y Fermín, el ministro de Agricultura, Honorio Pueyrredón, un Guerrico, un Mitre y un Melo, el doctor John O'Connor que poseía la península Quettrihue, Ernesto Jewell, dueño de Puerto Manzano y su exclusiva casa de té, el desarrollador del primer automóvil nacional en serie, Horacio Anasagasti,

Enrique Saint y Conrado Molina, dueño de la Estancia El Cóndor. Los integrantes de dicha comisión, junto a quienes los reemplazaron años después de un período de acefalia, fijaron el destino del gran lago y sus alrededores. También el ingeniero topógrafo Emilio Frey, un argentino con doble nacionalidad –padre suizo– que pasó parte de su infancia y su juventud en Suiza y que fuera nombrado administrador del Parque Nacional del Sud. No hubo casi presupuesto estatal para obras, pero sí prohibiciones a la tala de árboles, a las actividades mineras, a la caza comercial y al asentamiento de pobladores sin color europeo, por decirlo de alguna manera. Todo araucano, chilote o criollo debía acreditar residencia de más de diez años en el lugar –antes de 1912– para obtener permiso de permanencia en tierras del Parque.

La llamada Comisión Pro-Parque Nacional del Sud se convirtió en 1933 en Comisión de Parques Nacionales, una entidad de orden nacional, antecesora de la Dirección de Parques Nacionales creada poco después. En el mismo mes de diciembre de 1933 que Lapalma realizaba su *raid* náutico, el Parque Nacional del Sud pasó a denominarse Parque Nacional Nahuel Huapi. De todos estos movimientos participó Exequiel Bustillo. Fue, a su vez, el encargado de elaborar la ley de creación de Parques Nacionales, aprobada en 1934 sólo con unas pocas modificaciones. Bustillo se había inspirado en los parques nacionales estadounidenses y, tal como aclaraba en sus fundamentos, en la obra del mariscal Lyautey, un constructor del imperio colonial francés que se propuso moldear Marruecos, con apoyo cívico-militar. La Ley de

Parques incluía precisiones y atribuciones que otorgaban un alto grado de autonomía al organismo, al punto que un senador comentó, en tren de chiste y llamado de atención, que era el primer ensayo de aplicación de un gobierno totalitario en una institución del país. Los primeros dos objetivos fueron poner en marcha el Parque Nacional Nahuel Huapi y el Parque Nacional Iguazú.

Bustillo era un militante privilegiado del partido conservador que se había alzado con el poder en 1932 de forma fraudulenta. Odiaba a Yrigoyen y tenía por el presidente A. P. Justo una gran estima. Al General le dedicó su libro *“El despertar de Bariloche”, “in memoriam”*. Sus relaciones iban desde quienes detentaban el poder económico del país a quienes ocupaban puestos claves en los tres poderes del Estado, que más que menos eran los mismos. El que quiera saber de sus amistades y relaciones, puede encontrarlas en su libro autobiográfico. En *“El despertar...”*, Bustillo no retacea nombres. Sus convicciones siguieron intactas y su conciencia, tranquila. Es bien jugoso el relato del viaje por Europa de cinco meses y medio de duración, en el cual festejó la revolución del general Uriburu en la agencia del diario La Nación en París, junto a integrantes de la rancia oligarquía argentina. Ello no le impedía declararse sufragista democrático y alejarse temporalmente de su partido por convalidar la decisión de Uriburu de anular unas elecciones ganadas por el radicalismo.

La Dirección de Parques Nacionales precedida por E. Bustillo fue una entidad con funciones –y poder para ejercerlas– que excedían ampliamente la conservación de un

ambiente prístino con sus especies y bellezas. Es más, no tuvo inconvenientes por desentenderse a lo largo de casi una década del objetivo científico de Parques, el estudio de las especies autóctonas y de sus relaciones. En el Nahuel Huapi, el objetivo geopolítico era prioritario: argentinizar la región, integrada social y económicamente a la comarca chilena desde vaya a saber cuándo. La región estaba conectada con el país vecino y desconectada del propio. Los medios proyectados para alcanzar el propósito soberano comprendían el desarrollo de una importante infraestructura vial, la fundación de villas turísticas con servicios de luz y agua *“que a manera de satélites, contribuyesen a consolidar la jurisdicción argentina...”*, sólidos edificios institucionales, guardabosques con poder de policía, aportes edilicios para la atención de la salud y la educación y, sobre todas las cosas, mejoras útiles a las necesidades de un turismo adinerado. Perdón, y culto. Porque el turista debía poseer sensibilidad para distraerse, aptitud para el disfrute y solvencia para promover en sus círculos el cuidado de bellezas y recursos. He ahí las razones de la celeridad con que se construyó el hotel Llao Llao.

Esa perspectiva de argentinización afirmada en la seducción al turista excelso, nacional y extranjero, condujo a restringir las explotaciones pecuarias de los campesinos chilenos e indígenas, por lo general pequeñas, mientras construían muelles y refugios para la práctica exclusiva de la caza, de la pesca y de la inversión. Y mientras planificaban el desarrollo de las villas turísticas, expulsaban o corrían de esos sectores al poblador rural, así como también prohibían la

ocupación de nuevos predios, aunque fueran hijos de los ocupantes autorizados... de forma precaria, claro. No procedieron de modo tan estricto con los lugareños europeos, artífices tempranos de la suiza argentina que el nacionalismo de Bustillo –sin contradicciones– quería desarrollar. Aunque vale recordar que mucho incomodaba a la aristocracia porteña más nacionalista, que el grupo poblacional de mayor peso económico fuera históricamente, o sea desde la última conquista, el germano-chileno y el norteamericano. Es decir que Bustillo, comparado con muchos compadres de clase o tantos otros que querían parecerse a ellos, era un hombre progresista. Como se puede observar hasta aquí, es muy difícil sustraerse a mencionar al bendito Bustillo.

Si la creación del Parque Nacional del Sud, con sus restricciones sobre 785.000 hectáreas, había afectado el desarrollo del perfil productivo de la zona –basado en buena parte, hay que decirlo, en la explotación indiscriminada de madera, la introducción de ganadería en cualquier lado, la matanza continua de animales silvestres y proyectos de alteración de cursos de agua para extraer minerales, todas actividades que requerían del trabajo de “intrusos”–, las barreras aduaneras argentino-chilenas dispuestas en los años 20 y profundizadas en los 30, golpearon duramente al perfil ganadero, agrícola y forestal de la zona, desarrollado desde comienzos de siglo con eje en Puerto Montt. A ello se sumó la falta de interés chileno en el ganado argentino, junto a otros efectos de la crisis económica mundial. Intentarían producir

para el Atlántico, vía estación Zapala o con salida por el río Chubut, pero la reorientación no dio buenos frutos. El perfil productivo andaba mal. Algunos dicen que más vigente en el imaginario que con peso real. Y Bustillo le dio el tiro de gracia. Con el propósito argentinizador, parió sobre el paisaje productivo el paisaje turístico, y, desde el principio, dotándolo con una identidad. No hubo ninguna intención de rescatar aquel perfil e incorporarle valor agregado, opción proyectada en la ciudad industrial de Bailey Willis o en la de Primo Capraro. Ni siquiera en parte. Sólo encadenar, reprocesar y multiplicar el camino turístico iniciado en la década del 20. Toda la infraestructura a desarrollar estaría en función de este camino, no del de la producción agropecuaria, la industrialización o las elaboraciones que se realizaban en Chile, y menos de las necesidades de los pobladores campesinos. Los caminos del Parque se abrirían para conducir el turismo por circuitos turísticos y para controlar el Parque. Todavía en 1948 Villa La Angostura y sus alrededores no tenían una lancha pública. ¿No es una forma de preservar la exclusividad? El hombre, Bustillo, afinó la vieja idea de la suiza argentina y la afirmó a las rocas.

Al entrar Europa en problemas y luego a su Segunda Guerra Mundial, las buenas familias argentinas, entre ellas las nacionalistas, se vieron impedidas de vacacionar en el Viejo Mundo, una desgracia que favorecía al paraíso turístico de Bustillo. Por otra parte, esa misma situación europea generó un flujo de visitantes norteamericanos y europeos adinerados que se habían puesto a salvo. Parques Nacionales, en

particular en la figura del omnipresente Bustillo, supo combinar muy bien el conservacionismo natural con fines turísticos y un nacionalismo conservador que apreciaba a los europeos. No como aquel grupo de nacionalistas conservadores de Bariloche –maestros, policías y algunos vecinos adscriptos a la Liga Patriótica–, que a principios de los años 20 vituperaron a los residentes extranjeros, o como luego intentarían replicar algunos uriburistas más papistas que el papa. En la década del 30 y 40, la aristocracia conservadora y nacionalista argentina disfrutaba del gusto francés y de la industria inglesa, y el nacionalismo argentino en general, incluida la Acción Católica, tenían en lo alto de la estima a los teutones desde la década del 20. El mundo germano, su disciplina, la unción al trabajo del socialnacionalismo alemán, generaban admiración. Y muy en particular en buena parte del Ejército Argentino, que se hizo su practicante más devoto –como fueron devotos varios de mis parientes–. Y dada la disposición del Ejército a asumir el control del poder político, fue quizá el mayor difusor de las virtudes germánicas.

Entre los amigos y conocidos que menciona Bustillo en su libro, casi no aparecen apellidos alemanes. Pero él no iba a cometer una gansada, incluso con el malestar que le debe haber provocado tener que aceptar que en esta zona, los respetables alemanes, suizos y otros europeos, fueron quienes introdujeron a Chile dentro de la Argentina. Y que no fue la Argentina la que trajo a la zona a los europeos. Quizá la urgencia de traer turismo internacional respondió a ese

incómodo desorden y la evidencia del papel lamentable jugado por la Argentina para con la región.

Cobra impulso de nuevo y mejorada la noción de la suiza argentina, una asociación luminosa dejada por un francés en 1860, según unos, y por el perito Moreno en 1879, según otros. Pero no sólo suiza por los paisajes, el cuidado de la oferta natural, aportes arquitectónicos y otros rasgos culturales europeos, sino también, en esos y posteriores tiempos, por la neutralidad. S. C. de Bariloche, centro de la suiza argentina, se convirtió en un lugar seguro para borrar pasados, seguir conmemorando aniversarios nazis –en neutralidad– y mantener otra clase de secretos. Antes, durante y después del peronismo.

Y ya que apelamos al peronismo para hacer deslizar la neutralidad a través del tiempo, recordemos que ese peronismo forzó al turismo exclusivo, en realidad excluyente, a ceder espacios al turismo social, con sus excursiones, hoteles y centros recreativos sindicales. Sobre algunas propiedades ubicadas dentro del Parque, cayó la temible expropiación peronista. Para los apellidos, no olvidemos, el Parque era, históricamente, la extensión salvaje de los jardines de sus residencias veraniegas.

Las políticas de Parques invirtieron el movimiento migratorio de los mapuches y chilotes dentro de la zona. Mientras existía el Parque Nacional del Sud, adherentes y personas a cargo del mismo, entre ellos George Newbery, promovieron la expulsión de pobladores rurales desde las

‘postales’, hacia los poblados emergentes. Las ‘postales’ abarcaban tierras que ellos deseaban tomar o, sino, conservar desocupadas como parque casi personal. A partir de 1934, sobre todo la población indígena es vuelta a empujar, pero ahora por las ‘postales’ de Bustillo, en sentido inverso. Desde el centro de los proyectos de urbanización o explotación turística, hacia los bordes o al exterior. Son ‘postales’ nuevas, algunas urbanas y otras silvestres, pero con detalles de terminación, o sea, con infraestructura y servicios. Los indios que vivían en el ‘casco urbano’ de S. C. de Bariloche pasaron a ocupar su periferia, y sino, los campos. De las incipientes villas, como Villa La Angostura, pasaron a los altos o directamente al espacio rural. Un espacio de donde serían nuevamente corridos, mediante restricciones de Parques en lo productivo y cláusulas sobre los derechos de posesión. En el mejor de los casos, permanecieron o se asentaron en calidad de ocupantes precarios. El argumento del mal uso de los recursos y la sobreexplotación por parte de estos pobladores, siempre encubrió la falta de alternativas y de otra política que no fuera ponerlos al servicio de las nuevas necesidades turísticas.

Bustillo, el modelo

Es imposible hablar de la filosofía de Parques en su largo período fundacional sin hablar de Bustillo. Como

tampoco se puede hablar de la impronta material de Parques, puntal hoy todavía de la identidad de la zona, sin hablar de Bustillo. No es que la identidad nahuelhuapense sea hoy sólo eso. Pero antes de saber por qué no lo es, uno debería saber que no va a entender muchas de esas características identitarias si no se da unas vueltas alrededor de la gestión de Bustillo y también de su vida. Supongo que ese debe ser el motivo por el cual se ha ido metiendo en mi relato antes de que me haya propuesto contar cosas sobre él.

Bustillo es inevitable. Tan contundente ha sido que es muy fácil rendirse a la admiración. O hacer como Pilatos, ante los contrastes. Porque el tipo hizo cosas admirables como otras nefastas, y uno querría poder separarlas, desconectarlas entre sí. Si viviera José Echenique, me recordaría que debo protegerme de mi tendencia al voluntarismo, es decir, a acentuar las singularidades de los hombres en procesos que en definitiva son determinados por la historia y el contexto. Pero él también gastaba sus incongruencias y yo no estoy escribiendo un trabajo académico.

Los Bustillo Madero integraron el árbol patricio argentino. Actuaron contra las invasiones inglesas, pasaron por batallas como las de Pavón, Cepeda y las de la Guerra del Paraguay. El abuelo materno de Exequiel B. –Madero– fue uno de los fundadores de la Sociedad Rural Argentina y vicepresidente en el primer gobierno de Julio A. Roca. En ese período presidencial, Roca vivió en la casa del abuelo materno, el vicepresidente don Francisco Madero. El padre de Exequiel B. creó el Código Militar argentino y un tío comerciante,

Eduardo Madero, diseñó el puerto de Buenos Aires –hoy Puerto Madero–. Si no he fallado en los apuntes, una prima directa de Exequiel, hija del tío comerciante que diseñó el puerto, estaba casada con el teniente general José Félix Uriburu, de origen aristocrático y exponente sobresaliente de la oligarquía militar. Pero más allá de las suspicacias por este grosero parentesco familiar, hay en los propios escritos de Exequiel Bustillo suficientes aclaraciones para convencernos de que formaba parte de una familia aristocrática, integrante de un selecto grupo de autoelegidos que, siendo poseedores de recursos económicos, obvias estancias, formación intelectual, mundo y aquilatada capacidad ejecutiva, se ofrecían en servicio al país, motivados en los más altos intereses patrióticos. En otras palabras, Bustillo, como buen aristócrata, estaba seguro de poder ofrecer lo que la mayoría carecía, en especial la mediocre casta de los políticos. Agregaría que integraba una familia oligarca. Mejor dicho, que él era oligarca, ya que nadie tiene la culpa de nacer en el hogar que nació, pero se es responsable de lo que se hace con esa determinación, al menos en parte. Un oligarca se define por distinciones varias, pero una de ellas fue, en su momento, defender el voto calificado, como lo hacía el gral. José F. Uriburu. O como lo defendía Don Carlos Rodríguez Larreta –ministro de Relaciones Exteriores de Quintana y de Figueroa Alcorta–, de cuya casa y conversaciones políticas escuchadas en sus tiempos de estudiante universitario, Exequiel Bustillo guardaba muy buenos recuerdos. A veces eso sólo habla de afectos, no de compartir convicciones ideológicas –a casi todos nos pasa sufrir esas discordancias–.

Pero si uno califica como “*arrebatos democráticos*” las opiniones contrarias de Lisandro de la Torre... Los hijos de Don Carlos Rodríguez Larreta eran amigos de Exequiel y compañeros en la Facultad de Derecho. Y esa casa también era visitada por un amigo de la infancia de Exequiel, José Miguens, otro apellido con tradición estanciera, incluida la fundación de Ayacucho, provincia de Buenos Aires. Miguens fue el primero que le habló de una región alucinada que había visitado en 1915, cuyo lago se llamaba Nahuel Huapi.

De profesión abogado, conservador en lo político y liberal en lo económico, hombre muy cuidadoso con su imagen, Bustillo había sido también legislador. Sus respetos por el sistema democrático fluctuaban a caballo de simpatías y del desempeño de la Cámara de Diputados, órgano abocado, para él, a funcionar por lo general como sepulturero de los proyectos importantes para el país, con integrantes que gustaban pasar el tiempo jugando a desguazar el sentido de las urgencias. Odiaba la charlatanería de comité –radical–, la tiranía de Perón y su demagogia, heredera de los artificios populistas de Hipólito Yrigoyen. Bustillo respetó después a Onganía, porque no prometía demás. Dejó entrever, también bastante explícitamente, su adhesión a los acantonamientos militares que ‘liberaron’ al país de radicales y peronistas, cada uno en su momento. A diferencia de Gran Bretaña, la Argentina no estaba preparada para una democracia representativa. Desde su atalaya, toda ayuda a los pobres era demagogia. La vista debía estar enfocada siempre a picar en lo más alto. Múltiples beneficios sobrevendrían por añadidura.

Amén de otros amenes, con esa perspectiva sobre la política y el hacer aprovechó un contexto de poder muy favorable al principio para concretar y capitalizar su proyecto, condicionando el después.

Debía a los Ortiz Basualdo su deslumbramiento por la zona. Amigos oligarcas con mayúsculas, eran dueños de la Estancia Huemul, donde recibieron al Príncipe de Gales, al general A. Justo siendo ministro de Guerra, embajadores y un sinnúmero de personalidades. Bustillo, cansado de pasar las vacaciones de verano en el Bristol Hotel de Mar del Plata y en las estancias de parientes –otros terratenientes–, adquirió en 1931 dos lotes contiguos con costa de lago sobre las que armó Cumelén, la estanzuela de 1.250 hectáreas mencionada páginas atrás. Mandó construir una primera y modestísima casa con tres dormitorios, baño –suponemos que living-comedor–, dependencias de servicio, casa para el personal, garaje, muelle, lancha y luz eléctrica propia. Poco después levantó otra más adecuada a sus necesidades y ajustada al nivel de sus invitados. Lo dice él.

De entrada arrancó en la zona con el pie derecho. En 1932, antes de terminar su primera casa, logró instalar dos estaciones radiotelegráficas, una en Bariloche, otra en Angostura, que terminaron con la incomunicación de ese sector del lago, conocido todavía como Paraje Correntoso. No había ruta desde Bariloche, sólo una huella, y el viaje en lancha, sin imprevistos o mal tiempo, demoraba cuatro horas. Eso y la muerte de un paisano por falta de atención médica, fueron los argumentos que expuso Bustillo en su libro, aunque

es difícil imaginar qué podía cambiar para un paisano en emergencia. Cumelén y Quetrihue, o sea, Bustillo-Santamarina y Lynch-Uribelarrea, pagaron los aparatos y la instalación. El constructor Capraro, propietario del Hotel Correntoso, levantó la casilla, y la Dirección Nacional de Correos se hizo cargo de la operación del servicio. Desecharon el uso de hilo telegráfico por costos y dificultades de mantenimiento en medio de tanto bosque. Quien sí extendió una línea enseguida, de teléfono, entre la estación radiotelegráfica de Angostura y Cumelén, fue Bustillo. Y casi con seguridad, Lynch. Después se agregarían otros vecinos de la misma condición. Hay que ser francos y decir que la comunicación radiotelegráfica fue inicialmente una necesidad de clase de Bustillo para sus escapadas y vacaciones, y un beneficio para el hotel de Capraro, así como para las actividades turísticas que comenzaba Lynch. Salvo alguien más, el resto de los pobladores, antes que comunicarse con Buenos Aires y alguno con Bariloche, necesitaban mejorar las vías de comunicación entre ellos; esto es, caminos y servicio de transporte en general, lacustre y terrestre. Y ligado a eso, otras políticas de asentamiento con alternativas productivas ante las restricciones que había impuesto el Parque Nacional del Sud.

Capraro, movido todavía por sueños que venían en picada –faltaban diez meses para que tomara su última decisión–, aprovechó la inauguración de la Estación Radio Telegráfica Correntoso para promover la fundación de un pueblo en ese mismo lugar. En el futuro, debía transformarse en su ciudad industrial. Tiró de paso la moción de bautizarlo

Gral. Agustín P. Justo, recientemente elegido presidente de la Nación de manera fraudulenta. Formaron una comisión, integrada entre otros por Bustillo, y presentaron al Presidente la propuesta. Justo agradeció pero desechó la distinción. No sé si por modestia o por falta de optimismo. El nombre del pueblo llevaba una larga y pretenciosa introducción "*Nuevo pueblo y futura ciudad industrial Gral. Agustín P. Justo*", y el lugar ni siquiera contaba con una calle. En 1928, siendo ministro de Guerra, había dejado una buena impresión en un viaje por la zona, reuniéndose con Capraro y otros vecinos destacados para tratar temas de desarrollo regional. Mucho agradecemos al general Justo no habernos condenado a recordarlo en ese hermoso rincón, y que por lo tanto el mismo conservara por un tiempo el nombre del paraje –Correntoso– y poco después fuera bautizado como Villa La Angostura, a pesar de que había varias angosturas en los alrededores, como había objetado Capraro. Por el momento entonces, sobre el suelo, sólo la estación radiotelegráfica y una declaración de fundación; bajo el suelo, restos indígenas de un enterratorio. Nada más.

El lugar ya había sido subrayado en 1903 por el inefable ingeniero Lucero, aquel que recomendaba con vehemencia discriminar a indígenas y chilenos de la Colonia Nahuel Huapi. Lucero consideraba que era un sitio ideal para levantar un poblado, por su reparo de los vientos, puerto natural y por su ubicación estratégica para argentinizar una zona chilenezada y relativamente cercana a la frontera. Quiere decir que hubo una línea de continuidad entre las tres

elecciones: la de Lucero, la de Capraro y la Villa que planificaría y lotearía Bustillo cuatro años más tarde. Comentario aparte, un Bustillo que no aceptaría nunca la fundación de mayo de 1932, porque fuera de la oficina radiotelegráfica, la piedra fundamental que dicen guardaban adentro y los indios enterrados... Y con eso no se podía fundar un pueblo. Aun cuando él mismo había integrado la comisión que llevó la propuesta al presidente Justo. Recién en 1936, por orden del directorio de Parques Nacionales que él presidía, en paralelo con el proyecto de creación de Villa Traful, se diagramó y mensuró el lugar, para ser loteado a principios de 1937. Esto es, hechos concretos. Hechos que justifican arrogarse autoría o determinar la fecha de una fundación. Para equilibrar o enturbiar la discusión, hubo otra fecha dando vueltas por ahí.

El propio Bustillo, que viajaba desde Buenos Aires dos o tres veces al año a Cumelén, se encargó de promover la adquisición de lotes entre sus amigos. Está claro que no todos tenían la mirada de Bustillo ni menos necesitaban los lotes. El lugar era naturalmente precioso pero humanamente espartano; falto de los artificios más necesarios para cierta clase de gente. Apenas algunos puntos aislados de civilización, rodeados de bosques oscuros y un lago que imponía demasiado respeto. Fueron de la partida inicial, Federico Pinedo, un Rodríguez Larreta y su mujer Adela Leloir Unzué, Francisco Serantes, primo y compañero en el estudio de F. Pinedo, Jorge Gándara y su mujer, otra Rodríguez Larreta, una Pacheco Anchorena, la prima de E. Bustillo, Sara Madero

Demaría y Federico Bemberg, quien ya en 1925 había visitado la estancia Huemul de Anchorena y los Ortiz Basualdo. Bemberg adquirió el lote 11 de Martínez con la intención de construir un castillo. Luego se sumarían otras residencias veraniegas, como las de Lanari, Surra Canal y la de Elizalde, completadas con las mansiones señoriales de los Sánchez Elía en Loma Guacha, la de Leonora Hughes, viuda de Carlos Ortiz Basualdo, en Las Estacas –ex campo de los Marimón–, y etcétera, etcétera. ¿Algún paisano habrá cumplimentado los papeles para participar de este loteo? Dos terrenos fueron reservados para instalar a los indígenas que ocupaban predios para la venta.

Nadie alcanza exactamente los fines que se propone, si es que no termina produciendo algo diferente o, incluso, lo contrario. Es una ironía que cruza la historia, quizá para balancear arrogancias y tozudeces, en especial de los que creen hacer la historia. Pero Bustillo estaba muy bien aspectado por entonces, como para que le tocaran las de la ley. Ponía el rumbo de la historia regional desde la periferia nacional, dado que estaba dentro y fuera a la vez de la cocina del poder. Y se podría agregar, dentro y fuera del Parque Nacional Nahuel Huapi.

Parques nació como una institución demasiado novedosa para ser atacada con facilidad. También su mentor y jefe era un blanco difícil. Bustillo no cobraba por su cargo –primeros cinco años–, revelaba capacidades de conducción, habilidad para hacer contactos, gran celeridad ejecutiva y

ductilidad para esquivar escaramuzas políticas. Con esas virtudes, pero más todavía por cómo se veía a sí mismo, a poco de andar por la zona sintió que estaba predestinado a proveer de sentido, orden y progreso a la región. Así creó y moldeó a Parques, un organismo que debía dar el talle del horizonte del progreso. O sea, no cualquier progreso, sino uno que, como otros territorios a desarrollar –Río Negro, La Pampa, Misiones, Formosa y alguna zona más– no interfiriese con el rol central otorgado a la pampa húmeda. Un desarrollo complementario, no competitivo. Permítanme mencionar un par de ejemplos de ‘distribución’ del desarrollo que comprometieron a la Patagonia. El porvenir floreciente de la actividad vitivinícola del Alto Valle del Río Negro fue enterrado en las primeras décadas del siglo XX por temor a que compitiera con la producción mendocina y sanjuanina. Igual destino tendrían los molinos harineros de Chubut, en funcionamiento bajo enormes presiones –dumping sobre todo de la empresa Molinos Río de la Plata de Bunge y Born– hasta que en 1949 el Gobierno nacional, dando respuesta a los terratenientes de la pampa húmeda, decretó zona no triguera a todos los territorios al sur del río Colorado. Un gran proyecto de producción e industrialización de remolacha azucarera en el valle inferior del río Negro chocó, entre otras cosas, con el cupo de producción impuesto en 1941 por el Gobierno nacional, para tranquilizar a los señores feudales de los ingenios de Tucumán.

Entonces, Bustillo se veía a sí mismo como el director ejecutivo de un desarrollo regional nuevo y no competitivo.

Tenía relaciones importantes, características personales ideales y una convicción de destino inquebrantable. Y la historia andaba muy atareada como para darse una vuelta por el sur, y descargar alguna ironía sobre sus espaldas. Viene al caso dar un ejemplo doméstico de la buena aspectación que tuvo Bustillo desde el principio, a cubierto de las ironías de la historia. El campo costero que compró gracias a los Ortiz Basualdo y compañía, resultó ser en buena parte un “*peladal*”, como en tren de chanza lo denominaba Federico Bullrich. Pero esa frustración se convirtió en usina de un hermoso parque, lógicamente que mediante la contratación de un administrador.

Acotación. Si el “*peladal*” no era consecuencia de la explotación de madera del norteamericano Weeks que ocupaba uno de los dos lotes pastoriles adquiridos, puede haber sido un viejo regalo de la Compañía de Maderas Neuquén, concesionaria de unas 35.000 hectáreas de la zona. Hasta que la compañía vendió en 1905 el lote 15 de la Colonia –Puerto Manzano– al alemán Christian Boock, bajaron árboles sin tregua a lo largo de la costa norte.

Una derivación de la acotación: C. Boock, asociado con la Compañía Chile Argentina, terminó de derribar lo que quedaba en la península de Puerto Manzano y en los alrededores. En un sector plantaron frutales, sin éxito. Yayo Mendieta lo cuenta. Leonhard Ardüser replantó: 350 frutales y más de 1.000 árboles exóticos, entre mediados y fines de la década del 10.

Además de ocuparse de construir su casa, atraer buenos vecinos y haber terminado con la incomunicación radiotelegráfica del paraje Correntoso, Bustillo se interesó de inmediato por el Parque Nacional del Sud. En 1933 integró la Comisión de Parques Nacionales que convirtió al mismo en Parque Nacional Nahuel Huapi. Luego de la muerte del presidente de la Comisión, el doctor en Ciencias Naturales Angel Gallardo, presidió el organismo, experiencia que le abrió el camino para redactar el año siguiente la Ley de Parques Nacionales y asumir la primera presidencia de la Dirección de Parques Nacionales, creada por la misma ley. Ese mismo año de 1934, su proyecto para el Parque N. Nahuel Huapi recibió un empujón extraordinario. Inauguraron el tramo faltante del ferrocarril San Antonio Oeste-S. C. de Bariloche, detenido desde 1929 en Pilcaniyeu, a sesenta y pico de kilómetros de la localidad lacustre. Al año siguiente, 1935, con aportes insignificantes de Vialidad Nacional y mucha voluntad de pobladores fogueados por Bustillo, abrieron el camino de la herradura, ruta que comunicó Bariloche con Villa La Angostura, pasando por todas las “poblaciones” de colonos asentadas sobre la costa norte del lago. Por supuesto que cerca también de la propiedad veraniega del mismo Bustillo, de la Estancia Lynch –Quetrihue–, de Muelle de Piedra de Jaime Llavallol y otras. Para Bustillo este camino era fundamental. Navegar por el lago había sido siempre un martirio para él, desde la primera vez que su amigo Luis Ortiz Basualdo lo llevó a dar una vuelta en su lancha francesa. Hay que reconocer sin embargo que el camino no fue sólo resultado de

su espanto lacustre. Por iniciativa de Parques, o sea de él, ese mismo camino llegaría al año siguiente hasta Ruca Malen, cubriendo un primer tramo del camino de los Siete Lagos. Ochenta años tardarían después los gobiernos en concluir su asfalto.

Con la ley de Parques en mano, más la presidencia de la institución y un presupuesto suculento –amplificado por los aportes de otras reparticiones nacionales–, Bustillo enterró el malogrado perfil productivo de la zona para plantar encima el del conservacionismo con turismo selectivo, nacional e internacional, todo enmarcado con el propósito de argentinizar la región. El hombre se embriagaba con los parques nacionales norteamericanos, pero no sin antes despejarlos de su conservacionismo ortodoxo, y, años después, del culto al entretenimiento con que, por ejemplo, contaminaron el parque Yellowstone. Por otro lado, estaba convencido de que había que eliminar toda posibilidad de maduración de una identidad regional binacional, que integrara las poblaciones fronterizas argentinas y chilenas dentro de un espacio común, comercial, social y cultural, como había ocurrido hasta hacía poco. Pero volvamos sobre la minoría a beneficiar con el turismo selectivo.

La selectividad de los destinatarios podía justificarse en la distancia que separaba a la zona de Buenos Aires, demandando buen dinero y tiempo para el cultivo del ocio. Aunque la verdad es que Bustillo y sus compañeros pseudoconservacionistas no sentían ninguna necesidad de justificarse. Eran coherentes con su ideología y guardianes de

su clase. Dada la difícil coyuntura económica y política del mundo desarrollado, alguien debía crear opciones para aliviar las dificultades de esparcimiento que sufrían los de su clase, fueran argentinos o extranjeros.

No es que Bustillo no pensase en beneficiar a los sectores sociales que los seguían por detrás. Pero el aprovechamiento debía sobrevenir por el equivalente de entonces de nuestra teoría del derrame. Un derrame controlado, condicionado a su vez por rigurosos reglamentos internos, y en el marco de una correcta adaptación al proceso cultural instalado, o impuesto.

El perfil turístico-conservacionista, con sus proyectos de alto nivel, no podía ser desvirtuado ni condicionado por el flagelo de la “*democratización*” –como gustan decir varios textos–, tanto en términos electivos y de participación en la toma de decisiones como en términos de “*democratización del bienestar*”: el ocio popular volcado a la práctica del turismo que promovería el peronismo a partir de la generalización de las vacaciones remuneradas, la creación del aguinaldo, más un fondo de fomento para el turismo social y la ampliación de facultades de los sindicatos para llevar a cabo desarrollos turísticos.

Bustillo implementó su proyecto de forma centralizada, desde Buenos Aires, aprovechando que el Parque N. Nahuel Huapi ocupaba tierras de dos territorios nacionales, o sea, sin molestas autonomías provinciales. Y ante la autonomía del Concejo Municipal de Bariloche, bastaba con operar un poco al momento de las elecciones, o sobre las autoridades de ser

necesario, como muestran sus cartas al presidente del Concejo, Víctor Gonella, con las debidas indicaciones (1939-1940). La historiadora Martha Ruffini señala en *“Gestando ciudadanía en la cordillera: participación y representación política en la región andina rionegrina (1920-1945)”*, que ya en 1937 hubo conflictos entre los que reclamaban autonomía municipal y quienes apoyaban la intromisión de Parques en los asuntos municipales, considerando su peso en decisiones nacionales importantes para Bariloche y su responsabilidad en proyectos trascendentales para la ciudad, como el agua corriente, las cloacas, doce calles pavimentadas y tantas otras cosas. Además de obras, Parques aportaba otros recursos y ayuda financiera a la localidad, por lo que exigía compromisos. El mismo Bustillo cuenta en su libro *“El despertar...”* que a veces debían vigilar las elecciones para asegurar candidatos que colaborasen con el plan de desarrollo de Parques. Y transcribe, sin problema, parte de sus cartas a Gonella. El asunto era que los emprendimientos turísticos, en especial el Hotel Llao Llao, debían contar con un centro urbano mínimamente preparado para satisfacer a los visitantes; que la nota sobresaliente no la dieran los baches y los catangos tirados por bueyes. Tras el golpe militar de 1943 y la imposición de comisionados municipales, la intromisión en los asuntos de Bariloche se hizo más fácil. Pero al mismo tiempo comenzó a volverse más difícil la relación con los despachos de Buenos Aires. Para entender la aversión del presidente de Parques ante las probables autonomías provinciales y las autonomías municipales, hay que tener en cuenta, entre otras razones, que

el sueño grande de Bustillo era crear una suerte de Estado-Parque a lo largo de toda la cordillera sur.

Para Bustillo y su gente, el Estado Nacional debía intervenir en los alrededores del gran lago y la frontera en general con obras de fomento capaces de atraer la inversión privada. Sobre todo de origen nacional, para equilibrar la presencia de capitales chilenos y extranjeros, aunque sin fundamentalismos, en especial contra los europeos. Va de cuenta un frustrado proyecto impulsado por el propio Bustillo: traer un grupo de hoteleros suizos con capitales propios. También se entusiasmó con una propuesta de establecer una colonia granjera modelo, a replicar, formada por cincuenta familias suizas que recibirían tierras junto al lago Hess, dentro del Parque Nacional Nahuel Huapi. Bustillo se consideraba un colonizador pragmático. Para lo demás, aspiraba construir y concesionar, liberando al éxito de la burocracia estatal. Salgamos por un momento de los límites del Parque para mostrar otro ejemplo. Bustillo propuso a los ingleses dueños del Ferrocarril Sur –unía Buenos Aires con Carmen de Patagones–, que solicitasen al Gobierno la privatización a favor de la empresa del ramal ferroviario San Antonio Oeste-San Carlos de Bariloche, a cambio de la terminación del tramo faltante entre Pilcaniyeu y Bariloche, alrededor del diez por ciento de la extensión total. Él soñaba con un tren diesel que cubriese la distancia entre Buenos Aires y Bariloche en veinte horas, con servicio de camareras rubias, aire acondicionado, buena comida y sin envidias al *Golden Arrows* que unía Paris

con Londres, o al *train Blue* que llevaba a veraneantes parisinos al balneario de Biarritz. Lo dice él. La propuesta ferroviaria a favor de los ingleses de nuestro conservador liberal sería abortada por un radical partidario de la nacionalización de los ferrocarriles, el administrador de Ferrocarriles del Estado, ingeniero Pablo Nogués. Bustillo también soñaba con la subasta de las tierras fiscales existentes en la Patagonia, para que fueran explotadas por capitales privados. O sea, una variante actualizada de la repartija realizada tras la conquista, a fines de 1800. En estos como en otros casos, esgrimía una idea de progreso abierta, sin olor, despolitizada, similar a la modernidad neocolonial de Roca como también de Lapalma, concebida con la intervención ineludible de su Majestad Británica.

Crear y dirigir los parques nacionales del país, no le quitó entonces intensidad a su sentido visionario. Solo que fuera de las extensiones de Parques, no obtuvo el aval del destino. Además de fracasar en su operación privatista del ferrocarril a Bariloche, vería después frustrado un proyecto superador de aquel. A principios de la década del 40 promovió el asfalto de la ruta entre Bahía Blanca y Bariloche, fundado en el desarrollo que tendría en el futuro el uso del automóvil por sobre el ferrocarril. El proyecto fue aprobado y abortado poco después con el golpe de Estado de junio de 1943. Ya había obtenido el financiamiento. Vale remarcar que hasta mediados de los años 80, parte de la ruta a Bariloche por Neuquén seguía siendo de tierra. Ni hablar de la traza por la Línea Sur rionegrina. Setenta y pico de años después, a

mediados de 2015, todavía esperaban varias localidades que algún gobierno provincial, nacional o lo que fuere, completase la obra de asfalto. El retraso es más desgraciado si consideramos que hoy ya deberíamos estar descargando rutas y calles de vehículos particulares e incrementando las opciones más colectivas, con menor impacto ambiental, como el viejo ferrocarril. Bustillo imaginó también una vía férrea paralela a la cordillera bajando desde Mendoza hasta los lagos del sur. Sin mencionarlo, reflató y extendió la vieja idea regionalista del primer gobernador del territorio neuquino, Olascoaga (1884-1891). A su vez, apoyó siempre los grandes proyectos hidroeléctricos sobre el Limay, algunos después concretados y lamentados por quien escribe. También, la creación de ciudades dentro de los parques nacionales patagónicos ubicados contra la frontera con Chile. Recuérdese su adscripción a las ideas de desarrollo e industrialización del Perito Moreno tardío y de Bailey Willis, contra el conservacionismo ortodoxo. A poco de renunciar en 1944, la posición conservacionista ganó la Dirección de Parques y paralizó el desarrollo de las villas turísticas aplicando el dogma de la tierra fiscal, según apreciaciones de Bustillo. Meses antes de dimitir, considerando que el *“actual estado de latifundio fiscal constituye el principal azote de la Patagonia y la más importante causa de su estancamiento”*, presentó un anteproyecto al gobierno de facto para la creación de un gran parque nacional de la Patagonia extendido desde Aluminé hasta Lago Argentino, unificando todos los parques existentes y creando una región bajo la exclusiva órbita del Gobierno nacional,

Parques Nacionales y el Ministerio de Guerra. Es decir, una región librada de los bamboleos políticos y los desguaces miopes que, a la larga o a la corta –faltarían quince años–, provocarían sobre esos territorios nacionales las provincias a crear. No sólo no prosperó su idea sino que de esas contingencias políticas indeseadas surgió para él lo peor, un militar de apellido Perón. Y cuando se las vio feas con el peronismo –él sostenía que también por la inflación–, convino que parte de su estanzuela se transformase en el primer *country club* de la región, para amigos y semejantes. Otros tres barrios selectos surgirían después de las demás hectáreas. El hombre no volvería a poner un dedo del pie en la región del Nahuel Huapi, por lo menos hasta concluir su libro, más de veinte años después. Desconozco si lo hizo ulteriormente. Pero dejemos las frustraciones de su fin de ciclo y volvamos a la idea del derrame.

La regla del derrame se cumplió, lo que confirmaría cuánta ironía hay en la historia. A pesar de las reglamentaciones, a pesar de la selectividad del proyecto, a pesar del cambio de perfil económico y social y del cambio cultural forzado, la regla del derrame se consumó. En particular entre los pobladores de la zona que ya habían sido corridos de las tierras que ocupaban y comenzaban a ser corridos de los sectores urbanos en proceso de valorización. De tanto ser empujados se hizo familiar el contacto con el progreso. Aparecieron trabajos pagos para hacer caminos, puentes, muelles, tomas de agua; construcción de casas no

imaginadas y edificios; lustrar cacharos y utensilios de plata extraños, servir cinco veces al día, correr cortinas, prender faroles, preparar el baño y abrir las camas para el descanso; engrasar monturas inglesas, mantener lanchas, desenredar rieles de pesca sofisticados; trabajar de guardia nocturno y armar “pilcheros” con los bártulos de los excursionistas, algunos de los cuales se dedicaron, por suerte para nosotros, a nombrar lagunas, arroyos y cerros. Otras actividades del desarrollo turístico y el mantenimiento del Parque ampliaron las opciones del derrame. A más obras generosas, más impactos sociales positivos. De qué quejarse, si sólo unos pocos tenían asegurado un pedazo de tierra para proyectarse. El resto eran ocupantes ilegales, intrusos o moradores con permisos precarios. A ver, que nadie se distraiga: detrás de esta ironía histórica del derrame de beneficios hay un capital que necesita generar trabajo para crecer. El capital no crece si no derrama algo que lo haga crecer. Va para la actividad privada como para el Estado. Habrá más de uno que dirá que todo eso fue mucho mejor que la especulación inmobiliaria previa –fines de 1800– o que la que podía desarrollar el capital financiero. Y tiene razón. Pero ello no quita que los beneficiados con la ironía de la historia –la generosidad del derrame impulsado por Bustillo– debieron traicionarse en más de un aspecto, modificar costumbres, abandonar tareas y resignificar otras. Los más ‘despiertos’, aprender a servir a las modas generales y satisfacer las manías personales que traían los señores y las señoras de Buenos Aires. Muchos, dejar sus lugares, forzosamente, estando como estaban, sumidos desde

el fin de la conquista en una situación de precariedad generalizada. Nunca está demás reiterar que las cesiones de tierra estaban sujetas a que por cualquier informe negativo o incumplimiento administrativo fueran transferidas a colonos de origen europeo. El enfoque atravesaría las décadas y se extendería por todos lados.

Siempre algo se pierde, ¿no? Lubriquemos nuestra miopía. Adaptación al proceso socio-cultural, fijado por Parques, no por ellos. Ni siquiera por la interacción entre Parques y ellos. Hubo que esperar siete décadas para eso. Los otros pobladores, podríamos decir los colonos, la mayoría con origen o ascendencia europea, contaban con otras huellas históricas y oficios más actualizados para no perder el cauce de esta clase de desarrollo. Estaban mejor calificados, se dice ahora. Portaban otra subjetividad.

No todos los pobladores de origen o ascendencia mapuche y criolla, e incluso extranjeros pauperizados, se vieron obligados a abandonar sus tareas. Hubiese ido contra la explotación turística de esta imponente naturalidad y del exotismo de la ruralidad profunda. Cuidar caballos durante todo el año y disponerlos, cargar el producto de las cacerías, buscar carnadas, indicar los charcos con mejor pique, guiar a las aguadas de los huemules o de los chanchos que trajo Anchorena, eran todos saberes explotables por el emprendedor turístico asentado en el país de Parques. También había que limpiar los campos para las mansiones y las casitas de veraneo; hacer la jardinería y los zanjeados; lavar y limpiar, cocinar y servir; proveer verduras, carnes, huevos,

quesos, aves y pescados a casas y hoteles. Ciertas tejedoras recibían encargos de un verano para el otro. Los hacheros pulían sus golpes y los baqueanos sus indicaciones, con el fin de conducir a buen destino la temporada.

Por necesidad antes que por misericordia de los patrones, a veces el trabajo incluía la formación del personal. Y algunos de esos peones se convertían en replicadores del buen servicio; faro para los familiares, los compadres, los vecinos. En otros jornaleros, los adiestramientos y el trabajo con la esperable actitud servicial, disparaban la ingesta de alcohol apenas se alejaban del patrón. La realidad es que el trabajo constituía y aún constituye el principal organizador y desorganizador de la vida de las personas. Tercia en los significados que damos a las cosas. Presiona, se entromete en todo. Crea, reproduce y deshace relaciones. Las regula a través de normas y objetivos que no fija el trabajador, ni sus necesidades inocultables o la utilidad social. Y todo se va subordinando a determinaciones cada vez más lejanas, menos inasibles. Digámoslo ya: la idea de trabajo asalariado es una porquería. No es la idea de 'hacer' ni mucho menos la de 'estar en el mundo'.

Los pobres eran pobres por naturaleza, según la mirada oligarca de Parques. No les daba para más. Motivo suficiente para controlar de modo estricto el derrame que dejaban las obras y el desarrollo todo. Un control que, por lo demás, excedía la jurisdicción de Parques. A través de su notable ascendencia sobre las demás instituciones de la región, lograba

injerencias múltiples en la vida de los pobladores rurales y habitantes de la zona. No enuncio nada que no hayan explicado ya los investigadores. Pero quería resaltar aquí la mirada oligarca sobre la pobreza, que si bien no fue exclusividad de Parques ni de su época, permite echar otra ojeada a la perspectiva de la institución y de su principal gestor, el doctor en leyes E. Bustillo.

La cuestión es sencilla. Como los buenos apellidos, la pobreza se transmite de una generación a otra, de forma estructural, con independencia del acceso a recursos, por lo menos en lo inmediato y hasta en un plazo medio. Incluso sin hacer nada para perpetuarla, la pobreza se transmite básicamente a través de la unidad familiar, entramada en los vínculos. Se lleva adentro, como un precipitado sin palabra entremezclado con los respetos y los afectos.

Salvo excepciones y convenientes ediciones limitadas, los pobres no sirven más que para ser pobres. Llevan incorporada la diferenciación, la conciencia del estado de carencia. No hacen el mundo. Ni siquiera pueden hacer su mundo. El mundo lo hacen los pocos. El pobre sabe que vale menos que los otros y traduce esa conciencia en comportamientos que confirman su condición. Así es como al oligarca la vida le confirma su razón.

Algunos pobres vienen con el cerebro demasiado duro, pero por lo general el pobre tiene el cerebro blando. Se entrega con facilidad a la indisciplina, a la promiscuidad, al error, al alcohol. Entre los oligarcas de hecho o de pensamiento, el alcohol es una intimidad o a lo sumo una enfermedad. En los

pobres, un estigma, parte de las debilidades de una raza inferior. Alguien debe llevar de la mano al pobre. Alguien debe controlar al pobre. El oligarca de todos los tiempos debe tomar las decisiones por él. Uno de los aspectos interesantes de esta lógica es que cuando al oligarca algo no le sale bien, no necesita preguntarse tanto qué hizo mal, sino cómo aplica mayor rigor para que el imbécil lo haga bien. Hubo y hay oligarcas progresistas, que saben cuánto puede brindarles la institución escolar y las capacitaciones en oficios, en plata para sus bolsillos y en poder.

Pocas cosas fueron tan efectivas en consolidar el pensamiento oligarca como el abuso de la moral cristiana. La entrega al superior, el sacrificio, la aceptación, el desprendimiento, el agradecimiento, la voluntad de dios. Un cúmulo de rasgos que a su vez distinguen a uno de otro pobre. Sin ser necesariamente un perverso hecho y derecho, el oligarca muestra facilidad perversa para crear escenas y cuadros de situaciones para que el pobre que explota sienta compasión de él; por sus sufrimientos, por sus desdichas en los negocios, por las traiciones –los oligarcas se creen la especie viviente más traicionada de la tierra–. O sea, el oligarca es alguien que, en el cumplimiento de su deber ser, merece ser despreciado, sin misericordia. Sin la misericordia que logra sacarle al pobre.

El no pudiente es responsable de la mayoría de sus penurias, y de seguir siendo pobre. Y de alguna manera, también responsable de las penurias del oligarca. Culpable por ambos lados, porque siempre hay cosas y reglas que

desconoce. El pobre sabe que ese desconocimiento, además de volverlo culpable, lo hace valer mucho menos.

La pobreza era y es todavía un estigma, como el alcohol. Pero al mismo tiempo era y es parte fundamental del esqueleto y el desarrollo de esta sociedad. ¿Cómo generar riqueza sin pobres estigmatizados engordando nuestras periferias? El pensamiento oligarca no es monopolio de los oligarcas del 10, del 20, del 30 o del 40 del siglo pasado. La mirada oligarca ha sobrevivido a la oligarquía histórica en los sectores sociales altos y se ha extendido en la gran capa media de la sociedad. Tiene un espectro de validación amplísimo, incluso con la cuña que introdujo el peronismo y los esfuerzos del socialismo. Y desde hace tiempo, no necesita detentar la autoridad política para ejercer el poder. Nos encuentra colaborando por todos lados.

La psicología del oligarca se parece a la de los reyes. Se sienten elegidos. Como los habitúes del exclusivo Círculo de Armas de Buenos Aires, centro de reunión de la elite que se repartía el país. En sus salones, Federico Pinedo –ministro de Economía del gral. A. P. Justo e íntimo amigo de E. Bustillo–, Leopoldo Melo –recordado por aplicar tortura y persecución a opositores desde su Ministerio del Interior–, Antonio Santamarina y, naturalmente, los generales Justo y Uriburu, prepararon el golpe militar de 1930. Este Club sólo aceptaba cuatrocientos socios. Entre ellos estaba Bustillo. ¿Pueden no haberse sentido elegidos?

Al oligarca lo convence primero la familia con su tradición, luego la costumbre de ver su apellido en el poder.

Después sólo es cuestión de mantener el autoconvencimiento. Cuando uno tiene delante a un oligarca que nos habla, nunca sabe si en realidad no está rezando su novena laica. Aunque hacen uso del paraguas ofrecido desde siempre por la institución católica, ningún oligarca serio evapora sus convicciones en la espiritualidad que profesa. Tienen mucha tarea sobre la tierra. Y entre una misión y otra, deben cristianizar al pobre. Conducirlo como se conduce a los ciegos para que deje su granito a favor del progreso de la civilización occidental, con derecho a percibir una pequeña partecita para su progreso personal, sin afectar el desprendimiento cristiano que el pobre debe preservar ante las tentadoras facilidades del progreso. Más allá de las visitas esporádicas de los curas, fue el patrón oligarca quien se encargó personalmente, o a través de quienes administraban su capital ideológico, de inculcar la observancia moral del desapego, del servicio eficiente, de absorber las tormentas externas y las del patrón; de convencerlos de que únicamente el trabajo disciplinado y duro los conduciría a la redención celestial y terrenal. Una redención terrenal de vuelo corto, pues antes de recibir nada había que agradecer todo, a dios y al patrón. Con eso el pobre se aseguraba el derecho a ser recomendado ante otros patrones, si las circunstancias ameritaban. Alguien debe haber escrito un libro sobre la psicología medieval de los elegidos.

No todos los oligarcas eran tan malvados, ni calcados por un pensamiento monolítico. Siempre hay sonatas y variaciones y la posibilidad personal de agradecer actitudes del patrón. Trazos gruesos..., de la misma forma que pinto la

peor de las posiciones ocupadas por el pobre porque creo que ha prevalecido sobre las demás. Los retratos de vidas que nos dejaron algunos pobladores entrevistados, son en general de quienes han podido contar su vida, lo cual, además de inusual, es un síntoma de valoración. Al costado, una mayoría anónima, y sobre todo, silenciosa.

No hubo por entonces movimientos reivindicativos o de resistencia rural o semiurbana. No pudo haberlos. Por dispersión, despoblamiento, trabajos en ganadería extensiva con poco requerimiento de mano de obra y trabajos como servicio doméstico, en general de carácter estacional o temporal. Tampoco hubo sindicalización significativa alrededor de los pequeños centros urbanos, en los aserraderos u obrajes de Parques. Hay quienes sostienen que el silenciamiento de la lengua entre los mapuches fue una forma de resistencia. Es posible, porque la historia está llena de ironías, pero no como una propuesta activa ante el sojuzgamiento impuesto por la población blanca adinerada representada por Parques. Mapuches y chilotes, por las razones históricas padecidas que ya conocemos, no se enfrentaron a los poderes ni desarrollaron acciones colectivas de resistencia. Y si las hubo, han logrado eliminarlas de la memoria y que además desestimemos las posibilidades. Y al menos conmigo, han tenido éxito.

No recuerdo que Navarro Floria hablase de esto ni de aquello. Sin embargo, tengo la sensación que me ha estado sobrevolando. Y que eso se repetirá.

Nadie se va a asombrar a esta altura de encontrar otro párrafo traído un poco de los pelos. Me resisto a dejar afuera partes de *“La Leyenda del Limay”*, donde Lapalma se pone muy didáctico con la ideología. En un tramo de su viaje nos coloca en situación de pensar, por lo menos, como nacionalistas o liberales. Dos kilómetros aguas abajo de Cabo Alarcón –Picún Leufú–, avista *“...un gran plantel de lanares Rambouillet, varios potreros alfalfados, alamedas simétricas, bretes, un espléndido edificio y hermosos jardines a unos doscientos metros de la ribera.”*

–Mire cómo trabajan los ingleses –me dice el señor Riechert–. ¡Lástima que la renta de tanta riqueza se vaya toda a Londres, asiento del Directorio de estos establecimientos!

–No importa –le contesto–; esos capitales exportados vuelven convertidos en locomotoras, máquinas agrícolas e industriales, en telas, etc., etc.

–No vuelven, porque los rentistas residen en el extranjero y el trabajo de ellos se reduce a cobrar estas rentas y gastárselas, como grandes magnates –me responde y se enfrasca en una larga disertación sobre el ausentismo; pero yo no estoy dispuesto a darle la razón... a pesar de todo.

–Se gastarán o no se gastarán en Europa estas rentas, pero lo positivo es que a nosotros nos queda este elemento civilizador y este capital productivo: los componentes de esta raza fuerte, emprendedora e inteligente, que labran en estas soledades el porvenir de la patria; que plantan árboles donde el hijo del país los quemaba para tener leña, sin trabajar; que pueblan de ovejas y vacunos de raza donde no había más que guanacos y avestruces; que sustituyen el rancho de paja y terrón con edificios confortables; que abren caminos;

que respetan la justicia; que cooperan con la policía en la lucha contra la delincuencia; que no vagan, no roban, no pelean, etc., etc."

Nunca sabremos si esa discusión entre Lapalma y Riechert fue cierta o sólo un recurso literario. Pero sí queda claro que Lapalma, aunque había mostrado una cara condescendiente con los indios frente al desprecio racista del comerciante Yerio, defendía a ultranza el colonialismo moderno. Entregar la tierra fiscal de los territorios nacionales de Neuquén y Río Negro a los extranjeros, era una forma válida y eficaz de acceder al progreso. Lapalma llega a hablar de "*¡...una preocupación farisaica por el indio y el proletario...! ¡Es una astracanada, contra la que se sublevaran todos los hombres de bien, que saben del esfuerzo heroico de los pioneers de la Patagonia y de las empresas inglesas, a quienes se les debe su actual riqueza ganadera, la fuente más importante de los recursos fiscales y, en gran parte, los adelantos de la civilización! ¡Negarlo, es cerrar los ojos ante la evidencia, por odio de clase, por xenofobia o por sectarismo político!*" En otro momento dice que la "*...conquista pacífica del trabajo y de la civilización provocó el éxodo de los indígenas y el despojo de sus tierras –lo que equivale decir, el éxodo de la barbarie–, pero esto es un fenómeno fatal, propio de todas las conquistas del mundo...*". Luego habla de "*raza vencida e inferior, que ha dado pruebas de ser poco adaptable a la civilización y que constituye ya, desgraciadamente, una rémora que traba el progreso económico y cultural de esas regiones.*" Lo podría haber dicho Bustillo. Lapalma estaba convencido de que la Patagonia neuquina y rionegrina era apenas tierra de prófugos y de filibusteros, mezclados con indios. Y que de ellos, bastaba con recoger sus exotismos,

como la pipa de dos boquillas, de filiación incaica –según le aseguraron–, recogida en un cementerio “*chenque*” en tierras de Paso Chacabuco. Hay una descripción del funcionario de justicia O. F. Lapalma que deja al desnudo su mirada. Para él, buena gente son los trabajadores cumplidores y que ofrecen su solidaridad al cruce de expedicionarios como ellos. Mala gente son esos especímenes guardados en ranchos infectos, como los dos que encuentra cerca de El Chocón: uno “...*mestizo, alto y flaco, de mirada torva, algo felina, pero inteligente; presenta una tremenda cicatriz en la cara y tiene todo el aspecto del gaucho matoide, compadrón, haragán. El otro es un “pasajero”, como dicen por acá, un chino retacón, sucio y de mirada recelosa y desconfiada. Ambos usan largos facones...*”.

Despidamos a Lapalma y a los derrames ocurridos en estas últimas páginas.

Todas las imputaciones que sumemos a las hechas contra las miradas de los amigos y conductores del Parque, no podrán quitar la centralidad que la obra de Bustillo tiene en la historia del desarrollo de la zona. Pero lo que si podemos hacer es socavar la inimputabilidad de su podio y su reputación como un referente excepcional del país. Algo similar, aunque no tan grave, a lo que hoy, gracias a Dios, por fin le pasa al general y dos veces presidente Julio A. Roca, quien si bien fue central en la formación del Estado-nación –consolidó fronteras, expandió el ferrocarril, llevó a la Argentina a ser la sexta economía del mundo, desplazó a la Iglesia del control de la educación y de los padrones

electorales, etcétera–, su condición referencial suprema de la Argentina moderna se quiebra inevitablemente por su enlace con la conquista y desocupación del supuesto desierto, por la repartija de tierras y, sobre todo, por su accionar genocida con los prisioneros. Sólo el diez por ciento de las muertes habrían ocurrido en enfrentamientos y persecuciones durante las campañas. El resto murió durante deportaciones masivas, en los campos de concentración y en el reparto para empresas comerciales privadas, esclavitud doméstica y uso público, completando la liquidación final iniciada varios años antes. Entonces, sin equipararlos, Roca como Bustillo son hombres que dejaron al país mojonos históricos con vastas proyecciones, pero nunca serán personalidades ejemplares, ni sus proyectos políticos deseables, al menos para unos cuantos. Si la vista desde el punto panorámico del Circuito Chico en las afueras de S. C. de Bariloche pierde gran parte su efecto asombroso sin el bellísimo hotel Llao Llao de por medio, es indudable que sigue triunfando sobre nosotros la visión de Bustillo.

En menos de seis años convirtió al “*caserío de madera*” o “*villorio*” de S. C. de Bariloche y a sus alrededores en un polo turístico de fama internacional. Transformó completamente la fisonomía del pueblo, mejorando sus calles y levantando importantes edificios como la Intendencia del Parque y el de Movilidad, todos con estilo. Varios fueron construidos en articulación con otras reparticiones nacionales. El Parque cedía el terreno y definía el diseño arquitectónico. El hermano de

Exequiel, Alejandro Bustillo, creó al efecto una normativa para la aprobación de planos que imponía condiciones sobre el dibujo, la elección de materiales y las técnicas de construcción. Querían desarrollar una arquitectura regional, con uso dominante de piedra local y maderas, al que llamaron “estilo Bariloche”. Y lo lograron. Algunas de esas obras fueron terminadas o iniciadas después de la renuncia de Exequiel Bustillo en 1944, pero son imposibles de separar de él. O porque las diseñó su hermano o porque siguieron los lineamientos de él. Construyeron el Centro Cívico, obra que para Bustillo elevó a Bariloche en 1939 al rango de ciudad. Completó la idea con la Costanera. Parques inauguró también en 1939 a su costo el Hospital Regional. En el Centro Cívico, la gestión Bustillo creó el Museo Regional Francisco P. Moreno, obteniendo para la institución colecciones indígenas, el sable usado por J. A. Roca en la Conquista del Desierto y otras piezas de militares actuantes en las campañas. Además se incorporó un museo natural. Bustillo aseguraba ser el responsable de la consagración póstuma del perito F. P. Moreno –con independencia de sus baches técnicos que generaron más de un problema en la cuestión limítrofe con Chile, según Bustillo–. Hizo erigir en la entrada de la ciudad de Bariloche una estatua del mismo, traer sus restos y, en un acto preparado con pompas y emociones, le dio nueva sepultura en la isla Centinela del Nahuel Huapi.

Antes de continuar con el legado bustillano, cabe subrayar que Parques dispuso de avales y recursos para concretar obras en la ciudad de Bariloche que excedían con

creces los objetivos que hoy uno imagina pertinentes a la institución. Como el mencionado Hospital Regional, para el cual Parques donó el terreno y pagó la obra completa, incluyendo los jardines y la ornamentación exterior. O el edificio de Meteorología, indispensable para impulsar la aviación comercial. Súmenle la escuela de Artes y Oficios, entre otros establecimientos educativos. También varias plazas públicas, las escalinatas que unían el bajo con el alto, el servicio de agua y cloacas del centro, el muelle, la referida Costanera y la imponente Catedral, obra también pagada por Parques, salvo los *vitraux*. Amén del valor dado a la cruz como símbolo de la conquista civilizatoria, Bustillo tenía claro que el desarrollo urbanístico y social de Bariloche era indispensable para su propuesta turística. Al centro veraniego de montaña había que incorporarle a su vez presencias institucionales importantes –edificios– que fijasen el propósito argentinizador. Y todo el conjunto le servía a Bustillo para conservar el poder en Parques y beneficiar también a Parques. ¿Cuál es el hijo que no tuvo, Parques Nacionales o el Parque Nacional Nahuel Huapi?

En los alrededores de Bariloche levantaron dos veces el hotel Llao Llao, la hostería de la Isla Victoria, dos capillas y siete casas para los guardaparques, obras todas diseñadas con el mismo criterio regionalista. Fue Bustillo quien abrió el camino al refugio del Club Andino en el cerro Otto para la práctica del esquí en las puertas de Bariloche y quien otorgó la subvención para la construcción de la sede social del club. Así como también quien contrató a un experto austriaco, Nöbel,

para definir el emplazamiento de un gran centro de esquí, que recayó en el cerro Catedral. Después mandó construir el camino de acceso al cerro, mejoras para la urbanización de Villa Catedral, levantar las primeras instalaciones para deportes de invierno y adquirir la primera telesilla –luego de fracasar en seducir a empresas privadas–. Como ocurriera con otros emprendimientos hoteleros, el fondo de dinero por él creado financió la construcción privada del Hotel Catedral. Pensando en las actividades a ofrecer en el verano, invitó al titular del más famoso comercio de pesca de Londres, con el fin de relevar la potencialidad de la pesca deportiva y promover su difusión en Europa. El Club Argentino de Pesca vio la luz en su despacho. Desde Holanda trajeron desarmado el buque de turismo Modesta Victoria. Había que complementar la oferta del Llao Llao con un circuito lacustre por el Nahuel Huapi. Fuera de las lanchas de unos pocos particulares y la de algún hotel, sólo sobrevivían en malas condiciones dos o tres barcos de la empresa de Capraro, destinados al servicio público.

Bustillo parece haber tenido siempre un directorio dispuesto a aprobar sus iniciativas. Reconocía en su amigo y vecino A. Lynch a un hombre fundamental en todo el proceso. Anchorena y Ortiz Basualdo, como otros, supieron acompañar sus decisiones y los intendentes de los parques llevarlas a cabo. Palabras recordatorias especiales tuvo Bustillo con el ingeniero Cristhensen, intendente del Parque Nacional Nahuel Huapi, a quien consideraba un gran “cultor” de sus planes.

Decenas de muelles y puentes conectarían las siete plantas urbanas turísticas que Bustillo ordenó proyectar dentro del Parque N. Nahuel Huapi, todas con servicios de agua y luz y ajustadas a criterios constructivos. Aparte de Villa La Angostura, fundada en 1932 a lomo de una estación radiotelegráfica, Parques creó las villas turísticas de Traful, Llao Llao, Tacul y Catedral, destinadas a seducir a lo más selecto de la sociedad nacional y al turismo internacional. Luego se sumaría Villa Mascardi. La séptima, Rincón, nunca se concretó. Otra ironía, pues fue El Rincón el primer asentamiento humano post campaña militar de toda la zona norte del gran lago, incluida La Angostura. También durante la gestión de Bustillo, mientras se abrían las picadas para los excursionistas inauguraron setecientos kilómetros de caminos dentro del Parque. En los dos primeros años, con fondos de Parques y Vialidad, construyeron los doscientos cincuenta kilómetros del Circuito Grande que daba la vuelta por Villa La Angostura, el lago Correntoso, Traful y la boca del Limay. Con participación del Ejército, agregaron el camino que bordea el lago Gutiérrez y el Mascardi, el acceso al viejo volcán Tronador, más la comunicación con El Bolsón por el Cañadón de la Mosca. Aparte, el camino de Puerto Blest a Laguna Frías y la ruta del Faldeo –cerro Otto– hasta Puerto Moreno. Es mérito asimismo de aquella dirección de Parques la construcción de la primera carretera pavimentada de toda la Patagonia, que unía Bariloche con el Hotel Llao Llao y Puerto Pañuelo. Sin contar las tres estaciones de servicio tramitadas con el Automóvil Club Argentino (A.C.A.), ni las líneas de

ómnibus, Bariloche debe además las primeras pavimentaciones de sus calles céntricas a Parques. Y como también he mencionado con anterioridad, encararon la ruta a Chile por el Paso Puyehue –paralizada por largos años a partir de 1944– y crearon una caja de préstamos para la construcción de hoteles privados. Todo esto sólo en el Parque Nacional Nahuel Huapi, lo que evidencia el poder de la institución y de su factótum, Exequiel Bustillo.

El hotel Llao Llao merece un punto aparte. La concepción del mismo, con todas las comodidades de un establecimiento urbano de lujo, en medio de bellezas sin par y con opciones campestres y deportivas, ya había sido pensada por Emilio Frey y Primo Capraro. Pero fue Bustillo quien lo llevó a cabo, con arquitectura de su hermano, logrando un emprendimiento, decían, sólo comparable con un par de ofertas en Suiza, como el Palace de St. Moritz, o algún otro hotel de Estados Unidos o de Noruega. Bustillo imaginó y concretó un proyecto “*first class*”. El hotel, sobriamente suntuoso, debía funcionar como un imán de visitantes de las elites del mundo, cuya presencia iba a propulsar el desarrollo turístico en toda la zona, cumpliéndose de esa forma con el fin de colonizar y nacionalizar tierras argentinas olvidadas. Nunca dejó de insistir que su proyecto turístico debía leerse en clave de empresa civilizadora. Y ya que hablamos de civilizar, cuando el arquitecto E. Estrada le presentó el plano del Centro Cívico para S. C. de Bariloche, Bustillo completó la idea con una estatua de Julio Argentino Roca, el gran civilizador, ocupando el centro de la plaza. La Patagonia le debía un

homenaje al Conquistador del Desierto, al libertador de la ocupación indígena. Bustillo pidió a su vez que la explanada del Centro Cívico se denominara Plaza de la Conquista del Desierto. Al final quedó con el nombre de Expedicionarios al Desierto. No puedo dejar de recordar que Roca, durante su primera presidencia, había residido en la casa del abuelo materno de Exequiel Bustillo, don Francisco Madero, quien era además el vicepresidente.

El Hotel Llao Llao fue el primer desafío que se propuso para iniciar la larga tarea de Parques. Había que comenzar bien arriba, discutiendo proyectos y problemáticas sentado en la galería de un sueño de primera clase. Su hermano Alejandro viajó a Bariloche el mismo diciembre de 1934, muy poco después de haber sido promulgada la ley de Parques, para confirmar el futuro emplazamiento del gran hotel. Fue concursado en 1936 –ganó el dibujo de Alejandro– e inaugurado en enero de 1938. Construido completamente en madera, antes de cumplir los dos años de vida fue consumido por el fuego. Respetando el diseño original pero con paredes de mampostería y estructura de hormigón, y bajo la supervisión *ad honorem* del mismo hermano, en trece meses se rehízo de cero. Algo increíble para la época, para el lugar y, hay que decirlo, para la administración pública. Incluso para hoy, setenta y cinco años después. La primera versión del hotel ya había obtenido brillo de alcance internacional. Sería visitado por duques, príncipes y reyes que sobrevivían muy bien a los embates democráticos, y por un buen menú de apellidos patricios del mundo. Las celebridades perdurables y

las efímeras constituían una excelente promoción, y una irresistible atracción para los nuevos ricos.

También Villa La Angostura merecería su punto aparte por la fama obtenida. Recordemos que el primer loteo de parcelas urbanas y varios lotes periurbanos de 600 y pico de hectáreas fueron aprovechados sobre todo por amigos y parientes de E. Bustillo. Supieron escuchar sus consejos, y ahí estaba Cumelén para mostrar qué se podía hacer. Sara Madero de Demaría Sala, prima hermana de Exequiel Bustillo, de Exequiel Bustillo Madero, encargó años después a Alejandro B. la construcción de El Messidor, una edificación inspirada en un castillo del sur francés levantada sobre un predio de 36 hectáreas con costa de lago. Villa La Angostura se transformaría en el punto central del corredor turístico Bariloche-San Martín de los Andes. Pero para tranquilidad y exclusividad de los primeros propietarios veraniegos, el pueblo pasaría de la zona del puerto a ocupar un extenso mallín ubicado más arriba, a un par de kilómetros. Ya lo he mencionado páginas atrás: no fue casual que Villa La Angostura careciese todavía en 1948 de una lancha pública propia, capaz de conectar y mejorar la vida de los pobladores dispersos en ambas costas del lago, así como facilitar a otros el acceso a la zona. Esa carencia contribuyó a preservar la exclusividad, sin duda, un objetivo de Bustillo y de sus conspicuos vecinos. Durante mucho tiempo los residentes dispusieron únicamente de las lanchas de transporte provenientes de Puerto Pañuelo –Llao Llao– para cubrir ciertas necesidades. Regularmente cruzaban el lago con

embarcaciones muy precarias, motivo por el cual no faltaron ahogados. A raíz de la botadura del buque turístico Modesta Victoria, el propio Bustillo cuenta en *“El despertar...”* que *“Los pobladores navegaban a remo, ayudados con un palo y un trapo que con buena voluntad se podía llamar vela.”* Por supuesto que la Estancia Lynch, la de los Ortiz Basualdo, otros amigos de Bustillo y las buenas familias que se sumaron, tenían sus embarcaciones a motor.

Vital fue la colaboración de su hermano Alejandro, considerado uno de los mejores arquitectos de la historia argentina, junto al equipo de Arquitectura de Parques. De la mano de uno de sus integrantes, el arq. Ernesto de Estrada, salió el Centro Cívico de Bariloche. Del tablero de Alejandro Bustillo, varios edificios de Parques, el prototipo de casa para los guardaparques, la catedral neogótica de Bariloche, el Hotel Llao Llao y las tres capillas del Parque; mejoras diversas como muelles e incluso la cartelería del Parque, todo ello sin contar las propiedades particulares, como El Messidor de Villa La Angostura. Los edificios de los parques nacionales Lanín y Los Alerces también tienen el trazo de Alejandro Bustillo, así como la Intendencia del Parque N. Iguazú, lugar donde diseñó además el Hotel Cataratas. En Buenos Aires proyectó, entre otros, el edificio del banco Tornquist, el edificio Martínez de Hoz y el Museo Nacional de Bellas Artes; las mansiones céntricas de Enrique Duhau, Federico Martínez de Hoz y Carlos A. Tornquist –el mismo que integrara la Comisión Pro Parque del Sud–. En Mar del Plata, el Hotel Provincial, el Casino y la rambla de la Playa Bristol. Varios chalets

marplatenses notables de estilo pintoresquista, como Villa Devoto y Villa Ayerza –ambas reconocidas familias emparentadas con los Bustillo–, también fueron dibujadas por él. Diseñó y remodeló casas de campo y cascos de estancias, entre ellas la de los Uriburu Anchorena. Según su punto de vista, el edificio del Banco de la Nación Argentina en la Plaza de Mayo de Buenos Aires fue su obra maestra. Este punteo incompleto ilustra quién se ocupaba de la arquitectura del proyecto turístico-conservacionista más importante del país. Al menos en las obras para Parques y otras relevantes, Alejandro B. no intervenía en la construcción. La obra se licitaba. Dicen que ex profeso no habría cobrado un peso por el doble Llao Llao. Tampoco por la monumental obra múltiple de Mar del Plata –ordenada por su otro hermano, José María, ministro de Obras Públicas bonaerense en el gobierno del Dr. Fresco– y muy poco por el diseño del Banco Nación. Nadie menciona que haya pasado hambre. Debía cobrar por otros dibujos, y además era un Bustillo. Queda a la vista que no se preocupó por el hábitat de los sectores mayoritarios. Excepcionalmente habría diseñado un barrio obrero. Pero sin dudas era un proyectista brillante. A veces pienso que el sueño cordillerano de Exequiel Bustillo fue dibujado en buena medida por su hermano Alejandro.

Parques desarrolló su arquitectura regional en un montón de emprendimientos turísticos y en casi todos los edificios de las instituciones públicas asentadas dentro del Parque. Aplicaron un estilo pintoresquista basado en el paisajismo europeo, particularmente francés. Es decir, un

estilo emparentado con aquellos traídos por los inmigrantes europeos. Cada edificación importante debía combinar sus formas con las líneas y otras características del paisaje. A tal punto persiguieron sus objetivos estilísticos que derribaron el edificio del Banco de la Nación Argentina construido en 1920, no hacía mucho, y levantaron uno nuevo. Quizá sea un poco exagerado reducir a la obsesión de estilo la reedificación del banco, pero... En la suiza argentina, el Hotel Llao Llao, un chalet inmenso de estilo normando, fue el principio, la cumbre y el faro del criterio. Bariloche no podía ser un pueblo cortado con la misma tijera rudimentaria con que se armaban todos los pueblos del país –palabras de Exequiel Bustillo–. Debía tener rasgos típicos, diferenciados, que la identificasen y convirtiesen en un centro turístico internacional.

¿Cómo separo el hecho de que la política centralizada y verticalista de Parques, basada en una concepción elitista de la conservación y el turismo, con una imposición arquitectónica también selectiva, evitó por varias décadas que la zona quedara expuesta al criterio de los empresarios, que salvo excepciones no se inmutan por anteponer la maximización de la ganancia a cualquier cuestión identitaria o estilística? ¿Cómo encajo disfrutar la costanera de Bariloche, las salas del Centro Cívico, las casas de los guardaparques y las intendencias, con mis cuestionamientos a la idea política que los creó y legó? ¿Por qué tantas veces la belleza está anclada en proyectos que merecen o deberían merecer nuestro rechazo? ¿Alguien cree honestamente que el problema se resuelve

declarando que se trata de un concepto burgués de la belleza? ¿Cómo evito convalidar esa gestión si sobrevuela mi admiración por lo que hizo? Las realizaciones destilan tal contundencia transformadora que parecen ser capaces de licuar los costos y secuelas sociales y culturales. Es casi como estar a un paso de darle a Bustillo la razón, de que todo tiene su sacrificio pero que el resultado justificó. ¿Algo semejante a lo que ocurre con las “zonas de sacrificio” de la actividad petrolera, que tantas esperanzas entrega al futuro de la nación? No, por favor, no. Hay que tener cuidado con las libertades que se toma la asociación. Me niego a empetrolar la esperanza, a idolatrar cualquier clase de crecimiento –en especial el del consumo–, apoyado, encima, sobre un modelo extractivista-exportador –soja, petróleo, gas y minerales–. Quiero un crecimiento de las limitaciones sobre el desarrollo, de las selectividades, aunque no en la dirección de Bustillo. Los pobladores rurales o semirurales pagaron un precio altísimo y de ninguna manera inevitable. Pero nadie puede obviar el resultado de una protección rigurosa que hoy permite que miles de hectáreas estén nuevamente cubiertas de bosques, después de haber sido limpiadas por explotaciones indiscriminadas.

No porque la historia destile ironía por todos lados debe aceptarse que esta ocupe un lugar de valor en el terreno de las realizaciones. Por eso no podría acompañar ninguna reivindicación dirigida a levantar un monumento a Bustillo, quien sobre una concepción basada en la injusticia, dio vida y crió nada menos que a una institución de la importancia de

Parques Nacionales. El problema no es sólo que esas cosas se hayan hecho o se hagan con altos costos sociales, sino que además terminan siendo naturalizadas. Y lo natural, con facilidad, se torna legítimo.

A favor de la memoria histórica, alguien planteó alguna vez por qué no respetar los monumentos que más cuestionamos y levantar al lado otros con la contracara.

Desde mi infancia europea talla todavía con fuerza el paisaje. Y tengo la impresión de que con los años se ha ido diluyendo el 'todavía' y talla cada vez más fuerte. Disfruto de la estética del pintoresquismo europeo, del uso de materiales nobles, de los techos a varias aguas, de los canteros colgados bajo ventanas de dos hojas con vidrio partido; los prados verdes, los cercos de madera o piedra, bosques y montañas, los muelles, la bruma que cambia, la ropa que se usa en zonas frías, la nieve. El pasado nos desbarranca. Antes que por su peso, porque se para delante nuestro. Nos arruina los caminos y las nuevas certezas obtenidas con esfuerzo. Me confunde. En términos de ortodoxia ideológica, siempre he estado flojo de papeles.

La belleza de Bustillo es también mi belleza, pero nunca andaría con finas botas largas y *breech*.

Aunque ya figuraba en los primeros borradores del Parque Nacional del Sud, recién después de la gestión de E. Bustillo se sacó del cajón el objetivo científico del Parque. Esto es, la investigación de especies animales y vegetales

autóctonos, de las relaciones entre sí y con el medio, más el estudio de suelos y los efectos del accionar del hombre en el área. Hasta mediados de los 40, casi todo lo que se hacía con la naturaleza giraba alrededor del interés paisajístico para el turismo. Vale recordar que los propios referentes del Parque Nacional del Sud, y después del Parque Nacional Nahuel Huapi, trajeron de cualquier lado especies exóticas sólo por el hecho de que les gustaban y les proveía, en el caso de los animales, de nuevas emociones de caza. Además de las forestaciones privadas con objetivos comerciales realizadas con especies no nativas, durante la gestión de Bustillo quisieron reforestar con pinos y otras foráneas miles de hectáreas incendiadas intencionalmente o por eventos naturales. Buscaron para ello asesoramiento en distintos países del mundo y potenciaron el vivero de la isla Victoria. Ciertamente es que los negocios de la madera y del ganado habían arrasado grandes extensiones de bosque nativo. Sólo basta echar una mirada a algunas viejas fotografías. Antes de levantarse el hotel Llao Llao, un visitante ilustre comparó la colina del Llao Llao así como la península de San Pedro con Verdún, una ciudad francesa devastada en la Primera Gran Guerra que fuera popularizada como sinónimo de arrasamiento.

Con un compromiso de plantar como mínimo tres hectáreas, Parques entregaba a los propietarios privados plantines de exóticas gratis. Doscientas mil plantas fueron para el brazo Huemul. Puedo suponer con tranquilidad que el bosque de arrayanes de la ex península Beatriz, que fuera propiedad de O'Connor, se preservó porque no lo

descubrieron. Y que luego se salvó porque Lynch se dio cuenta que podía cobrar la entrada a pudientes para verlo. Quizá es demasiada ironía. Sigamos. En los pequeños cascos urbanos y en todas las buenas propiedades, proliferaron las plantas ornamentales foráneas, con árboles y arbustos con alto poder de propagación sobre el bosque nativo. En la isla Victoria, aparte del vivero, la gestión Bustillo intentó crear un paraíso exclusivo de caza. Trajeron cien ciervos axis de la estancia La Barra de San Juan, ubicada en el Uruguay y propiedad de Aarón Anchorena, así como faisanes del criadero de Natalio Botana de Don Torcuato, provincia de Buenos Aires. Todos los bichos donados. Años después organizarían los cotos de caza. De anteponer el ojo turístico al conservacionista, surgieron varios proyectos de canalización que no se llevaron a cabo. Quisieron extender la navegación del Nahuel Huapi al lago Moreno Oeste y al lago Correntoso, así como abrir el istmo de Villa La Angostura para conectar Bahía Mansa con Bahía Brava. E incluso permitir la navegación entre el Nahuel Huapi y el lago Traful, regulando el río Limay y el río Traful con esclusas. O sea, en sintonía con el sueño de Lapalma, quien había pensado que con su *raid* náutico podía interesar al Gobierno nacional en el tráfico fluvial de embarcaciones livianas, con sólo hacer volar algunos peñones y disponer de un dragado regular para los bancos de arena y piedra.

Aclaración prescindible. He usado la palabra “Sud” para un Parque Nacional escrito también como “Sur”. En general

prefiero preservar los nombres tal cual la costumbre de entonces. Y si se emplearon dos acepciones, como en este caso, me inclino por el que haya sido más usado. Sobre el empleo en aquellos tiempos de esta palabra, pueden ojear viejas fotografías de estaciones de trenes, parajes o carteles de comercios.

En 1922 Emilio Frey publicó un reglamento provisorio como ““Encargado de Territorio del Parque Nacional del Sur”, no “Sud”. Ese mismo año, en la ampliación de la superficie del Parque, la Dirección General de Tierras del Ministerio de Agricultura utilizó también el término “Sur” para los “Considerando” previos al decreto presidencial. Pero el decreto propiamente dicho, renglones más abajo, usó la palabra “Sud”. Firmado, presidente de la Nación, Yrigoyen. Reactivada la comisión pro-parque en 1933, aplicaron el término “Sud” para designar al Parque Nacional, más allá que el coqueto E. Bustillo, integrante de la misma, en su autobiografía zonal escrita tres décadas después, usó el término “Sur”.

Los intrusos

Si hubo que aguardar años para que el objetivo conservacionista del Parque contemplara el interés científico, mucho más hubo que esperar para poner en valor los

padecimientos de los pobladores rurales sometidos a las decisiones de la institución. Bustillo tenía debilidad por la zona, por lo que se encargó de que la jefatura de este Parque fuera especialmente estricta con los “intrusos”. En esto también dejó huella, respetada con religiosidad por sus sucesores. “Intrusos” eran los pobladores rurales pobres de origen mapuche o chileno, y algunos mezclados o criollos. No sólo eran “intrusos” en términos de ocupación, sino también de clase. En la práctica este detalle extendía la condena por fuera de la ocupación de un pedazo de tierra determinado.

Parques impuso drásticas restricciones a la cría de animales, a la extracción de madera para leña u otros fines, a la limpieza de un cuadro para sembrar alfalfa, aún para uso familiar. Todas las actividades ligadas al uso de espacios o aprovechamientos de recursos naturales estuvieron regladas para los pobladores. Una circular fijaba qué animales se permitía criar, qué cantidad por familia y cuáles estaban expresamente prohibidos, como las chivas y los chanchos; qué mejoras se podían realizar en las viviendas y en las instalaciones y cuánta madera se podía tomar. Sólo Parques entregaba cupos de extracción en subastas aprovechadas por lo general por las madereras.

Se ajustaron las reglas sobre los derechos posesorios, en vida y sobre la descendencia. Quienes poseían permisos de ocupación, los conservaban sólo mientras la misma fuera efectiva. A su vez, dicho permiso se otorgaba únicamente a la cabeza de la familia, lo cual impedía el fraccionamiento de la tierra entre los deudos. Un solo descendiente podía recibir la

extensión del permiso precario de ocupación, provocando problemas familiares y desgarramientos. Claramente se obstaculizaba el enraizamiento al lugar, así como se cerraba toda posibilidad a integrarse en comunidades con propiedad colectiva.

Cualquiera actividad productiva, de subsistencia o de esparcimiento estaba sujeta a obtener un permiso previo y a ser controlada por la autoridad, los guardaparques. Muchos de ellos porteños, sumaban al cuidado del bien turístico y natural los ‘cotos privados’, así como realizaban pasadas por las “poblaciones” para ‘vigilantear’. Controlaban también el pago del canon de pastaje, cuando no cumplían la función de juez y verdugo. Reconozcamos también que a veces oficiaban de mensajero o de consejero, y como algún relato señala, incluso de doctor.

Los permisos precarios de ocupación podían ser revocados en cualquier momento. Por decirlo de alguna manera, venían troquelados con la expulsión, sin compensación alguna de Parques. No ocurría lo mismo con la mayoría de los colonos europeos, ni menos con los *pioneers* o los grandes propietarios nuevos. Lógicamente que algunos de éstos debieron adecuar sus negocios, pero bajo amparos o resarcimientos varios, como corresponde a un señor. Igual, siempre nos van a hacer recordar que después les caería encima la noche peronista –sólo a unos pocos–. Noche que se le dio por ponerse a socializar bellezas, incluyendo en el goce a sectores sociales vedados al turismo.

Muchas familias pobres..., quiero decir, empobrecidas por olvidos, entrega de tierras y colonización blanca, fueron obligadas a emigrar fuera de los límites del Parque. Sobre todo los descendientes, al momento de constituirse Parques, impedidos para desarrollar sus actividades agrícolas, ganaderas o forestales de subsistencia. Los más suertudos lograron conchabarse con Vialidad o con el mismo Parque. Otros, trabajar como peones de campo en alguna estancia o en tareas de mantenimiento, jardinería o limpieza en algún hotel, hostería o casa de veraneo. Años después se sumó la oferta del trabajo orquesta y temporario en estancias ubicadas dentro del Parque que fueron reconvertidas para turismo ultra exclusivo. Con el excedente humano del Parque, más el aporte de otros emigrados, se formó la periferia urbana de Bariloche y de la pequeña Villa La Angostura, barrios que tomaron anchura a medida que maduraba el proyecto turístico general. Parte de los “intrusos” fueron entonces forzados a reubicarse y reciclarse para hacer posible el proyecto que los había condenado.

Las restricciones sobre quienes fueron autorizados a permanecer en sus “poblaciones” impactaron también en sus prácticas comunitarias y en el acervo cultural general. Habían tenido por costumbre reunirse con vecinos cercanos, y no tan cercanos, para preparar o cosechar los cuadros de papas y arvejas, levantar el galpón que tumbó la nevada o realizar la marcación anual. Celebrar asimismo ritos como el *Wiñoy Xipantu*, el Año Nuevo, que por sincretismo religioso y para evitar conflictos pasó a ser festejado como la católica fiesta de

San Juan, una conmemoración que en realidad es deudora de viejas celebraciones paganas al mismo solsticio que celebraban por aquí los mapuches en el *Wiñoy Xipantu*. Décadas después, cuando la flamante provincia de Neuquén comenzó a reconocer comunidades mapuches y cuando el parque nacional contiguo, el Lanín, ya desarrollaba una política menos rígida con los pobladores preexistentes, el Parque N. Nahuel Huapi continuaba aplicando trabas y barreras, entre ellas la prohibición a reunirse y convivir en comunidades formadas por una o varias familias. La comunidad unifamiliar de los Cayún, admitida en los años 60, fue una excepción. Los mapuches fueron forzados a abandonar su identidad y muchos chilenos su nacionalidad. La discrecionalidad sobre estas decisiones era parte del privilegio del Parque a funcionar como una gran isla autónoma dentro de las provincias de Río Negro y Neuquén. Mientras ambos territorios adquirieron status provincial recién en 1957, el Parque 'ejercía' derechos adquiridos con anterioridad y, además, de carácter nacional. La situación no libraba a las provincias de tener que atender problemas sociales de pobladores mapuches o no y cuestiones de los poblados crecidos dentro del Parque. Pero hay que señalar también, en relación a los mapuches, que más allá del sincero interés del Parque N. Nahuel Huapi de sacar al pobretaje excedentario de sus dominios y hacer con otras cosas lo que le venía en ganas o en planes, el sistema jurídico nacional y la clase política argentina en general nunca se plantearon hasta los tiempos del Bicentenario de la Revolución de Mayo otorgar a la propiedad colectiva status legal dentro

del Código Civil, lo cual denotaba la vigencia del pensamiento sarmientino, mitrista y roquista –después de más de un siglo– sobre la problemática indígena. Neuquén, entre las primeras provincias, avanzó sobre el paquidermo otorgando personerías jurídicas a comunidades asentadas sobre tierras fiscales a las que habían sido corridos. Pero quienes estaban dentro del Parque, del lado neuquino o rionegrino, debieron esperar varias, pero varias décadas más hasta que la política retrógrada del no reconocimiento al pueblo preexistente y del segregacionismo, cediera a las demandas. Cambios profundos recién llegaron iniciado el nuevo siglo. En el 2012, luego de haber reconocido por lo menos a seis comunidades mapuches, el Parque implementó un plan de comanejo intercultural de las tierras usadas por las comunidades. Casi al mismo tiempo comenzó a editar un periódico de interesante tirada y distribución gratuita –único caso en los parques– además de emitir un programa televisivo semanal y un programa radial por Radio Nacional Bariloche. La cuestión de la interacción con los pobladores urbanos y rurales, con las comunidades, así como la educación ambiental en general, pasaron a tener bastante importancia.

En los alrededores de Traful

Antes del Censo Ganadero de 1930 y del Censo de Pobladores de 1934, nadie tenía demasiada idea sobre la cantidad de pobladores que vivían en los bosques. Con esos registros pudimos enterarnos que en las costas del lago Traful, desde el año 1912, los Gatica criaban ganado, hacían cuadros de papa, sembraban hortalizas, trigo y pasto, cuidaban frutales, trabajaban la madera y tejían en telar. A pesar del apellido vasco o navarro adquirido en Chile, mantenían sus tradiciones mapuches al interior del seno familiar. Como cuentan los mayores, muchas mujeres respetuosas de las tradiciones se hicieron católicas. O supieron aparentarlo hasta que se volvieron devotas. El sincretismo antropológico parecía equilibrar las cosas. Sin embargo, cada tanto, algunas sentían la necesidad de sacar la cabeza de la iglesia.

Los Guzmán también habían llegado en los comienzos del siglo desde el otro lado. Sirve aclarar que cruzaron a caballo, pues no era tan raro que atravesaran la cordillera a pie. En realidad no cruzó Guzmán sino la viuda, Doña Juana María Antimil, con sus dos hijos, Adelina y Ernesto. Don Rosauro Guzmán había partido antes para otro lado. Como tantos más, llegaban en busca de tierra para sobrevivir hoy y para que los hijos tuvieran donde estar mañana. Unos, porque en su tierra natal los corrían de los terrenos que ocupaban. Otros, para regresar al punto de fuga de sus vidas o al de la expulsión durante la campaña militar argentina. Incluso hubo algunos que llegaron del este, desde Azul, provincia de

Buenos Aires, producto del orden nacional instalado y de los alambrados. En el ojo *huinca*, la tierra dividida en pedazos ampliaba el futuro.

Por la zona de Traful había otras familias mapuches. Todos sobrevivían más o menos con lo mismo: la invisibilización de la identidad y pertenencia a una comunidad, más algunos cultivos de verano, frutales y un poco de ganadería mayor y menor. Por costumbre, daban una mano al nuevo. No sólo con brazos sino cediendo inclusive una parte de la tierra para labrar. Hecha ya muy abuela, Doña Juana María Antimil seguía figurando en 1965 como cabeza de familia, asentada en una casa que levantó justo donde después armaron el centro de Villa Traful. La abuela hablaba el *mapudungun*, la lengua, pero por vergüenza –el mejor candado dejado por los conquistadores argentinos a los colonos europeos– y por conveniencia, no la transmitió a ninguno de sus hijos. Sólo conversaba en lengua con otras vecinas, más o menos de su edad, y sin niños de por medio. Les tenían prohibido escucharlas. Puedo entenderlo. Mi bisabuela dálmata (Croacia), desembarcada en Buenos Aires en 1898, hizo lo propio con sus hijos. Quizá con menos conciencia de la ‘derrota’ que una familia mapuche, gracias a la posibilidad de emigrar con la salvadora idea del ‘progreso’ y gracias a su instrucción personal. Ella quería que sus hijos crecieran en perfecta adaptación al medio que les tocaba vivir. Sin atávicos. Tenía la familia demasiada historia detrás. Ya llegaría el momento de recuperarla, pero después de haber alcanzado

metas, realizaciones, cimientos, ayudados por la levedad del equipaje.

Como en la mayoría de los bosques, por Traful también había díscolos. El mapuche Colliper pasó su vida trabajando de estancia en estancia, en contacto con blancos. Sin embargo, enseñó a sus hijos a contar en lengua, y además les romanceaba. Y si no entendí mal, lo cual sería una lástima, uno de los hijos de la viuda Juana María Antimil, Ernesto, levantó el apellido materno mapuche y lo proyectó en su hijo Raúl. Ernesto tuvo a su hijo con la hija de Tomás Gatica, otro mapuche chileno apellidado español. Digo, no todos callaron. Y quiero decir también que callarse no fue sólo adaptación. Más justo sería decir sobrevivencia. Algunos investigadores y defensores de la causa mapuche sostienen que era también una forma de resistencia. O sea, formas de convivir con un medio que, antes de nada, los descalificaba por tener sangre mapuche, para después hacer el favor de darles trabajo. Todo ello en un contexto de políticas estatales que luego de las barbaridades históricas conocidas, fue responsable por acción u omisión de un largo etnocidio: la sistemática y silenciosa destrucción de los modos de vivir y pensar indígena.

Hay que recordar que hasta no hace tanto tiempo, se negaba toda entidad idiomática a la lengua mapuche, así como al resto de las lenguas indígenas, por no poseer una gramática desarrollada ni herramientas 'adecuadas' para expresar el conocimiento abstracto de la civilización europea. Con excepciones, durante casi todo el siglo XX se prohibió hablar esos pastiches sonoros en las escuelas argentinas. Hasta el

renacimiento de la democracia de 1983, en el Chaco no era raro que los niños encontrados cometiendo pecado –hablar en *toba* o *qom*– fueran mandados a lavarse la boca. Palabra de Cristina Messineo, lingüista en idiomas originarios. Ganarse una penitencia era menos vergonzante. El mundo educativo consideraba que la práctica de voces primitivas afectaba el aprendizaje del sacrosanto español. No así, por supuesto, el alemán, por no hablar de otros idiomas europeos e incluso el dialecto suizo alemán, la lengua de algún cantón suizo-francés, el retorrománico o lo que mierda fuere.

A los procedimientos punitivos le siguieron las descalificaciones, con su siembra intensiva de prejuicios. El racismo cultural volvía a los mapuches y mestizos seres atrasados, con formatos de vida ineficaces y rasgos salvajes a domesticar. Los convencían de su inferioridad. Jamás podrían haber sido ‘pioneros’. En la mejor de las consideraciones, unos pocos calificarían para ser ingresados al *staff* de “los antiguos”, sin otra relación con el presente más que la anecdótica, la antropológica, la arqueológica o la museológica.

Al crecer la familia, decrecía la tierra para sobrevivir. Ernesto, el hijo de Doña Juana María Antimil que levantó el apellido materno, debió emigrar. Tras una década en las afueras de El Bolsón, regresó a Traful y logró convertirse en un asalariado, peón de Vialidad y de Parques. Se podría decir que tuvo suerte. Quería quedarse y no había muchas alternativas. Estaba rodeado por tierras del Parque y de estancias, una situación que por lo general conducía a vivir en la pobreza. El

turismo llegaría recién un par de décadas después. Otros hijos vigilados por el Parque y, sobre todo, los hijos de los hijos, terminaron mucho más lejos del sistema de vida tradicional y de la producción doméstica. De acuerdo a la demanda de mano de obra, fueron engrosando los bordes de San Martín de los Andes, Villa La Angostura y en especial Bariloche, centro del proyecto Bustillo. Los menos accedieron a dependencias estatales, trabajar en mantenimiento semiestable de emprendimientos turísticos o como caseros de propiedades privadas.

El hijo de Ernesto, Raúl, siguió el camino del padre. Asalariado el joven, pero en Bariloche. Con el tiempo se transformó en propietario de un lote y de una casa. Tuvo sin embargo que regresar al bosque, para no perder la “población” de su familia. Condición de Parques, claro que no para las estancias ubicadas dentro del Parque.

La Estancia Trafal, vecina de esas realidades, tuvo un derrotero bastante diferente. Propiedad de los norteamericanos Newbery y Taylor, era usada como campo de veranada, sin muchas más mejoras que unos cercos y un puesto. Rebautizada La Primavera, sus 7.500 hectáreas con costa de lago y embocadura del río homónimo quedaron por algunos años en manos de los Taylor, familia de Fanny, mujer de George Newbery. Hasta que la vendieron en 1924 al inglés Asaha Bell, titular del Ferrocarril Chubut, quien la alquiló a otro inglés, conocido como Davson y escrito Dobson. Bustillo prefiere reproducir otra versión: que el comprador no era el inglés Asha Bell, presidente en realidad del directorio del

F.C.C. Argentino (Ferrocarril Mitre), sino su hijo Henry Bell, quien había terminado en la cordillera muerto por una pollera anglo-patagónica. Según Bustillo, la estancia de 10.000 hectáreas –2.500 hectáreas más– tampoco fue comprada a los Taylor-Newbery sino a Neil, que suponemos el irlandés Enrique Neil, socio del norteamericano Jarred A. Jones en la primera proveeduría ubicada en la boca del Limay. Henry Bell edificó la casa e incorporó mejoras, entre ellas una huella que unía la estancia con la boca del Limay –primer camino que comunicó el gran lago con el Valle Encantado–. La estancia producía ganado bovino y lanar y acogía a algunos pescadores. Con el tiempo el matrimonio Bell se habría secado y, según Bustillo, Henry B. alquiló la propiedad no al inglés Dobson ni Davson sino a Guy Dawson –Emilio Frey lo escribe del mismo modo–. Este inglés abrió la senda del turismo, transformando el cabañón en la primera hostería de Traful. Con eso están todos de acuerdo.

Durante 1935, en plena aplicación de restricciones a los pobladores asentados dentro del Parque, la Estancia La Primavera pasó de las manos del inglés a las del francés Felipe Larivière. Sir Henry Bell ya había vuelto a Inglaterra y Felipe L. viajó a cerrar la operación. El libro *“La Patagonia vendida”* de Gonzalo Sánchez, ilustra muy bien el devenir de este paraíso y de otros sueños norteamericanos y extranjeros cumplidos. Larivière agrandó su estancia a 10.000 hectáreas –he aquí, quizá, el error de Bustillo–. Entre tantas visitas recibidas, descansó en la misma el vicepresidente de facto E. Farrell y su comitiva, alojados en ocasión de los actos de inauguración de

la estatua al perito F. P. Moreno en San Carlos de Bariloche, promovida por Exequiel Bustillo. El presidente norteamericano Eisenhower, todavía en ejercicio, también eligió la estancia de Larivière para relajarse, así como algún duque, embajadores y demás.

Tras la muerte de Felipe en 1975, dividirían la propiedad entre sus dos hijos, Maurice y Felipe hijo. Separadas por el río Trafal, la parte norte pasó a ser la Estancia Arroyo Verde de 6.000 hectáreas y la parte sur, de Felipe hijo, conservaría el nombre de Estancia La Primavera. Con el casco sobre un risco y 4.000 hectáreas, sería frecuentada por amantes de la pesca y la naturaleza. Los Larivière, así como tantos adquirientes de tierras andinas, eran hacendados de la provincia de Buenos Aires e integrantes de la alta sociedad. Felipe (h.) presidiría Parques Nacionales durante catorce años (1976-1981 y 1993-2000), dejando al país más parques nuevos que ninguna otra gestión. José Alfredo Martínez de Hoz era uno sus amigos. Las relaciones cultivadas por su hermano Maurice no le fueron en zaga. Disfrutaron de su estancia Arroyo Verde, entre otros, Henry Kissinger y la Infanta Cristina de España. Como cualquiera puede leer en la página web de la estancia, en 1979 Maurice L. organizó en su campo cordillerano el casamiento de una de sus hijas, con mil invitados. La ceremonia religiosa fue oficiada nada menos que por el entonces arzobispo de Paraná y vicario general castrense, Monseñor Tortolo, hombre que bendecía las armas que eliminaban de forma expedita a los “subversivos”, que

justificaba la tortura –estuvo con torturados– y que encubrió desapariciones.

En 1996, al momento de vender Felipe hijo las ahora 5.000 hectáreas de La Primavera, ocupaba el cargo de director de la Administración de Parques Nacionales. El comprador de la exclusiva propiedad, ubicada dentro del Parque Nacional Nahuel Huapi, fue el norteamericano Ted Turner. Todo legal, de acuerdo a las normativas de Parques, que otros propietarios-funcionarios como Larivière décadas antes supieron definir. Basta recordar a Ortiz Basualdo, Lynch y el primer presidente de Parques, Exequiel Bustillo. A diferencia de los pobladores sometidos a permisos precarios, se amparaban en títulos definitivos. Y a veces corría la vista gorda si algún estanciero quería subdividir. Ted Turner es originario de Ohio, como lo era Fanny Taylor, la mujer del propietario original, G. Newbery. Fundador de la cadena televisiva CNN, primera en transmitir noticias las veinticuatro horas, Turner había agregado a su haber el holding de la comunicación Time Warner entre otras cosas, mientras se volvía un activo conservacionista de recursos naturales –2 millones de hectáreas acumuladas en Estados Unidos para ese fin–. La estancia no era productiva, en términos tradicionales, por restricciones de Parques a la deforestación y a la extracción de minerales. Pero sí potencialmente rentable de otra forma, a la que Turner no necesitaba recurrir para disfrutarla los veranos. Ya usaba sus otras dos estancias argentinas, Collón Curá y una en Tierra del Fuego, como *lodges* de caza y pesca. En total sintonía con la Intendencia del Parque Nacional y

como ocurría cincuenta o sesenta años atrás, el personal de Turner tuvo más de un encontronazo con pescadores y con pobladores que querían usar los pastos junto al río para sus animales.

Turner no fue el único norteamericano que tras una excursión de pesca con mosca o de caza terminó enamorado y propietario de campos en la Patagonia. Él llegó por primera vez en 1995 y compró en 1996. Herman Warden Lay Junior por su parte, conoció estas tierras en 1990. Tras años de viajes a la Argentina con sus amigos para pescar, cazar y hacer negocios, compró las 80.000 hectáreas de la Estancia Alicurá en 1998. Ubicada sobre el río Limay, en la zona del río Collón Curá y el Caleufú, la estancia pertenecía a los Benetton –Compañía de Tierras Sud Argentino–. Turner y Lay estaban fascinados con el estado prístino de la naturaleza y la falta de población. Se sentían en tiempos del Far West, pero con medios para volver en doce horas a sus posesiones en Atlanta y Dallas, al rancho de Texas o a donde fuere. H. W. Lay había heredado el emporio de la papa frita y los snacks –Pepsico; papas fritas Lay’s–. Fundó la cadena de comidas rápidas Pollo Mundo y se convirtió en dueño de Pepsi México, la embotelladora más grande del mundo después de la de Estados Unidos. Además era la cabeza de una corporación transnacional de empresas que iban desde el turismo y la hotelería a los vinos –en Argentina asociado con Reina Rutini de Mendoza–. También se dedicaba a las inversiones inmobiliarias, los negocios publicitarios, agropecuarios, la aviación y la exploración petrogasífera. A diferencia de Turner, le interesaba sumar a las

bellezas recreativas buenos negocios ganaderos y de turismo selectivo. En este último rubro, y sólo sobre la Estancia Alicurá, reconocía embolsar por año un millón de dólares, un negocio excelente en relación con la inversión y los costos de mantenimiento. Lay conocía a Turner, así como a Bush hijo, entre otros. Pasaba en estas tierras el verano con su familia, a veces entre dos y tres meses. Se convirtió en un gran impulsor del turismo selectivo norteamericano en la Argentina, al punto de ser nombrado por el presidente Fernando de la Rúa delegado honorario por la Argentina ante el Ministerio de Turismo de los EE.UU.

Los pobladores rurales no participaron de la venta en oferta pública de cuarenta lotes –cincuenta y tres, según Berjman y Gutiérrez– dispuesta por Parques para crear Villa Trafal. ¿Cómo costear las mejoras edilicias exigidas en el plan de urbanización proyectado por el arquitecto Ernesto Estrada de Parques? Era una villa para otros. La presencia de la familia Antimil dentro del cuadrante respondía a que ya vivían ahí, y por alguna razón que no conozco fueron una excepción. Otras familias que ocupaban parte de las 144 hectáreas reservadas para la villa terminaron corridas a otros lugares. Villa Trafal, una de las siete aldeas turísticas planificadas para el Parque Nacional Nahuel Huapi, fue creada en 1936. La subasta de sus lotes, a principios de 1937, despertó escaso interés. Igual, a los indios y chilotes los querían sacar del medio.

Lara Bersten, una antropóloga que investigó los procesos de identidad de Trafal, decía con acierto que Parques

quería un territorio deshistorizado. O sea, eliminar las relaciones históricas de los habitantes con el espacio. Agregaría que no por eso un lugar sin historia. Para Parques, la historia regional había empezado con las últimas campañas de la Conquista del Desierto. Después de ese primer ciclo y tras un período de ‘indeterminaciones’, le cupo a la propia institución de Parques poner de nuevo a la historia en marcha, abrir el camino y conducirla. Y ya que estamos, ¿no fue acaso llamar “desierto” otra forma de deshistorizar?

Fuera del cuadrante a urbanizar no les iba mejor. En toda la jurisdicción del Parque regía el sistema de permisos precarios para la ocupación efectiva, sin tenencia legítima, con riesgo permanente de desalojo por motivos diversos. Incluso comprendía a aquellos que habían tramitado la tenencia de la tierra en la Dirección de Tierras y Colonias de la Nación, antes de la creación del Parque. Asimismo, como ya vimos, el sistema impedía fraccionar la tierra entre los herederos y sólo un hijo podía recibir la transferencia del permiso. Los pobladores componían un factor a eliminar. No es que al echar a un ‘incumplidor’ se beneficiaba a otro poblador. Los querían fuera del Parque. A lo sumo eran tenidos en cuenta como mano de obra, pero jamás considerados parte misma del territorio.

Muchos emigraron. Sobre las razones señaladas se fueron montando otras, producto del proceso de transculturización. Un trafulense decía que el dinero comenzó a valer cada vez más y las personas cada vez menos. Perdía la familia por varios cuerpos en la competencia con el futuro.

También perdían los montes, los mallines, los pájaros, la casa de los padres, la rogativa antes de la siembra; el trabajo conjunto de arado y cosecha, la fiesta otoñal de la marcación, el asado multitudinario. Perdía la reunión ante la desgracia y ante la gracia, la señal lanzada por un aislado después de un temporal de nieve. Perdía la lengua, el *mapudungun*, para evitar discriminaciones y para parecerse. Con el empujón de Parques, algunos aprendieron a darle a lo perdido un nuevo nombre: libertad. No importa si es exacto. Ni siquiera si es un dibujo de otra nostalgia, mía, personal, de alguna mirada que por clavarla demasiado no pude desprender. Pero lo que es cierto, es que el proyecto los tomaría en el mejor de los casos asalariados, dependientes. El gran avance fue ser mucamas y mucamos de cabañas, personal de limpieza, lavaplatos de un restaurant, serenos, peones para tareas generales. En la mayoría, poco y nada que tenga que ver con su experiencia cultural. Ni siquiera con el saber que algunos adquirieron en la escuela rural.

Cuando mis padres nos trajeron a mi hermano y a mí en un Citroën 2CV desde Buenos Aires a la zona, en el verano de 1966, Villa Traful no tenía constituida ni siquiera una comisión de fomento. Los trafulenses tuvieron que esperar hasta 1969 para acceder a derechos de representatividad y a un pequeño presupuesto propio, no sin padecer las disputas y las tensiones entre la Provincia y Parques, que desde Buenos Aires pretendía mantener eternamente las reglas de funcionamiento de la Villa bajo su jurisdicción. Parques atacaba la autonomía provincial y la intención de crear

ciudadanía política. Negaba a la Comisión de Fomento, por ejemplo, derecho a extraer piedra o arena para arreglar caminos empantanados. Recién en 1995 –treinta y ocho años después de la provincialización– el pueblo de Traful dejó de estar bajo la órbita de la Administración de Parques Nacionales y comenzó a funcionar como una localidad provincial neuquina plena. No para todos la nueva trajo lo mejor, empezando por los muertos. El viejo cementerio, lugar de descanso de los primeros pobladores vueltos a asentar tras la conquista, quedó en pleno centro de Traful y a orillas del lago. Quisieron trasladarlo, quedaba feo. Por otro lado, algunos viejos pobladores habían logrado a lo largo de décadas cierto reconocimiento de Parques sobre las tierras que ocupaban, y ahora debían volver a pelear por ellas con la Provincia, dado que nunca habían obtenido títulos a causa del sistema de tenencia precaria de Parques. La Provincia ajustó las mensuras y loteó. Reorganizó las zonas de pastaje y de cultivo y buscó liberar la costa del lago de pobladores. Difícil también la pasaron aquellos cuyas tierras quedaron con una parte dentro del Parque y otra no. Se debían como contribuyentes –pago de cánones– a dos jurisdicciones que por más de cuarenta años se llevaron mal. Con frecuencia, más que los problemas en sí, lo problemático es la rueda de problemas que disparan. Las heridas en las pautas de vida o en los entramados familiares no sanan con los acuerdos posteriores que pudieran alcanzar las instituciones en conflicto. Y no siempre hay retorno.

Desde Confluencia Traful, la hoy ruta provincial 65 remonta el río por su lado sur. Cerca, la entrada a Cuyín Manzano. Después, la estancia La Primavera. Más allá baja el río Minero para tributar también al Traful. Lapalma estaba argentinamente orgulloso con que tantas bellezas naturales fueran protegidas para formar un paisaje de descanso recreativo casi europeo. Se trataba de administrar la belleza y distribuir el 'desierto'. Frente a la depredación de los descendientes de los salvajes y los rotosos avenidos, había que afirmar la civilización.

María Elsa Cárdenas, con bifurcaciones

No todos llegaron buscando tierra. Algunos las tenían en Chile, en las islas, pero no daban para sobrevivir, y faltaba un salario que en los pueblos costeros no podían conseguir. A las estancias y a los emprendimientos de la Colonia pastoril Nahuel Huapi se fue agregando a partir de los años 30 una nueva fauna de propietarios que no necesitaban producir nada para construir sus casas, diseñar los jardines, traer embarcaciones e invitar a los amigos a veranear. Lo único que precisaban era mano de obra para mantener todo eso y

personal de servicio para atenderlos, y resultaba complicado traer planteles completos desde Buenos Aires.

A Pedro Cárdenas, el chilote de las largas peregrinaciones familiares a pie, ya lo he mencionado. Trabajaba como peón de campo en la Estancia Quetrihue, conocida también como Estancia Lynch. Estaba a cargo de los rebaños de ovejas y los caballos, de arreglar los cercos, cortar el pasto para el invierno y lo que el patrón ordenara. En tiempos de plena actividad, la estancia requería de veinticinco peones. El patrón de Pedro, Don Lynch, no necesitaba hacer trabajar esa tierra para sobrevivir, ni posiblemente para pasar los mejores meses del año en su campo con amigos, pero le gustaba hacerlo.

Pedro tuvo dos hijos con su mujer, Elcira Elgueta Mansilla. María Elsa nació en la casa familiar de la isla Tranqui, Chiloé, en 1933. Cada vez que el padre regresaba de Villa La Angostura, enseñaba a María Elsa y a su hermano menor a sembrar y cuidar los animales. A los diez años María Elsa Cárdenas ya cortaba “varones” –estacones usados para cerrar los cercos– y conducía los bueyes. Pasaba la cadena bajo los troncos y las ramas, ceñía el bulto con el argollón y enganchaba el aparejo a la yunta. Logró cursar los tres primeros y únicos años que se dictaban en la escuelita. A los catorce iba al pueblo más cercano a vender charque, roscas dulces, grasa de cerdo, verduras de la huerta y manzanas. También en las islas del archipiélago de Chiloé se aprendía a que la llegada de extranjeros o chilenos ricos permitía volver a la casa con levadura, algo de café, otras exquisiteces y un poco

de plata. María Elsa supo proveer a algunos de esos extranjeros y a incorporarlos como una necesidad. A los quince años, justo cuando llegaron profesores a la isla para dictar las primeras clases del secundario, se mudaron todos al pequeño caserío argentino de Villa La Angostura. Pedro había terminado de levantar la casa. Desde la isla Tranqui, primero había que llegar a Puerto Montt. Después, tomar cuatro colectivos y tres lanchas para llegar a Bariloche. Cruzaron por Casa de Panguí-Laguna Frías. Luego, por el camino de la herradura, hasta Villa La Angostura.

Pedro había construido una casita en el alto, en un sector donde no vivía nadie, cerca de lo que es hoy el populoso barrio Las Margaritas. Todo el mundo conocía a Pedro, así que a menos de una semana de haber llegado, se llevaron a su hija María Elsa para trabajar como ayudante de cocina en el Hotel Angostura. Lavaba verduras, platos o limpiaba la cocina en general. Hasta que, deslumbrada por el trabajo de los mozos, aprendió a preparar las bandejas cafeteras para los ricos que llegaban desde Bariloche en excursión. A María Elsa no la intimidaban los cambios, había tratado con extranjeros y sentía orgullo por su trabajo. No estoy inventando una historia. Sólo reescribo su propio relato publicado en una colección de historias de vida por Archivos del Sur, un emprendimiento editorial de la Biblioteca Popular Osvaldo Bayer de Villa La Angostura.

El Hotel Angostura había sido construido en 1938, con diseño de Alejandro Bustillo. Su propietario original fue el español Copes. Años después fue comprado por la familia

Cilley. En los tiempos en que incorporaron a María Elsa, administraba el hotel Humberto Huber y su esposa, oriunda de Puerto Montt. ¿Sería este Huber pariente de Georg (Jorge) Huber, aquel que usó las tierras fronterizas de El Rincón, al fondo del gran lago, para engordar su ganado, sembrar y demás? Según Francisco N. Juárez, no, porque Georg habría sido en realidad Hube, no Huber, luego pionero de El Bolsón. La “r” final adjudicada al hacendado de Osorno de El Rincón, apenas una deformación, tan habitual en aquellos tiempos, por más que estuviera así escrito en el mapa de la Memoria de 1902 elevada por Argentina al gobierno de su Majestad Británica. Un Jorge Hube, comerciante, estuvo al frente de la comisión de fomento de El Bolsón en 1933, 1935, 1937 y 1939. También un señor Hube actuó como cónsul argentino en Puerto Montt, allá por 1902, poco antes de que el más importante comercio de Bariloche pasara a manos de la firma chilena conformada por los apellidos Hube y Achelis. Dando paso a los Huber, aquel que administraba el Hotel Angostura en 1938, si no fue pariente del hacendado chileno que aprovechaba El Rincón, bien podría estar emparentado con el Huber que en 1917 vivía en Playa Bonita, a siete kilómetros de Bariloche. Pasando a las mujeres, una Huber habría contraído matrimonio con un Capraro. Datos menores, confusos..., entramados.

Tras dejar el hotel después de un par de meses, María Elsa sirvió como mucama en la casa del primer médico de La Villa, el alemán Carlos G. Behnisch, arribado en 1945. El doctor atendía en una sala de su casa. Un chalet grande,

conforme a la memoria de María Elsa. El segundo médico en instalarse en La Villa, pero por poco tiempo, fue otro alemán, el Dr. Klute. Del chalet del alemán Behnisch pasó a la casa de un matrimonio húngaro con tres hijos. Sólo trabajó seis meses. Se cansó, pero no sé de qué. Un matrimonio inglés, Margaret y Jeffrey Knapp –como vemos, todos argentinos–, llegados para administrar la estanzuela Arauco, la buscó para lo mismo, trabajar como mucama. Tenía dieciséis. Margaret era extremadamente quisquillosa con la limpieza y andaba por lo general con zapatos y guantes blancos. No olvidemos el entorno: Arauco estaba a unos kilómetros del pequeño caserío de La Villa, pasando el río Correntoso, y ese camino, como tampoco el que comunicaba con Bariloche, presentaban condiciones como para andar de zapatos blancos. Según María Elsa, todavía a principios de los años 50, para ir y volver de Bariloche con algún recado, había que disponer de un día y medio, es decir, hacer noche en la ciudad. De todas formas, más allá de los zapatos blancos de Margaret y su obsesión por la limpieza en medio del campo, María Elsa recordaba a sus patronos como personas buenísimas. Los ingleses Knapp habían desembarcado en Buenos Aires durante la Segunda Guerra Mundial. Él sería después comisionado municipal, entre el 66 y el 69, durante la dictadura de Onganía. O sea, una suerte de interventor, aunque para todos fue intendente. Y angostureNSE, si no por origen por conclusión, dado que a diferencia de tantos que se fueron a morir a otro lado, está enterrado en el cementerio local. Por caso, el doctor Behnisch murió en Buenos Aires, como otros.

Arauco –vertiente de agua– ocupaba el lote pastoril con costa del lago Nahuel Huapi donde Primo Capraro había levantado el primer aserradero mecánico de toda la región, y donde su mujer regenteaba una modesta pensión y primer alojamiento turístico de la zona. Poseía una importante edificación central y varios chalets ocupados durante los veranos por visitantes acaudalados, con frecuencia provenientes de otros países. Salían en lancha, pescaban, tomaban sol en la playa, buen té y recorrían los bosques y el incipiente pueblo a caballo. Ser mucama en esos tiempos todavía era una tarea muy compleja, con alta demanda de habilidades –sin aparatos ni tantos productos– y criterios de preservación de utensilios y objetos que la posterior exaltación consumista mandó al baúl de los recuerdos en el mejor de los casos. Cómo imaginar que, en pos del desarrollo llegaríamos al desquicio de fabricar aparatos con debilidades programadas para asegurar su reemplazo. Lejos estaba María Elsa de todo eso mientras lustraba los pisos, armaba las habitaciones, preparaba los baños y cuidaba los objetos que no tenía ni podría tener. Permaneció en Arauco un año y medio, hasta que los Knapp abandonaron la estanzuela para encargarse de Inalco, otra propiedad exclusiva y colindante, un poco más alejada del pueblo. María Elsa siguió a sus patrones. Alguien podrá confirmar si el matrimonio inglés reemplazó en la administración de Inalco a dos alemanes, Herman Fromex y Otto Fochinich.

En ambas propiedades, Arauco e Inalco, trabajaría también después Clarisa Quintupuray, del lago Correntoso, y

otros Quintupuray. Jorge Barbagelatta, de la familia de hermanos genoveses llegados al gran lago en 1892, salía a buscar al personal para atender los chalets antes de la llegada de los turistas. Una hermana de Clarisa prestaba servicios en el hotel del Lago Espejo de los Meier, alemanes que antes habían administrado la pensión-hostería de los Capraro entre 1926 y 1935. Otros dos hermanos de Clarisa cortaban leña para el mismo hotel. No fueron los únicos de la familia Quintupuray en atender esta clase de demandas. En los años 40 y 50, antes de abrir una pequeña hostería en la casa familiar a mediados de los 60 –Hostería 7 Lagos–, los Quintupuray surtían con verduras, trigo, avena, leche, manteca y quesos a hoteles y propietarios de veraneo. Las papas, cada dos años, para no cansar la tierra. Algunos turistas regulares les encargaban tejidos que cambiaban por loza o cristales traídos desde Buenos Aires. Otras familias rurales, como los Torres y los Matuz, proveían al Hotel Ruca Malen, en funcionamiento durante los veranos desde mediados de la década del 40. Un circuito con lanchas y trasbordos conectaba al Hotel Correntoso –desembocadura del río Correntoso al lago Nahuel Huapi–, con el Hotel Ruca Malen –lago Correntoso– y el Hotel Pichi Trafal –río Pichi Trafal y lago Trafal–. Las mismas familias de pobladores se ocupaban a su vez de cortar tejuelas de ciprés para las casas y los hoteles. Asimismo, preparaban maderas para reparar puentes y otras mejoras encargadas por Parques. Francisco Quintupuray trabajó hasta jubilarse en Parques. Otro Quintupuray en el cerro Catedral. Otro más en el Hotel Tronador, costa del lago Mascardi, propiedad del

suizo Vereertbrugghen. Llevaba turistas a pescar, en bote, muchos de ellos extranjeros que pasaban entre uno y dos meses de vacaciones.

Inalco –junto al agua–, estanzuela de 460 y pico de hectáreas y un par de kilómetros de costas, también recibía todas las temporadas a visitantes. María Elsa contaba que tenía unas playas de arena envidiables. El lote, antes conocido como Puerto Baratta, fue la primera adjudicación legal de la Colonia pastoril Nahuel Huapi. Federico Baratta, italiano empleado de la oficina de Tierras, se estableció en el mismo en 1903, acompañado poco después por el también italiano Primo Capraro, su socio. Un hijo de este último sería quien vendió la propiedad a la familia García Merou en 1924, de acuerdo con la historia sobre la división de tierras realizada por Emilio Molla (h). Pueden caer en sus manos otras referencias que adjudican la compra específicamente a Enrique García Merou en los años 1936, 1940 o 1943, según lo que le haya tocado leer. Enrique G. M., abogado porteño asociado al exclusivo Círculo de Armas frecuentado por Exequiel Bustillo, era referente de varias empresas alemanas vinculadas con la protección de nazis en la Argentina, con participación en el gobierno de Perón. Sin embargo, según E. Molla (h), el gobierno de Perón luego expropió su propiedad. La ignorancia tiene la virtud de ofrecer un jardín de preguntas. ¿Qué habría deteriorado la relación de García Merou con Perón hasta ese punto? ¿No será que García Merou vendió su propiedad antes de ser expropiada, como hizo Bustillo con Cumelén? ¿Cómo la adquirió sino Jorge Antonio, su posterior dueño? ¿Es que sólo

expropiaron una parte del lote y le dejaron la mansión con suficientes hectáreas alrededor? García Merou encargó el diseño de su casa a Alejandro Bustillo, quien ya le había proyectado una vivienda para rentar en Buenos Aires. En un rincón de la costa norte del lago, apenas superado en belleza por la excepcional bahía de Arauco, construyeron una gran casa de campo estilo francés, integrada a un soberbio complejo de dependencias rurales de una calidad sin equivalencias en la región. Además de recibir a visitantes muy reservados, la estanzuela sería recordada por haber sido un pequeño pero importante establecimiento ganadero. Pero más recordada sería aún por la leyenda –historia, para el periodista Abel Basti y otros– de la guarda de Adolf Hitler y Eva Braun en dicha mansión, sobre la cual Enrique García Merou habría sido el testaferro, según A. Basti. Y ya que me he desviado tanto de los pasos de María Elsa, podría terminar el vistazo sobre Inalco con la posterior compra por parte del financista o testaferro de Perón, Jorge Antonio, presidente de la alemana Mercedes Benz Argentina y de otras empresas germanas, entre probables actividades más oscuras. Y que a principios de los 70 la propiedad fue adquirida por el banquero Trosso, creador del BIR (Banco de Intercambio Regional) y del desfalco que dejó en 1981 a miles de ahorristas sin su dinero. Trosso se hizo de un tiempo para armar en su rincón andino un criadero de perros San Bernardo y ovejeros alemanes de pedigree.

No tengo presente hasta qué año el suizo Enrique Lührs, ex maestro de la Escuela Alemana de Bariloche fundada en 1907, tuvo el almacén ubicado sobre la margen

noroeste del río Correntoso, camino a las dos estanzuelas. Por el año 38 atendía su nuevo comercio de tallados regionales y fotografía en la calle principal de Bariloche. Una punta del cerro López, frente a Colonia Suiza, lleva su nombre.

Del otro lado del río Correntoso, sobre la costa y las lomas, vivían las familias Paichil y Antriao, a quienes denominaban “los antiguos”. Con razón, pues sin considerar los registros arqueológicos, se tiene información de que Ignacio Antriao, *lonko* (cacique) de Sayhueque, ya ocupaba el Correntoso en 1872 junto a su esposa Cayetana Cayún y sus hijos. María Elsa iba de vez en cuando a visitar a su descendencia, acompañando a su tía. Posiblemente para adquirir algo de sus huertas o del manzanar que poseían. Para María Elsa no había casi diferencias con ellos. Los consideraba gente común, humilde y trabajadora. El marido de María Elsa en cambio, José Elgueta, decía que a los mapuches les faltaba ambición y visión de futuro. José era hijo de españoles quinteros de la misma isla de Tranqui donde vivían los Cárdenas, pero las familias no se conocían entre sí. Cultivaban papas, habas, arvejas, trigo. A los veinte años José Elgueta ya tenía encendidas las ambiciones y decidió cruzar la cordillera a la caza de Brasil. En vez de levantar papas, quería sacarle a la tierra oro –una ambición ausente en los mapuches, lo que no quiere decir que no tuvieran otras–. Sin embargo, a poco de andar tuvo que rebajar la cotización de su futuro. A causa de una lluvia torrencial al cruzar la cordillera, sus valijas quedaron rotas. Un trabajador que se desempeñaba en los alrededores de La Angostura le ofreció hospitalidad. José la

tomó y puso medio ojo en los cipresales de Selva Triste. Con la otra mitad del ojo ofreció sus manos, en principio por un par de días, a un tal Pedro Cárdenas, padre de María Elsa. Todas las paradas guardan alguna derivación. José Elgueta se quedó a trabajar con Pedro.

Hay una historia sobre un Rafael Cárdenas que, por los dichos de María Elsa, no era ninguno de los dos hermanos de su padre Pedro, radicados también de este lado de la cordillera. Lo curioso es que aparece trabajando con Pedro en 1922 en el armado de la estancia modelo Far West –luego Huemul– de Anchorena y los Ortiz Basualdo. Leonhard Ardüser los menciona en su libro *“Dos Suizos en el Nahuel Huapi”*. Sea quien fuere en la genealogía, este hombre tuvo un velorio múltiple que es imposible olvidar. Murió justo antes de comenzar la gran nevada de 1944. Velado en su rancho detrás de la laguna Calafate, la viuda se empacó con llevarlo a Bariloche para que le dieran el último adiós unos parientes. Cuatro días y medio tardó la nutrida comitiva con el ataúd en arribar al pueblo grande, en medio de la nevada. En cada parada, por respeto al muerto, se reiteraba el velorio, con variaciones obligadas por las condiciones del resguardo y la sorpresa de los moradores. El único camión fletero disponible en la Villa era el de Victoriano Antriao, o Antriau al decir de entonces. O sea, el camión y las agallas de un mapuche sin destino, sin ojos para el futuro, como sostenía José Elgueta. La historia de esa travesía y sus apeos es increíble. Pero no podría contarla nunca como Conrado Meier lo ha hecho. El libro se

titula *“Cuentos que no son cuento. Historias de Villa La Angostura y el Nahuel Huapi.”*

Todavía en los años 50 los Paichil y los Antriao eran los únicos pobladores sobre la margen sur del río Correntoso, el lago homónimo y en las lomas de los alrededores. Una consulta por las páginas web puede mostrar las “Lomas del Correntoso” hoy. Problemas con los títulos y las tierras fiscales son parte de las deudas más reprochables de la Villa. De una u otra manera, los emprendedores inmobiliarios los fueron corriendo hacia la ladera del cerro Belvedere, es decir a la periferia del histórico lote pastoril 9 entregado a los Paichil Antriao en 1902 por J. A. Roca –segunda presidencia–, en retribución por los servicios prestados a la Comisión de Límites como baqueanos y balseros. El conflicto más grave de los últimos años tenía del otro lado a un norteamericano, de apellido Fischer. Lo increíble es que han recurrido sin sonrojos a la línea argumental usada ciento y pico de años atrás por el general J. A. Roca en su epopeya civilizatoria y soberana. Así como Roca decía que no encontraron casi indios durante las campañas –otro perfil del “desierto”–, los defensores del desarrollo sustentable y la tranquilidad angostureNSE cierran el debate sosteniendo que no hay nada para debatir, dado que en la zona de la Villa y alrededores no había indios. Sin poner el dedo en la limpieza de las últimas campañas de la conquista, toda la Villa hasta la península Quetrihue está construida sobre tierras cedidas por el Gobierno nacional a José María Paichil e Ignacio Antriao y sus grupos familiares –Rayleo y Cayún, por parte de las mujeres–. Provoca

escalofríos pensar cuán emparentada está la prédica actual de la ausencia de indígenas, con la declaración de otro general y presidente de facto, en tiempos de conmemorarse el centenario de la Conquista del Desierto (1979). En otras palabras, Videla decía: “no están, desaparecieron, no tienen entidad”.

Perdón de nuevo, María Elsa. Te robo un minuto más para sobrevolar los alrededores de este lago sin indios. En la orilla sur del Nahuel Huapi se asentaba la comunidad liderada por el *lonko* Antemil. Cerca del arroyo Paca Leufu, la de Loncón. Bajo la ciudad de Bariloche, la de Nazario Lefipán. Laura M. Méndez cita las comunidades en “*Una región y dos ciudades. Puerto Montt y Bariloche.*” También Eduardo Bessera, en un trabajo sobre la Colonia Nahuel Huapi. Desde el Brazo Huemul del gran lago hasta Cuyín Manzano, al norte, habitaban los Quintriqueo. Este grupo se estableció antes de la conquista, provenientes de Azul, provincia de Buenos Aires. Escaparon a Chile cuando llegó la invasión, para regresar después. Con la llegada de los norteamericanos, unos trabajaron desde 1908 en la zona de Trafal con Santiago Taylor, el socio y cuñado de George Newbery. Otros en la estancia Fortín Chacabuco, todos convertidos en peones trabajando tierras ‘propias’ en manos de un propietario legal, el señor George Newbery. Una asociación entre nombres podría datar la presencia de los Quintriqueo desde 1784 en Neuquén, antes de su estancia en Azul. En algún punto del río Minero, un enterramiento guarda los restos de varios *lonkos* de la comunidad. No en vano, en los primeros relevamientos topográficos de la zona del Brazo Huemul y Paso Coihue,

registraron un cerro como Quintriqueu y un arroyo como Quintriqueuco. La zona era asiento de la comunidad, más allá de sus temporadas de transhumancia. Son todas constancias tomadas del libro compilado con lucidez por Gerardo Ghioldi sobre la historia de los Paichil Antriao y los Quintriqueo, edición de Archivos del Sur, Villa La Angostura. Sabemos que la estancia de Jarred Jones, Tequel Malal, recibió su nombre por los corrales de madera que había dejado en pie el cacique Inacayal y su grupo, aparte de cuadros para verduras y granos, como señalaba el general Conrado Villegas. El tipo pensaba volver, no terminar en un museo de una extraña ciudad llamada La Plata. Uno de sus *lonkos* habría sido otro Quintriqueo. Entiéndase bien, en la zona no había indígenas. Los tres mil que acompañaron a Sayhueque en su rendición en 1885, fueron todos prestados desde el otro lado de la cordillera para la ocasión. El problema es que el mismo gral. C. Villegas, al concluir su campaña al Nahuel Huapi en 1881, elevó un informe donde sostenía que habitaban la región más de mil “chilenos” con diez mil cabezas de ganado. Por supuesto que no pudo contar los muchos que huyeron a Chile ante su campaña. Habría que recordar que Conrado Excelso Villegas fue un militar famoso por el temor que despertaba en sus adversarios. Y que el indio era para él un problema que había que arrancar de raíz, sin diferencias entre alzados, amigos o cristianizados. Se jactaba de mostrar con números de contabilidad que su campaña no infligía gasto alguno al Estado, dada la rentabilidad obtenida con los botines de guerra –ganado, caballada, etcétera–. Uno puede suponer

entonces que no fueron pocos los que buscaron protección en el *gulumapu*, al otro lado de la cordillera.

Historia con algunas similitudes tuvieron los Quintupuray del lago Correntoso. Registrados por Curruhuinca Roux –“*Las matanzas del Neuquén*”– en la cabecera del lago al momento de la conquista, regresaron de Osorno en 1903, cuando se flexibilizó la ocupación de tierras. Otros registros como el de Melo (h.), fechan la llegada de Juan Antonio Quintupuray y Margarita Treuque en 1896, y de un Eugenio Quintupuray entre 1896 y 1897, instalado en la península Quetrihue hasta que se fue o lo echaron. Después de que limpiaran el terreno de indios con las campañas, sólo tenemos información proporcionada por blancos que no demostraron ningún interés en registrar la vida de los habitantes y menos rescatar la historia de los que habían sido corridos y de los que estaban regresando. Por eso recién encontramos en algún que otro registro oficial un Quintriqueo y un Quintupuray en 1896, a S. Trangol en 1897–desde 1903 en Puerto Manzano–, a los Ranque y los Metra ocupando la península de Quetrihue en 1897, a los Queulo y los hermanos Ramón y Mateo Cuicui en la punta norte del gran lago y a Millaqueo sobre la margen noroeste, también por esas fechas. ¿Desde cuándo estaban los Chumuy en Laguna Verde y los Miranda en El Portezuelo, Pedro Cayún por el Machete?

En 1903, el inefable ingeniero A. Lucero informaba sin brindar datos que la población indígena y chilota era indeseablemente numerosa. Reitero, este lago no tenía indígenas. Otros informes posteriores hechos para la misma

Dirección de Tierras, profesaron la misma política de desindigenización. M. A. Picone sostiene en su tesis que en 1909, el catorce por ciento de los lotes de la Colonia Agrícola Pastoril Nahuel Huapi había sido otorgado a indígenas. Años antes, por 1904, en la zona de la actual Villa Llanquín sobre el río Limay, habrían llegado a juntarse entre doscientos y trescientos mapuches para las rogativas religiosas o *camaruco*. Emilio Molla (h) aporta el dato en su trabajo sobre la división de tierras en Villa La Angostura. Sobre el Correntoso, ya se ha mencionado a los Quintupuray. Pero en Villa La Angostura, hasta el día de hoy muchos sostienen que por ahí no había indios.

María Elsa aprendió el oficio de moza de comedor. Recordaba haber atendido a las “*niñas*” Lynch, solteras treintañeras hijas de Don Antonio Lynch, dueño de Quetrihue. Casi enfrente de la península de Lynch, en la propiedad del escocés Jewell de Puerto Manzano, había trabajado otra Cárdenas, Teresa, como personal de servicio. Parece que Cárdenas había por todos lados. En la hostería Arc en Ciel del señor Kiril –ruso emigrado durante la revolución bolchevique de 1917–, trabajaba Belisario “Chardo” Cárdenas como peón, de quien C. Meier cuenta otra anécdota en su libro. La anciana Luisa Cárdenas ocupó hasta su muerte la tierra de El Rincón que fuera de los fallecidos hermanos Cuicui ¿Cuántos Cárdenas tenían sangre mapuche?

Tras dejar Inalco al año y medio, María Elsa prestó servicios durante un año al conde italiano Di Sangro, dueño de

tierras, un aserradero y un tambo con lecheras especiales manejado por el matrimonio Venturini, también italianos. En realidad María Elsa trabajó para el matrimonio Venturini, como antes lo había hecho para los administradores ingleses Knapp, y como su padre lo había hecho con el alemán José Diem (Karl Martin Josef Diem), administrador de la estancia de A. Lynch. Es posible que los patrones de los patrones de sirvientas y peones trajesen su propio servicio personal para sus estancias. Mientras los Venturini y María Elsa residían en el alto, el conde Di Sangro, casado con una Gainza Paz, residía más abajo, en el caserón que fuera de Federico Otto Bemberg hasta 1943 –tiempos en que el holding familiar Bemberg sufría una demanda millonaria por evasión impositiva, y una nueva camada de militares agitaba entre otras banderas la de la anticorrupción–. María Elsa trabajaba en la cocina de los Venturini, servía y se ocupaba de los niños. Después de cinco años de limpiar y servir a los ricos, sin otra ganancia que la sobrevivencia, decidió empezar a hacer cosas por su cuenta. Primero, casarse con José Elgueta y levantar una casita sobre un solar cedido por su padre y por la esposa de su finado tío Juan. Después, ordeñar cuatro vacas y criar aves de corral. Mientras tuvo tres hijos, vendieron la mitad de los animales y con el dinero construyeron una nueva casa en un lote comprado en cuotas con los dos trabajos de José, uno como peón en la comisión de fomento y el otro en la usina. En el lote de 1.700 metros cuadrados armaron tres huertas y un pequeño vivero de plantas y árboles. Entre sus clientes tenía a una nieta de Primo Capraro y al Hotel Angostura donde había

trabajado. Además, gente de Buenos Aires que iba adquiriendo parcelas y edificaba sus casas de veraneo. También compraba vellones de lana a los pobladores de las pampas del Correntoso. La lavaba, escardaba y teñía con tinturas vegetales. Cáscara de maqui para el gris, el lepe de la playa para el rojo, cáscara del michay para el amarillo, cáscara del radal para el marrón. Luego de hilar, tejía medias, guantes, bufandas y preparaba ovillos para vender. Durante cuarenta y siete años vivió en la misma casa. Tardó treinta en volver a ver la tierra de su infancia, la isla Tranqui de Chiloé. Después viajaría a visitar su pasado cada vez que podía.

Coti Carmoney

En la propiedad del escocés Jewell –Puerto Manzano–, famosa por sus frutales, verduras y flores, sirvió desde los catorce años Coti Carmoney. El apellido real era Carmona. Ni su padre ni su madre hablaban la lengua, pero todos, viejos y jóvenes, sabían que los españoles mataban a los indios. Coti nunca supo si su padre era mapuche.

El abuelo materno, Vargas, español, llegado de Chile en 1901, trabajó en el viejo Puerto Manzano. Vivía en un galpón. Después, el campo del señor Lynch lo tuvo también

como peón. Quiero recordar que en la propiedad de Jewell trabajó también el mapuche Vicente Sebastián Trangol junto a su mujer Antonia Guaitra, hasta que lo dejó viudo. Trangol habría sido peón de anteriores dueños de la misma propiedad. Registrado ya en 1897, años después figuraba como beneficiario de un lote de la colonia en ese mismo lugar.

Los Carmoney vivieron largos años dentro del campo Selvana, camino al puerto de la Villa. El propietario, Vilmar, construyó una gran casa de piedra y madera, estilo Bustillo, con dependencias aparte y corrales. Coti nació y se crió en dicho campo. La pequeña casa familiar, como casi todas las de los peones de la zona, tenía paredes hechas con palo a pique cortado con hacha, piso de madera, sin vidrios ni estufa y techo de tejuelas cortadas a mano. Se iluminaban con cañas secas prendidas como faroles. Salvo temporadas excepcionales, no les faltaba comida. Producían y almacenaban. El resto lo proporcionaba la naturaleza. Cocían los pinachos de la caña colihue a la manera de los espárragos. Asaban peces sacados del lago. Hervían las hojas de amapolas y distintas variedades de hongos. Cosechaban el trigo, lo escaldaban, luego lo molían a mano y lo cocinaban en grasa de cerdo. Recolectaban maqui, zarzaparrilla, calafate y toda clase de yuyos –menta, pañil, ajeno, toronjil, salvia, hinojo, manzanilla, etcétera-. Con ellos, Coti supo prescindir de la medicina alopática y del hospital. Papá Carmoney fumaba hojas de maqui secadas sobre una lata. De vez en cuando tocaba su guitarrita de palo. Las cuerdas parecían ser de tripa de vaca, para Coti. Los vicios que agregaron después, azúcar,

yerba, tabaco, velas y harina, así como el calzado y la ropa que no salía del telar de la madre, doña Florentina Vargas, se compraba con la venta de tejidos a los Marimón de Las Estacas, a la señora Jewell y a otros.

Vilmar, el propietario de Selvana, cedió a los Carmoney una hectárea dentro del campo por ser viejos pobladores. La producción para el autoabastecimiento y para algunos intercambios fue posible hasta que apareció Parques. En ese nuevo contexto, un buen día el administrador del campo, el holandés Cornelio Hachman, les prendió fuego la casa. Quería que se fueran.

Estoy casi seguro que Cornelio Hachman era en realidad Hageman(n), con una “n” según M. Ruffini y dos, según L. Ardüser, un contemporáneo y amigo del holandés. Hageman(n) fue uno de los cinco miembros electos del primer Concejo Municipal de S. C. de Bariloche, conformado en 1930. Con anterioridad, el holandés había trabajado en la Sociedad Comercial y Ganadera Chile-Argentina, hasta que en 1916 se deshicieron de parte de los bienes, algunos de las cuales él adquirió. Sería demasiada coincidencia que hubiera por esos años en la zona dos holandeses de nombre Cornelio y con apellidos tan parecidos de pronunciar.

Comentario aparte, y lejos de simpatizar con el brote nacionalista ocurrido en Bariloche en los años 20 y el nacionalismo autoritario del 30, vale agregar que de los cinco integrantes de aquel primer Concejo barilochense, cuatro de ellos eran extranjeros. Y según Martha Ruffini –“*Gestando ciudadanía en la cordillera...*”– los cuatro vinculados con la ex

compañía Chile-Argentina (Sociedad Comercial y Ganadera Chile-Argentina), disuelta definitivamente en 1919. Vida corta tuvo ese primer Concejo electivo que integraba Hageman(n). En septiembre del mismo año de su conformación –1930– sería reemplazado por la intervención de la dictadura militar del tte. gral. J. F. Uriburu, pionero de los golpes militares.

El padre de Coti se salvó por un pelo de morir en manos de la policía territorial. Alrededor del año 30 asolaban la zona los agentes Bedoya, Varela y Labrín. Según Coti, este último le sacó algunos dientes a patadas y casi lo ahorca por el robo de unas pavas, delito que no cometió ni él ni su hijo, el primer acusado. Mal golpeado, el padre huyó sobre una tabla por el lago. Fue ayudado por Antonio Lynch, quien lo llevó a Bariloche para ver al cónsul chileno. Marimón, otro vecino, acompañó luego a su mujer. Gestos. Días después el “guardabosque” encontró las pavas. Andaban por ahí con sus crías.

Los policías encerraban y golpeaban a su antojo. En Trafal se habrían cargado a dos hermanos delante de la madre. La mención me hizo acordar a otro policía, llamado Videla, que ocupó el puesto del difunto riojano Guananja, primer policía de frontera de El Rincón. Lean el cuento de Conrado Meier, *“Población Cuicui”*. Varias acusaciones que resultaron falsas, desembocaron en sometimientos de todo tipo contra Mateo, uno de los hermanos Cuicui. Videla, antes de llegar, había desparramado el rumor de que *“venía rompiendo huesos de indios”*. Tras sufrir las constataciones en su humanidad, Mateo lo mata, de forma bastante más humana de la que se

merecía. Bueno, es un decir. Tiempo después, creada la Gendarmería Nacional, Mateo fue vuelto a ser acusado por delitos que también se demostraron no había cometido. Pagó con encierro y castigos de inanición. Fue atado del cuello a un poste del patio de la dependencia y dejado a pleno sol, sin agua ni comida. Aparte, estuvo un rato colgado de las piernas, cabeza abajo, dentro de un galpón. Estos tipos provocan repulsa, pero la violencia que ejercían contra indios y mestizos no salía de repollos. Nula formación, ausencia de control institucional sobre sus desempeños, recurrentes atrasos de sueldos, escasez de personal y recursos, potenciaban las disposiciones personales de los agentes para ejercer toda clase de atropellos. Los policías territorianos recibían además el aliento permanente de la ideología del conquistador, aunque muchos de ellos fuesen bastante “indiados” y “toscos”, y despreciados por ello. Ardüser, en *“Dos Suizos en el Nahuel Huapi”*, se hace eco de las historias de excesos y la falta de control. Trabajos posteriores señalan lo mismo.

El padre de Coti se salvó de los milicos, pero no de un coihue. Quedó aplastado mientras abría la picada del camino de los Siete Lagos cerca de Ruca Malen, en diciembre de 1935. Trabajaba para la empresa Petersen. La viuda Florentina Vargas, madre de Coti, embarazada de su octavo hijo, no recibió un peso de indemnización. Para llenar la olla familiar, uno de los hermanos de Coti, David, de quince años, se desempeñaba como cocinero de una cuadrilla de Parques que hacía el camino desde la actual estación de servicio del A.C.A. de Villa La Angostura hasta el puerto. La madre, lavaba la

ropa de los trabajadores y vendía a los contratistas los frutos de su quinta.

La intervención pirómana del holandés Hachman-Hageman(n), el administrador, no parece ser ajena a la llegada de Parques y a la puesta en marcha de su plan de limpieza de “intrusos”. La madre de Coti armó un ranchito en otro rincón de Selvana, bajo un radal. Llegaron unos gendarmes y les dieron una semana para desalojar. Tras varias gestiones, Parques los depositó en una hectárea frente al cementerio de Villa La Angostura. Pero esos lotes pasaron luego al municipio, que comenzó a llenarlos con otra gente. Así que Coti y sus hermanos debieron levantar sus bártulos e instalarse en otros predios asignados por la Municipalidad en el Inacayal, hoy los altos del barrio Mallín. Dígase: en reconocimiento al derecho de “población” de sus padres. Firmado y sello. O sea, ya no debían arrastrar más la rémora de “intrusos”. Desde ese momento serían “primeros pobladores”. Tampoco era lo mismo que ser “pionero” o un “*pioneer*” de Lapalma, pero tenía su valor. Una deferencia que permitía padecer menos y acortar un poco las distancias, crecer en otro lugar dentro de la sociedad. Parques también reconoció después a algunos primeros pobladores en el área rural, y les permitió mantener su “población”.

Pedro Lleufo

Otro designo cayó sobre Pedro Lleufo, siendo todavía niño. Tuvo que soportar una vida que cualquiera de nosotros consideraría inaceptable. Sin embargo, con su último trabajo se sentía particularmente orgulloso. Integraba la cuadrilla municipal de mantenimiento vial de Villa La Angostura. Demasiado título para andar casi siempre solo recorriendo las escasas calles del poblado, tapando baches y socavones. Claro que el título quedaba chico cuando la lluvia destrozaba los accesos más distantes dentro del bosque. Pedro también tapaba baches humanos, cavando rectángulos para los deudos. No tenía ningún sentido que el pueblo contara con un enterrador, y él obtenía un adicional. (A veces la falta de sentido es una oportunidad.) En otro orden de ocupaciones, colaboraba en el matadero municipal, sólo para darse unas panzadas con la sangre caliente que brotaba de algún animal.

Debo la posibilidad de recontar anécdotas de este personaje, otra vez al libro del angosturenses Conrado Meier, *"Cuentos que no son cuento"*. No me preocupa la cosecha personal que Meier pueda haber agregado a la vida de Pedro, como buen contador de historias que es. Sobre ella pondré mis acentos, es casi inevitable. Pero dejando de lado nuestra adición de subjetividades, quisiera sobre todo preservar en mi relato el estremecimiento que me provocó su vida. Una vida que a decir verdad, no debe haber sido tan diferente de la de otros peones.

Recién pasada con holgura la mitad de su vida, Pedro Lleufo obtuvo identidad legal. No por razón personal sino por necesidad municipal. Fue mandado al Juez de Paz porque así no podían contratarlo. Había sido un sujeto sin marca, “orejano”, sin señal. No se le conocían parientes. Yo guardé la esperanza que fuera algo de la Audolía Lleufo que trabajó por los años 40 en el Hotel Correntoso. Cincuenta años tenía Pedro, sólo porque alguna cifra debía poner el juez. Nadie sabía su edad, menos, él. ¿Cómo deducir los años en un mapuche puro? En el acta, los espacios para la fecha y el lugar de nacimiento, así como para los nombres de los progenitores, quedaron en blanco. Que el juez le otorgara una identificación, la firmara y le estampara un sello, lo convirtió en su padre. Y eso Pedro se lo discutía con vehemencia a cualquiera. Y tenía razón.

Pedro había sido levantado de niño, vaya a saber dónde y por quién. Alojado en el destacamento policial Nahuel Huapi, junto al nacimiento del Limay, quedó a la espera de un reclamo que nunca apareció. El paraje era el más importante cruce de huellas de la región. Casi se transforma en un pueblo, impulsado en buena medida por el comercio y la balsa del norteamericano Jarred Jones. Pero con la creación de la Colonia Agrícola Pastoral Nahuel Huapi, el gobierno eligió para el pueblo al lugar de asentamiento del comerciante alemán Carlos Wiederholtz (o Wiederhold), aventajado por las aguas profundas que carecía la zona de la embocadura del Limay para establecer un puerto.

Por la vastedad del encierro, porque apenas despuntaba el siglo XX y quizá también por perezas en cuotas,

Pedro niño comenzó a prestar servicios en el destacamento policial. Lo usaban y entretenían con mandados, buscando leña, cebando mate, cuidando los caballos. Seguramente más de una vez lo habrán forzado a limpiar con apuro la oficina-habitación ante la llegada de la autoridad o de alguno de los respetados propietarios de la zona. La formación del pequeño fue dando sus frutos, entre ellos, un celo custodio sobre el puesto. En ocasiones, cuando los milicos salían en diligencia o persecución, se habría quedado a cargo del destacamento, con presos y demorados incluidos. Meier bien decía que Pedro era parte del inventario del destacamento, junto con los fusiles, las monturas y demás. Hasta que *“un buen día se dio de baja a sí mismo”*. Decidió hacerse civil.

Pasó un tiempito trabajando en la estancia de los Lynch, bajo el mando del alemán José Diem. Tal vez con Pedro Cárdenas, antes que trajera a su familia de la isla Tranqui. Después se quedó changueando en el pueblo, y tras obtener su identidad y un papá, se hizo empleado municipal.

A veces las mejores cosas vienen con las peores desgracias. Sólo nos salva esperar de la vida menos de lo que nos da. Pedro ahorraba todos los meses un dinero que llevaba a la casa del Juez de Paz. Como papá y hombre importante que era, iba a disponer para los ahorros una guarda más segura que la que él podía ofrecerse a sí mismo. El papá juez también era soltero y también vivía solo. Un buen día enfermó. Por si llegara a necesitar algo, Pedro durmió todas esas noches sobre el piso de la entrada del ‘juzgado’, hasta que el juez murió. La plata desapareció, entre mudanzas, parientes

y allegados. Pedro prefirió pensar que su padre la había gastado en medicamentos o algo por el estilo, y que los hijos estaban para ayudar a los padres. Quizá se convenció por temor a que su padre se llevase sino la identidad que le había dado, o vaya a saber por qué otras caras y secas de la vida. Pedro Lleufo llevó el luto correspondiente. Después, volvió a la orfandad.

Vivía en una tapera de tres paredes de palo a pique. Por la cuarta, se entraba. Una mesa pequeña de tablitas, un banquito, allá una batea; más precisamente, una artesa de tronco labrado para amasar, lavar la ropa y lavarse los pies. El fogón, charqui colgado del techo y un camastro compartido con gallinas y el perro. Afuera, en un bosquecillo, las necesidades. En un rústico arcón, regalo del vecino alemán, guardaba algunas otras pocas pertenencias. A Hermann solía cambiarle agua y restos de leña por huevos de sus gallinas y torta frita.

Lleufo, el caminero, recibió en la Villa el mote de “Buey Negro”; por culpa de la mezcla entre las características de su trabajo, una disposición íntegra y cabal que genera incomodidad, y sus rasgos físicos desproporcionados. Dedos morcilla, gran quijada, pocos dientes rotos y oscuros; pelos tiesos y un grupo de pinchos en los extremos del bigote bajo una nariz muy ancha; encorvado, corto de piernas y chueco de tanto caballo durante sus años de crecimiento. Polvorita el hombre con los roces al orgullo, solía ser de fácil risotada así como de malas palabras. Sobre todo cuando los niños predominantemente blancos descargaban toda la crueldad que

podían juntar, a costa de su cuerpo. También los niños pueden ser mediocres.

Nunca faltaba al trabajo. Bajo cualquier condición meteorológica o de otro tipo, Pedro Lleufo cumplía, y siempre con extremo celo. Al punto de discutirle, de igual a igual, las prioridades viales al propio presidente de la comisión de fomento, y de ser necesario, a una autoridad más alta también. Si no, al capataz José Elgueta, marido de María Elsa Cárdenas. El mismo que menospreciaba a los mapuches por su falta de disciplina, ambición y visión de futuro, repitiendo una caricatura de una vieja España conquistadora y emprendedora, transmitida posiblemente por sus padres españoles, forzados a emigrar por hambre y por falta de visión de futuro sobre su propia tierra. Bueno, es una suposición. Lo que quiero decir es que sin afán de elevarlo más allá de la punta de un ciprés cordillerano ni de envolver su vida con un halo que derrama un sinfín de sentidos, a Pedro Lleufo le sobraban varias de las virtudes con que pretendían diferenciarse los parroquianos europeos. Pero claro, el hombre no generaba más que una mención simpática, por ser indio, retacón, desgreñado, fulero y analfabeto.

Es posible que se haya enfermado alguna que otra vez antes de aquel engripado. Pero también es posible que no, muy a pesar de su infancia, la tapera en la que vivía y de su menú de alimentación. Ni el jefe comunal en persona logró convencerlo de ir al hospital. Un médico le recetó remedios con los que hizo un estropicio orgánico, pero al final se curó. De cualquier manera, después del susto, el jefe municipal

ordenó construirle una vivienda con agua corriente y un baño interior. Pedro se enojó al ver la casita. Que no era un mendigo para andar recibiendo limosnas. Que la tapera la había levantado él, con sus manos. Que donde se come no se caga, y así. Nunca la ocupó.

En oportunidad de un acto patrio con gran presencia de autoridades provinciales, un invitado, al ver a Pedro junto al asador, quiso mostrarlo a un grupo de la comitiva oficial y a sus respectivas señoras. Mejor dicho, exhibirlo, como un ejemplar puro de la raza indígena. El concurrente, perfectamente trajeado y cuidado en modales, no podía esconder sin embargo rasgos y tez similares. Delante de todos, Pedro lo mandó a mirarse en un espejo. Además, que él no era ningún mono para mostrar. Despachó al fotógrafo a retratar a su abuela y a todos juntos que se vayan a joder a otro lado. No creo que hubiese cambiado mucho la reacción de Pedro, de haber sabido que ese petiso de crenchas acomodadas era un senador nacional.

Según C. Meier, *“la más zafada y grandiosa de las barbaridades que se le recuerdan”* ocurrió en una misa celebrada en el pueblo por el obispo de la diócesis, Jaime De Nevares. Al levantar el cáliz para beber el vino, en medio del recogimiento general, desde el fondo de la iglesia Pedro soltó su vozarrón: (...) —*¡salú padrecito cura, m’ a ver si se acuerda ‘e los pobres y convida un trago, juá, juá, juá!*—. Fue el acabose. Sólo unas viejas de rosario y santiguadas no compartieron la carcajada general, disfrutada por el obispo.

Cuenta el relato que con la vejez, la fealdad de Pedro crecía y servía a las madres para asustar a los niños desobedientes. Sus cascotazos a los jóvenes que lo cargaban, ya no intimidaban. Quisieron otorgarle una pensión y se enojó como con la casita, porque no era un inútil e iba a seguir trabajando. La pensión le salió igual, pero él la cobraba como si fuera el sueldo de un trabajador en actividad, lo cual habría obligado a la administración municipal a pagarle el mismo día que a los activos.

Supo que iba a morir apenas unas horas después de que empezase a llover. Con serenidad le dijo al médico que el tiempo se terminaba, como todo. Y que pronto iban a estar cerca los dos. Para el médico, por el contrario, Pedro había mejorado. Además, ese día reinaba el sol. A la tarde empezó a llover. En el entierro, el médico seguía impresionado por la certeza con que el anciano había anunciado su muerte. Poco después, él moría en un accidente automovilístico. Está enterrado muy cerca de la tumba de Pedro Lleufo, en el cementerio del pueblo.

No pensaba dar una vuelta tan ancha, ni por asomo.

Aún hoy, en el campo se reconocen las convicciones de Yerio, aquel estanciero y comerciante de Paso Chacabuco. También las del ingeniero Lucero, en las costas del lago, y en las estribaciones y bosques, los intereses de Newbery. Por último, los criterios de Bustillo. A veces asocio a este gran personaje con la rosa mosqueta. Durísima con los pobladores rurales que van a cosechar sus frutos, casi siempre a la vera de los caminos del Parque.

El río Limay sigue exigiendo atención, donde no ha sido embalsado. No se comparan con muchas secciones perdidas, pero portan su carácter. El anfiteatro está vivo. Sobre un gran peñasco, una cruz recuerda a quienes cayeron del curso de sus vidas. Nunca hay que tomar el brazo derecho del peñón.

Algunos sólo ven el devenir del agua y creen que ha sido domesticado. Las convicciones del río son más profundas que sus crestas, combas, fosos, que atacar con los rápidos. Es problema nuestro identificar las corrientes.

Siempre me hago una pregunta estúpida, que no por eso pierde intensidad: dónde va la tierra que levanta el viento. Nunca me deja ver la metáfora.

* * *

Me he servido de trabajos de S. Bandieri, J. M. Biedma, G. Blanco, L. Fontana, Y. Guzmán, L. Lolich, E. H. Mases, L. M. Méndez, L. M. Méndez-R. Fernández, E. Molla (h), P. Navarro Floria, A. Neyens, M. A. Picone, M. Piglia, J. C. Radovich-A. O. Balazote, G. Rafart, G. Rafart-G. Carrizo, M. Ruffini, G. Sánchez, M. Valko, otros autores mencionados por éstos y otros no, como A. Edelman y el Comandante Prado. También de notas de P. F. Oreja, F. N. Juárez y H. Pérez Morando entre otros, publicadas en el diario Río Negro, páginas web de referencias históricas y turísticas, más publicaciones de Parques Nacionales.

En otro orden de importancia, este texto es deudor de *“Relatos Patagónicos”* de S. Valverde, A. García y L. Bersten (Ferreyra Editor, Córdoba, 2008), *“Una aldea de Montaña”* de Yuyo de Mendieta (edición del autor, Bariloche, 2002) y *“Dos Suizos en el Nahuel Huapi”* de Jorge Ardüser (edición del autor, Bariloche, 2006).

He encontrado en *“Historias de las Familias Mapuche Lof Paichil Antriao y Lof Quintriqueo”* (Ferreyra Editor, Córdoba, 2010), trabajos vertebrales. La compilación fue realizada por Gerardo Ghioldi para Archivos del Sur, Subcomisión de la Biblioteca Popular Osvaldo Bayer de Villa La Angostura. Y tengo una gratitud particular con *“Cuentos que no son cuento. Historias de*

Villa La Angostura y el Nahuel Huapi” de Conrado Meier (edición del autor, Villa La Angostura, 2008).

Dos de los tres pilares fundamentales han sido “*El despertar de Bariloche*” de Exequiel Bustillo (Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1999) y “*La Leyenda del Limay. Impresiones de un raid náutico por los ríos Limay y Negro*” de Oscar Fermín Lapalma (edición del autor, Buenos Aires, 1934), este último disparador del presente libro.

El tercer pilar son tres historias de vida. La de Pedro Lleufo, recogida por Conrado Meier en su libro, y las de María Elsa Cárdenas y Coti Carmoney, recopiladas en una colección celebratoria publicada por Archivos del Sur, de la mencionada biblioteca de Villa La Angostura (nros. 1 y 3, 2005 y 2006 respectivamente).

A todos, gracias.

Índice

Descenso por el Limay..... 9

Algunas palabras previas / 11

Tierras, indios, pioneros, colonos..... 47

Casa de comercio, indios, policías y ladrones / 54

Sin título / 67

La cordillera es el camino / 68

Concesiones, propiedades, transferencias / 74

Quetrihue, Cumelén y Huemul / 78

Capital, amigos y turismo

Otras tierras. J. A. Jones y G. H. Newbery / 92

Colonia agropastoril del Nahuel Huapi / 105

Recomendaciones

Colonos / 117

Colonizados / 128

Una vuelta por el Parque..... 141

Bustillo, el modelo / 153

Los intrusos / 198

En los alrededores de Traful / 204

María Elsa Cárdenas, con bifurcaciones / 217

Coti Carmoney / 234

Pedro Lleufo / 240

Menciones y bibliografía / 249

